



MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA COGNITIVA Y APRENDIZAJE

**REPRESENTACIONES SOCIALES DE JÓVENES COLOMBIANOS SOBRE
EL CONFLICTO ARMADO Y SUS RELACIONES CON EL BIENESTAR**

TESISTA: MÓNICA MARCELA MOLINA MARTÍNEZ

DIRECTORA: Dra. ALICIA VIVIANA BARREIRO

CO- DIRECTORA: Dra. MARCELA MURATORI

Primero se llevaron a los comunistas, pero a mí no me importó porque yo no era.

En seguida se llevaron a unos obreros, pero a mí no me importó porque yo tampoco era.

Después detuvieron a los sindicalistas, pero a mí no me importó porque yo no soy sindicalista.

Luego apresaron a unos curas, pero como yo no soy religioso tampoco me importó.

Ahora me llevan a mí, pero ya es tarde.

Bertold Bretch

RESÚMEN

La prolongada duración del conflicto armado colombiano, ha permeado la forma cotidiana de pensar y de actuar de los colombianos. El objetivo de este trabajo, fue describir las representaciones sociales de los jóvenes colombianos del conflicto armado y analizar sus relaciones con el bienestar psicológico, bienestar social y la percepción del clima emocional. Se utilizó una muestra de tipo no probabilístico incidental integrada por 100 jóvenes universitarios, con edades que oscilan entre 18 y 24 años. La recolección de datos se realizó por medio de: la técnica de asociación de palabras para conocer el campo semántico de la RS del CAC y la jerarquía que compone su estructura; se aplicó la escala de bienestar psicológico de Ryff con 39 ítems, versión propuesta por van Dierendonck, adaptada y validada en castellano; la escala de bienestar social de Keyes adaptada por Blanco y Díaz (2005) que consta de 33 ítems y la escala de clima socioemocional desarrollada por Páez, Ruiz, Gailly, Kornblit, Wiesenfeld y Vidal (1996), compuesta por 10 ítems. Los resultados obtenidos, muestran que el conflicto armado colombiano como una confrontación estrictamente violenta, en tanto éste se ha mostrado en su forma más radical, por medio de la *violencia* y la *guerra*, también a partir de las diferentes modalidades de violencia como el *desplazamiento*, y las consecuencias que el conflicto ha dejado a su paso, *muertes* y *víctimas*. Asimismo, los hallazgos permitieron observar buenos niveles en lo que hace al BP y al BS también se percibe un nivel satisfactorio, no obstante, los puntajes de BS muestran un decrecimiento significativo frente a los puntajes de BP, ello implicaría que existe un cambio en cuanto al bienestar, cuando se trata del plano interpersonal y el

plano contextual social. En cuanto a la percepción del CE, las puntuaciones relativamente altas, son asociadas a la dimensión negativa de esta variable, siendo las emociones sentidas con mayor frecuencia: enojo-hostilidad, miedo-ansiedad y tristeza-pasividad-bajo estado de ánimo.

TABLA DE CONTENIDO

Introducción	10
Capítulo I: La Teoría de las Representaciones Sociales.....	14
1.1.El conocimiento del Sentido Común	14
1.2.El concepto de Representaciones Sociales.....	17
1.3.La escuela Estructural de las Representaciones Sociales.....	27
Capítulo 2: El Conflicto Armado Colombiano como Objeto Representacional...31	
2.1 Marco Histórico del Conflicto Armado Colombiano	33
2.1.1 Primer periodo (1929-1958)	34
2.1.2 Segundo Periodo (1958 y 1991).....	36
2.1.3 Tercer Periodo (1992 y 2014)	37
2.1.4 Narcotráfico como factor desencadenante del Conflicto Armado Colombiano. 38	
2.2 Actores del Conflicto Armado.....	41
2.2.1. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - FARC	41
2.2.2. Ejército de Liberación Nacional - ELN... ..	42
2.2.3 Autodefensas Unidas de Colombia – AUC	43
2.3 Modalidades de Violencia en el CAC.....	45
2.3.1 Secuestro	46
2.3.2 Desaparición Forzosa.....	47
2.3.3 Masacres	48

	6
2.3.4 Desplazamiento Forzoso.....	49
2.3.5 Violencia Sexual.....	52
2.3.6 Asesinatos Selectivos.....	53
2.3.7 Sevicia y Tortura	54
2.3.8 Despojos y extorsiones	55
2.3.9 Reclutamiento ilícito.....	55
2.3.10 Acciones bélicas	56
2.3.11 Minas antipersonal.....	56
2.3.12 Ataques a bienes civiles y sabotaje.....	57
2.3.13 Atentados terroristas	58
2.3.14 Amenazas	58
2.4 Impacto del Conflicto Armado en la Sociedad Colombiana.....	59
2.4.1 El impacto psicológico.....	60
2.4.2 El daño moral de la guerra	62
2.4.3 Los daños socioculturales	63
Capítulo 3: Bienestar Psicosocial y la Percepción del Clima Emocional.....	65
3.1 Bienestar Psicosocial	65
3.2 Bienestar Psicológico	67
3.3 Bienestar Social.....	70
3.4 Clima Emocional.....	72
Capítulo 4: Antecedentes.....	77
4.1 Las Representaciones Sociales del conflicto armado en contextos internacionales.....	77

4.2 Representaciones Sociales del Conflicto Armado Colombiano	78
4.3 Bienestar Psicosocial y clima emocional, frente a la violencia política y el conflicto armado colombiano.....	86
Capítulo 5: Método.....	90
5.1 Objetivos.....	90
5.1.1 Objetivo General	90
5.1.2 Objetivos Específicos	90
5.2 Tipo de investigación y diseño	91
5.3 Muestra	91
5.4 Instrumentos.....	91
5.5. Procedimiento.....	93
Capítulo 6: Resultados	95
6.1 Las representaciones Sociales de los jóvenes colombianos del conflicto armado	95
6.2 Descripción de los niveles de bienestar psicosocial	101
6.3 Descripción de la percepción del clima socio-emocional.....	104
6.4 Relación entre las representaciones sociales del CAC, los niveles de bienestar psicosocial y el clima emocional	107
6.4.1 Representaciones sociales del CAC según los niveles de bienestar psicológico	107
6.4.1.1 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel alto de bienestar psicológico.....	107

6.4.1.2 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel medio de bienestar psicológico.....	112
6.4.2 Representaciones sociales del CAC según los niveles de bienestar social.....	115
6.4.2.1 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel alto de bienestar social	115
6.4.2.2 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel medio de bienestar social	117
6.4.2.3 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel bajo de bienestar social	119
6.4.3 Las representaciones sociales del conflicto armado colombiano según los niveles de percepción del clima emocional	121
6.4.3.1 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel alto en el clima emocional negativo	121
6.4.3.2 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel medio en el clima emocional negativo.....	124
6.4.3.3 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel bajo en el clima emocional negativo.....	128
6.4.3.4 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel medio en el clima emocional positivo.....	129
6.4.3.5 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel bajo en el clima emocional positivo.....	131
Capítulo 7: Discusión, Conclusiones y Comentarios Finales	136
7.1. El conflicto armado colombiano como representación social.....	136

7.2. Representación social del CAC y su relación con el bienestar psicológico, el bienestar social y la percepción del clima emocional	146
7.3 Conclusión y comentarios finales.....	159
Referencias Bibliográficas.....	161
Anexo 1	
Anexo 2	

INTRODUCCIÓN

El conflicto armado colombiano (CAC de ahora en adelante) ha tenido una duración de más de medio siglo, lo cual ha permeado la forma cotidiana de pensar y de actuar de los colombianos (Trejos, 2008, 2013; Velásquez, 2007). La intensidad de la violencia vivida a través de los años y la manera como los perpetradores la han ejercido -e incluso generado nuevas modalidades para aplicarla con niveles de sevicia muy altos-, ha degradado aún más este escenario de conflicto, evidenciándose la intención de sembrar miedo, e instaurar el terror en la población en beneficio del control territorial (GMH, 2013; González y Molinares, 2010). Se adscriben de igual forma, el ejercicio del poder político (partidos y las élites políticas) e incluso las élites económicas con la violencia, dado que han hecho uso de ella como instrumento de presión para el logro de sus intereses particulares (González y Molinares, 2010). Asimismo, las acciones u omisiones por parte del Estado y su institucionalidad ante este tipo de situaciones no han sido eficaces. El respeto por los derechos humanos no ha sido garantizado, y entidades como el Ejército o las que imparten justicia no ofrecen la protección, ni la aplicación de las leyes vigentes en el país efectivamente, así como las requeridas por la población ante la magnitud de los hechos (GMH, 2013). Mas bien, han promovido la percepción acerca de los líderes que defienden los derechos humanos y las luchas sociales, como personas que subvierten el orden, llegando a considerarlos como delincuentes, generando así, la estigmatización e incluso amenaza de sus vidas (González y Molinares, 2010).

Este panorama ha generado desconfianza institucional; la corrupción y la poca identificación con los poderes políticos han cimentado las bases en las que se construye la ciudadanía colombiana y su escasa participación en el ámbito socio-político (Díaz y Castiblanco, 2013; Hopenhayn, 1990). Las consecuencias de esta situación son preocupantes, particularmente en los jóvenes, pues inscriben su día a día sobre la desconfianza, lo cual va tejiendo una forma común de animadversión frente a las situaciones sociopolíticas del país (Garcés, 2009; Martín-Barbero, 1998; Ramírez, 2012).

Para este efecto, existe un gran número de estudios sobre el CAC, desde diferentes enfoques (antropológicos, sociológicos, económicos, políticos, etc.). Algunas de estas investigaciones tienen como objeto los grupos insurgentes: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo (FARC-EP), Ejército de Liberación Nacional (ELN) y las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Así como a los grupos legítimos de defensa del Estado, como el Ejército y la Policía Nacional de Colombia (Giraldo, 2009; Molano, 2005b, 2006b, 2007; Salcedo, 2015; Trejos, 2008, 2013; Velásquez, 2007). También estudian el impacto directo e indirecto que ha generado el conflicto en los niños (COALICO, 2007; Montoya, 2008; Pachón, 2009; Salcedo, 2015; Springer, 2010), en los jóvenes (Huesca, 1997; Lamus, 2001; Pinzón, 2007; Serrano, 2000; Springer, 2012; Villamizar, Flores y García, 2013), y en las mujeres (Álvarez, García y Muñoz, 2007; Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013), entre otros. Sin embargo, el número de trabajos sobre las Representaciones Sociales (en adelante RS) del CAC, es reducido: dirigido a niños y niñas víctimas del conflicto armado (Chaparro, 2012; Laverde, Muñoz, Osuna y Ovalle 2016; Parra, 2010; Rodríguez y Soliz, 2013), así

como, a adolescentes (Bravo y Arce, 2019), jóvenes (Molano y López, 2019; Olaya, 2015), adultos campesinos (Chaparro, 2012) y adultos indígenas (Martínez, 2016).

Por esta razón profundizar en la representación que tienen los jóvenes colombianos sobre el CAC, permitirá comprender la manera en que se relacionan con el conflicto. En efecto, la teoría de las representaciones sociales, analiza la representación de un objeto específico -en este caso el CAC- que tiene un grupo poblacional, dado que, por medio de ésta, expresa su posición frente al mundo. La representación entonces, permite que un solo objeto vaya adquiriendo diferentes significados de acuerdo al contexto, experiencias y grupo social en el que el individuo se desenvuelva (Moscovici, 1979). En este sentido, las RS también preparan para la acción, en tanto constituyen un proceso de reconfiguración y reconstrucción constante entre la producción de comportamientos del sujeto y sus relaciones con el medio (Jodelet, 2000; Moscovici, 1979; Moscovici y Marková, 2003).

Estas RS del CAC son un insumo importante para conocer y entender la valoración que los individuos hacen de su vida cotidiana, de la percepción que tienen de la sociedad en la que se desenvuelven y hasta qué punto la incidencia de la violencia puede entorpecer su pleno desarrollo psicosocial (Zubieta, Muratori y Fernández, 2012). Por este motivo, el análisis del bienestar psicológico y el bienestar social son fundamentales, porque el primero ofrece medidas sobre la salud mental de los individuos teniendo en cuenta las autoatribuciones emocionales positivas y/o negativas, su incidencia en el crecimiento personal y el desarrollo de las propias capacidades para que los sujetos afronten sus retos vitales (Blanco y Díaz, 2005). Por su parte, el bienestar social integra varios elementos que indican si los individuos funcionan bien en

su vida social, reflejando la evaluación de las experiencias que hacen los individuos de su entorno, reconociendo su calidad de vida en relación con otras personas y hacia la sociedad (Keyes, 1998). En este marco, también es importante conocer la percepción que tienen los ciudadanos del clima emocional de su nación, a partir de la combinación de aspectos cognitivos y emocionales con relación a factores políticos, educativos, sociales, religiosos y económicos colombianos (de Rivera, 1992). En sí, el estado de ánimo colectivo refleja las emociones que cada individuo cree que la sociedad en su conjunto está sintiendo, emociones dominantes que permiten percibir los efectos en las conductas colectivas (Techio, Zubieta, Paez, de Rivera, Rimé y Kanyangara, 2011).

Actualmente en Colombia, existe amplia bibliografía acerca del impacto psicosocial en las víctimas. Uno de ellos y, tal vez el más representativo, es el estudio realizado por el Grupo Memoria Histórica - GMH (2013) donde se integra un análisis sobre los impactos y daños causados por el conflicto. También el trabajo realizado por Ruta Pacífica (2013) profundiza en el impacto psicosocial en mujeres víctimas del CAC. Otros trabajos se enfocaron en las necesidades en salud de la población víctima del conflicto y en situación de desplazamiento (Mogollón, Vázquez y García, 2003), así como en las consecuencias en la salud de mujeres víctimas de desplazamiento forzado (Mogollón y Vázquez, 2006) y, finalmente, en las secuelas emocionales que deja la violencia del conflicto en las personas y la violencia política posterior a su victimización (Aguilera, 2003). No obstante, no se encontraron investigaciones referidas a la percepción del clima emocional en el marco del CAC.

Hasta el momento, no se han hallado investigaciones que se ocupen del análisis conjunto de esta problemática. Por lo tanto, el estudio que se presenta en esta tesis tiene

por objetivo general describir las RS de los jóvenes colombianos del conflicto armado y analizar sus relaciones con el bienestar psicológico, bienestar social y la percepción del clima emocional.

CAPÍTULO I

LA TEORÍA DE LAS REPRESENTACIONES SOCIALES

1.1 El conocimiento del sentido común

El sentido común es definido por Wagner y Hayes (2011) como el conocimiento contextual que abarca diversas áreas de la vida cotidiana en la que se desenvuelve un individuo inmerso en diferentes grupos sociales. De este conocimiento se dispone de manera espontánea, por lo que es utilizado en gran medida sin pensar y está sujeto a las prácticas cotidianas de los individuos. Estos autores afirman que el sentido común es un reflejo del pasado, un conjunto de mentalidades construidas sobre bases previamente desarrolladas, que se han ido transformando, configurando y evolucionando con el paso del tiempo y de generaciones. Estas bases determinan consciente e inconscientemente el pensamiento actual de las personas. De esta forma, el conocimiento cotidiano se ubica en la esfera natural y espontánea, donde la experiencia y los pensamientos se desarrollan a partir de eventos de la vida cotidiana los cuales forman la base afectiva y cognitiva de las rutinas diarias.

Moscovici y Hewstone (1986) manifiestan que formar imágenes, ver las cosas y establecer lazos entre ellas, son elementos cruciales de la inteligencia humana y las herramientas generales que sirven para comprender el contexto y resolver problemas. El sentido común se sirve de estos elementos para constituir su cuerpo de conocimientos que es reconocido por los miembros de un mismo grupo social, donde se clasifican,

nombran y categorizan tanto a los individuos como a las cosas. Por lo tanto, es almacenado en el lenguaje y el espíritu de los integrantes de una sociedad otorgando “a dichas imágenes, a estos lazos mentales un carácter de evidencia irrefutable, de consenso en relación con lo que «todo el mundo conoce»” (p. 683). En efecto, el sentido común es un conocimiento socialmente elaborado, compartido y práctico, construido a partir de las experiencias y de la información recibida a través de la comunicación intergeneracional, de los medios de comunicación, de la educación, entre otros (Jodelet, 1986).

Sin embargo, la sociedad y los individuos no están en equilibrio constante, las relaciones entre las personas no siempre se mantienen en acuerdo, por lo tanto, las situaciones de la vida cotidiana cambian y con ellas, las visiones del mundo. En este sentido, los ajustes y desajustes que se presentan en las interacciones van formando significados compartidos que, a la vez, generan un efecto en todo el sistema que las engloba (Wagner y Hayes, 2011). El sentido común, de esta manera, va configurando el entorno simbólico en el que se desarrolla y se forma el sujeto (Castorina y Barreiro, 2010), permitiendo que logre explicar y comprender las diversas manifestaciones del mundo (acciones, ideas, las relaciones establecidas con otros, la resolución de problemas, etc.).

En este orden de ideas, el mundo moderno se caracteriza por las diferencias en las formas de creencia, prácticas y entendimiento entre grupos, a partir de los cuales se construye la comprensión de los procesos sociales y la vida social (Duveen, 2007). Uno de los autores más importantes que reflexionó sobre esta construcción fue Serge Moscovici. Su aporte central fue el desarrollo de la teoría de las RS como un intento por

recuperar la especificidad del conocimiento del sentido común (Castorina, Barreiro y Toscano, 2005). Además, dicho concepto surgió con el propósito de indagar la transformación del sentido común a partir de la difusión del conocimiento científico (Moscovici y Marková, 2003). En otras palabras, los cambios en las creencias sociales debido a una fisura en los significados culturales, donde un fenómeno no familiar adquiere un significado general para el grupo (Castorina y Barreiro, 2007).

En efecto, Moscovici (1979) postuló que el ser humano reside en dos mundos de pensamiento, por un lado, el pensamiento racional que tiene su base en la epistemología científica, el cuál concibe el mundo de manera ordenada, estructurada, sistemática y comprobable, visión que restringe en muchos aspectos la posibilidad de exploración, dado que la experiencia intelectual aquí generada suele ser desarrollada en ámbitos académicos específicos donde la información es comprobada y garantizada. Por otro lado, está el mundo del pensamiento consensuado de las RS, referido al conocimiento del sentido común que, al ser generado, producido y reproducido por todas las personas de una sociedad, es tratado de manera bastante simple y sin fundamento cognitivo (Moscovici y Hewston, 1986; Moscovici y Marková, 2003). Sin embargo, Moscovici (2000) postula que tanto el pensamiento científico como el sentido común representan parte de la relación entre el interior y exterior del individuo y de la sociedad en general.

Esta concepción generó fuertes debates a partir de los cuales, por un lado, se reconoció la importancia y particularidades del sentido común dentro de las diferentes sociedades, así como la influencia de éste en el conocimiento científico dado que llegó a convertirse en su objeto de conocimiento, es decir las creencias y las percepciones se fueron convirtiendo en ciencia gracias a las investigaciones de diversos autores desde

diferentes disciplinas. En este sentido, la ciencia surge como trabajo de ordenamiento a partir de la razón para la transformación de lo acumulado por la tradición, en otras palabras, la sistematización del sentido común. Por su parte, el conocimiento científico por medio de sus teorías, imágenes y conceptos difundidos en amplios sectores sociales llega a influir de manera trascendente en el sujeto, se convierte en parte de su intelecto, de su sentido común, en sí, en un conocimiento popular (Wagner y Hayes, 2011).

Las dinámicas del sentido común permiten establecer que este tipo de conocimiento se encuentra en constante evolución y transformación. Moscovici (1979; 2000) buscó analizar el impacto que tiene la ciencia en la cultura de las sociedades, dado que una de las funciones esenciales de esta última es transformar la existencia de los hombres, por lo tanto, su introducción y propagación en la sociedad tiene un carácter creador. En sí, según Moscovici (1979),

se trata de la formación de otro tipo de conocimiento que se adapta a otras necesidades y obedece a otros criterios dentro de un contexto social preciso. No reproduce un saber depositado en la ciencia, destinado a permanecer ahí, sino que reelabora, según su conveniencia, de acuerdo con sus medios los materiales hallados (p. 16).

Por lo tanto, esta difusión es esencial para la ciencia porque le permite existir en la vida de las personas, para influir en su cultura, en sus relaciones y en sus comportamientos Moscovici (1979).

Las RS entonces, son una modalidad de pensamiento del sentido común, donde el sujeto en el curso de sus prácticas sociales e interacciones cotidianas permite que se recreen, modifiquen y reproduzcan (Castorina y Kaplan, 2003).

1.2 El concepto de Representación Social

La teoría de las RS se desarrolla en el marco de la psicología social, una disciplina que intenta comprender las relaciones entre las personas, sus comportamientos y el impacto recíproco que se genera entre ellos (Duran y Lara, 2001). En efecto, el concepto de RS procura restablecer en la psicología social la conciencia de lo social, “aportando los medios psicológicos en la vida social” (Duveen y Lloyd, 2003, p. 29), evitando perspectivas reduccionistas, para ofrecer una nueva visión e interpretación de la realidad creada en el mundo cotidiano, permitiendo considerar otros aspectos de la vida social que no habían sido recibidos e incluso no habían sido pensados (Acosta, 2006).

En este marco, Serge Moscovici (1979), define a las RS como una forma específica de pensamiento social:

un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios, liberan los poderes de su imaginación (p.18).

Esta organización de conocimientos se compone de imágenes, valores, creencias y prácticas que, por un lado, orientan el comportamiento del individuo en un contexto social determinado. Asimismo, permite una comunicación efectiva a partir de la comprensión, construcción y reconstrucción de códigos que posibilitan entender el mundo y reconocerse a los sujetos como parte -o no- de un grupo (Moscovici, 1979).

Las RS refieren a contenidos de pensamiento cotidiano, a los conjuntos de valores o bienes culturales acumulados a través del tiempo por una comunidad y/o sociedad. Dicho conjunto da coherencia a las creencias religiosas e ideas políticas; permite clasificar objetos, personas, comparar comportamientos y objetivarlos para posteriormente integrarlos a su entorno social (Jodelet, 1986; Moscovici, 1988).

De este modo, el proceso de comunicación es fundamental en tanto la teoría de las RS “insiste radicalmente en el origen social del entendimiento humano y del pensamiento cotidiano, así como en el hecho de que éstas se desarrollan en gran medida en las conversaciones cotidianas y en las acciones colectivas” (Moscovici, 2011. Tomado de: Wagner y Hayes, 2011, p. XIII.). En efecto, las percepciones de los sujetos son elaboradas y adquiridas de otras personas, de los medios de comunicación, de las instituciones, en sí, de los intercambios comunicativos (Castorina y Kaplan, 2003). Asimismo, el conocimiento es aprendido y aplicado a través de este proceso comunicativo desde temprana edad. En este sentido, las RS son construidas a través de este proceso colectivo, permitiendo a los sujetos que integran un grupo social interpretar su mundo desde las diferentes situaciones que afronta (Moscovici, 1988).

Duveen (2007) establece que las representaciones ofrecen un marco de referencia a través del cual se asocian los significados (o las imágenes mentales) con los significantes (o la forma material que toma determinado signo), de una manera significativa. Es decir, este marco de referencia se construye a partir de unos presupuestos lingüísticos, de conocimientos comunes, históricos, temporales y espaciales, que permiten establecer una relación coherente entre estos y el contexto desde los cuales se desarrollan.

En este sentido, Moscovici (1994) analiza que el contexto, en la emisión del mensaje es de suma importancia en tanto permite que el receptor comprenda y entienda dicho mensaje. Sin embargo, el autor menciona que éste no siempre coincide con la comunicación lingüística, dado que la decodificación de un significado requiere de una serie de especificidades en relación a quienes generan el mensaje y el contexto en el que se desarrolla. Esto quiere decir que, si la interpretación es ajena al contexto, no se logrará conocer lo que el emisor “quiere” comunicar, creándose un malentendido. Por lo tanto, el proceso comunicativo está en desarrollo constante y no puede reducirse al lenguaje manifiesto sin tener presente su aspecto dialógico.

Este proceso comunicativo y dialógico permite entender que las RS no son reproducciones de la realidad, duplicados de lo externo o la parte subjetiva del objeto. Más bien, que las RS intervienen en las actividades cognitivas del sujeto (Moscovici, 2000), en tanto constituyen un proceso de reconfiguración y reconstrucción constante entre la producción de comportamientos del sujeto y sus relaciones con el medio (Jodelet, 2000; Moscovici, 1979; Moscovici y Marková, 2003).

En este sentido, las restricciones y autonomía que ofrece el entorno social y natural conceden a las RS dos roles. Por un lado, convencionalizan el objeto, es decir, lo definen, lo categorizan, lo modelan de tal forma que sea diferenciado y/o compartido por un grupo social. Estas convenciones permiten conocer qué significa qué, y qué se relaciona con que, es decir, la experiencia se agrega a una realidad predeterminada por las convenciones. En segundo lugar, son prescriptivas, esto es que las RS son un producto de una secuencia de elaboraciones y de cambios de algo, que suceden en el curso del tiempo y de generaciones. En otras palabras, “el peculiar poder y claridad de

las representaciones, es decir, de RS, se deriva del éxito con el que controlan la realidad de hoy a través de la de ayer y la continuidad que esto presupone” (Moscovici, 2000, p. 24).

Wagner, Valencia, y Elejabarrieta (1996) sostienen que la construcción de la RS es siempre un proceso involuntario. Por lo tanto, equivale a lo que él denomina un *evento constructivo* (p.19), en tanto se nombra *algo* en el curso de un acontecimiento determinado. Este evento constructivo está constituido por atributos, valores e integrado por un mundo socialmente significativo. Es decir, la representación y el *objeto* no pueden ser independientes, ya que ontológicamente no se distinguen dentro de dicho evento constructivo.

En efecto, la significación de una RS la define la participación de un sujeto a una cultura y su pertenencia social. Así, las RS son productos socioculturales que influyen en las prácticas cotidianas de las personas y se producen a partir de la experiencia del sujeto (Jodelet, 1986). Por lo tanto, “las RS no se construyen en la mente de cada individuo sino en la acción de las condiciones objetivas, sociales y políticas, del pensamiento de cada quien” (Rouquette, 1999, p. 202). Esta perspectiva permite al sujeto o los grupos comprender la vida social en sus complejidades y construirla a partir de las RS y las relaciones que tejen éstos entre ellas (Duveen y Lloyd, 2003). Por lo tanto, se establece una relación entre las RS y la identidad social, dado que las RS constituyen y configuran la identidad social en tanto le proporciona las significaciones que delimitan la posición de los sujetos o grupos sociales frente a determinadas situaciones y otros grupos. Asimismo, evidencia el carácter dinámico y

cambiante de estas identidades sociales, ya que se encuentran en constante interacción y negociación con otras identidades (Castorina, Barreiro y Toscano, 2005). En este sentido, la construcción y el funcionamiento de una RS se lleva a cabo a través de un proceso que muestra “cómo lo social transforma un conocimiento en representación, y cómo esta representación transforma lo social” (Jodelet, 1986, p. 480). De esta forma, se inscriben en el lenguaje, en las prácticas y en relación con su función simbólica, categorizan y codifican lo que compone dicho mundo (Jodelet, 2000).

En efecto, las RS constituyen la realidad de los sujetos, pero ésta última no es estática y se reconfiguran constantemente, implicando ello la existencia de un proceso que permite asimilar o familiarizar las novedades que ofrece la cotidianidad (Castorina, Barreiro y Toscano, 2005; Jodelet, 1986; Moscovici, 2000). De esta forma, se establecen dos procesos que dan cuenta de dicha construcción: la objetivación y el anclaje, por los cuales se busca transformar un objeto no familiar para un grupo social, en familiar (Moscovici, 1979). Estos mecanismos hacen parte propia de la dinámica de las RS. Por una parte, la objetivación es un mecanismo que lleva a hacer real o concreto lo abstracto, a duplicar un esquema conceptual en algo material y a partir de la relación del sujeto con el objeto, de su apropiación indirecta, se desarrolla un acto generador de cultura (Moscovici, 1979). Para Jodelet, (1986) la objetivación consta de tres fases: la primera es la selección y descontextualización de los elementos de la información. La segunda, es la formación de un núcleo figurativo y, por último, la naturalización. En cuanto, a la fase de selección y descontextualización de la información, hay una retención selectiva de elementos que integran las informaciones que circulan en el contexto (sean científicas o no). Esta selección se realiza con base en un proceso de

descontextualización de acuerdo a los criterios normativos y culturales. Se retiene entonces, lo que concuerda con el ambiente de valores y se separan estos elementos del campo social o científico al que pertenecen para ser apropiadas, proyectadas y dominadas por el público. Por su parte, la segunda fase implica la formación de un núcleo figurativo donde los conceptos se constituyen en un conjunto gráfico, coherente con la esencia del concepto a objetivar. En este sentido, la simplificación de las imágenes transforma el aparato psíquico del sujeto, de forma que sea compatible con otras visiones y teorías generadas por el humano. También permite al sujeto comprender de manera más sencilla a los demás, a las cosas y así mismos. Por último, está la naturalización, que permite al individuo apropiarse de los elementos del sistema figurativo para constituirse como parte de su cotidianidad, lograr su dominio y convertirlo en su realidad. El proceso de objetivación se trata entonces, de la constitución formal de un conocimiento.

Por otra parte, el proceso de anclaje implica la integración de algo nuevo en el pensamiento grupal ya constituido y su inscripción en los valores establecidos o en el conjunto de creencias para otorgarle un significado y utilidad (Castorina, Barreiro y Toscano, 2005; Moscovici, 1979). El anclaje se refiere a la integración cognitiva del objeto, dado que se trata de la inserción orgánica del conocimiento dentro de un pensamiento constituido (Jodelet, 1986). La innovación que interviene en este mecanismo es tomada y adoptada de diferente manera por los grupos sociales, evidenciando “el enraizamiento social de las representaciones y su dependencia de las diversas inserciones sociales” (Araya, 2002, p. 36). Así, la sociedad transforma lo

novedoso en un instrumento útil para la interpretación de la realidad y actuar sobre ella (Moscovici, 1979).

De esta manera, Moscovici (1979, 2000) argumenta que la objetivación cambia elementos no familiares en familiares para los sujetos, convirtiendo lo abstracto en concreto para articularse en su realidad social. Mientras que, en el proceso de anclaje, estos elementos extraños contribuyen a modelar las relaciones sociales, a cómo son expresados y, asimismo, a cómo pueden disponer de ellos los sujetos para desenvolverse en la sociedad. La distinción que se realiza de estos dos momentos permite el análisis del proceso de las RS, sin embargo, es importante tener en cuenta que estos dos mecanismos son interdependientes dado que la RS puede lograr el anclaje en tanto esté objetivada y viceversa (Duveen y Lloyd, 2003).

En efecto, la objetivación y el anclaje permiten la construcción y constitución de las RS permitiéndole a éstas formar parte de las realidades representadas, donde el contenido de lo que se construye, tiene la misma significación que el proceso de construcción (Duveen y Lloyd, 2003). Esto implica el reconocimiento de que las RS no son un hecho dado, estáticas o externas al individuo, más bien, evidencia que “su estatus ontológico es el triángulo de las interacciones entre sujetos, otros y objetos” (Castorina y Barreiro, 2010. p. 65), permitiendo construir tanto a los individuos como a los grupos su comprensión de la vida social. En este sentido, las RS no se pueden enmarcar en una dicotomía entre el individuo y lo social, o entre lo estable e inestable, dado que esta mirada evita mirar la complejidad de las relaciones entre los individuos, la comunidad y su terreno común (Moscovici, 1988).

Por lo tanto, las RS deben verse como el resultado, por un lado, de la interacción social, lo que implica la imposibilidad de su explicación desde la psicología individual. Por otro lado, vincula las experiencias individuales con las creencias sociales, siendo ello en contra del pensamiento escisionista. Así, la investigación sobre las RS debe remitirse a su constitución, donde se indague por la manera en que son apropiadas por los individuos, así como su sociogénesis (Castorina y Barreiro, 2010).

En este orden de ideas, Duveen y Lloyd (2003) manifiestan que esta perspectiva se puede describir como una psicología social genética, dado que la estructura de las RS es una construcción y al mismo tiempo el resultado de un proceso de desarrollo. Estas estructuras constituyen una organización con una función específica que permite la comprensión y la comunicación. En efecto, los autores distinguen tres tipos de transformación asociadas a las RS, que permiten conocer y analizar las complejidades que estas contienen en su proceso de génesis y permanencia. En primer lugar, describen el proceso de sociogénesis, el cual consiste en la transformación y construcción de las RS, en su ubicación en un momento histórico específico y en su evolución o no a través del tiempo de acuerdo a su circulación en la sociedad.

En segunda instancia está la ontogénesis, que refiere al proceso a través del cual los sujetos elaboran y afirman identidades sociales concretas basándose en los recursos que tienen las RS. De este modo, los individuos logran participar de la vida social en un grupo determinado por la influencia que estas RS tienen sobre ellos. Dicha influencia puede ser imperativa, cuando se ven obligados los sujetos a construir una identidad según a las RS establecidas por la comunidad en la que se desenvuelven. De igual modo, la influencia puede ser contractual, porque es necesario que el sujeto adopte

determinados elementos de una identidad social para que este pueda integrarse satisfactoriamente a un grupo social (Duveen y Lloyd, 2003).

Finalmente, la microgénesis, refiere a un proceso de cambio constante de las RS en la interacción social de los individuos a través de su identidad social. Estas RS permiten al individuo comprender la situación en la que se encuentra inmerso, situarse en ella y a los otros. Así, en la interacción social de los individuos puede existir reciprocidad en dicha comprensión y por lo tanto no hay cabida para los conflictos frente a las identidades sociales. Por el contrario, cuando no hay reciprocidad en la comprensión, la negociación entre las interacciones sociales es de suma importancia, porque se deben solucionar los conflictos que diferentes puntos de vista susciten. En este sentido, en las interacciones sociales se negocian las identidades sociales para establecer marcos de referencia compartidos, o también para generar cambios estructurales en las RS dadas las influencias que operan en las interacciones (Duveen y Lloyd, 2003).

De igual manera y continuando con el aspecto dinámico de las RS, Moscovici (1988) muestra tres formas de representaciones que evidencian mayor claridad en cuanto a su aspecto funcional y su relación con respecto a los grupos sociales. Por un lado, las representaciones hegemónicas, se caracterizan por ser de larga duración, y compartidas por gran parte de los miembros de grupos altamente estructurados (e. g. partidos políticos, regiones, ciudades y las naciones en general). Predominan en ellas, las prácticas afectivas y simbólicas implícitas. De igual forma, consisten en valores e ideas arraigadas profundamente en los procesos cotidianos, implicando ello que estas representaciones sean más resistentes al cambio y tengan mayor estabilidad.

Por otro lado, se encuentran las representaciones emancipadas, las cuales son de corta duración, ya que expresan algo de autonomía, en tanto cada subgrupo aporta y crea nuevas versiones del objeto representado. Estas representaciones se desarrollan a partir de la circulación del conocimiento en la sociedad y del contacto que se genera entre dichos subgrupos. (Moscovici, 1988). Finalmente, se hallan las representaciones polémicas caracterizadas por ser de corta duración, y construirse a partir de las controversias y conflictos sociales que se presentan en los diferentes grupos que componen la sociedad. Éstas son fuertemente excluyentes, en tanto se elaboran por relaciones antagónicas (Moscovici, 1988).

En efecto, tanto las representaciones emancipadas como las polémicas son más abiertas a la discusión argumentada y al debate, en tanto necesitan reafirmar una posición dentro del mundo simbólico que las constituye, mientras que las representaciones hegemónicas son más coercitivas y uniformes (Duveen, 2007; Moscovici, 1988).

1.3 La escuela estructural en la Teoría de las Representaciones Sociales

En el marco de la teoría de las RS se han desarrollado diferentes corrientes o escuelas que, a partir del debate, análisis, desarrollo de diferentes enfoques de investigación y metodologías han generado su evolución (Araya, 2002; Banchs, 2000). Por un lado, se encuentra la escuela denominada clásica con un enfoque antropológico y cultural, que tiene su referente central en el estudio que desarrolla Denise Jodelet (1986, 2003, 2008; Wagner y Flores, 2010) en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias de

Francia. Se interesa por identificar los procesos socio cognitivos de los aspectos constituyentes y generadores (procesos) de la RS a partir del análisis de lo social, lo cultural y las interacciones sociales. Por otro lado, está la Escuela de Ginebra, sus representantes más destacados son Willem Doise (1980) y Gabriel Mugny (1979; 1991). Han seguido una línea más sociológica, que explora las diferentes condiciones de circulación y producción de las RS en distintos niveles de interacción, identificando los principios culturales que las organizan. Es decir, analiza la diversidad de significados que puede tener un objeto de representación a partir de las particularidades de un grupo social.

Por último, y en la cual se enmarca esta investigación, se encuentra la Escuela de Aix-en-Provence, la cual enfoca sus esfuerzos en analizar la estructura de las RS (Abric, 1996; 2001). En esta perspectiva, las RS son pensadas como un conjunto organizado y coherente de elementos específicos que siguen ciertas reglas de funcionamiento, ubicadas en la intersección entre la lógica social y los procesos cognitivos (Abric, 2001). Esta organización y estructura es analizada con base en la hipótesis del “núcleo central” (Abric, 1993; 1996; 2001), en la que se establece que cada una de las RS tiene una organización interna particular, donde los elementos que la componen giran alrededor de un núcleo central y tienen una jerarquía determinada (Abric, 1993; 1996; 2001; Flament, 2001).

Así, se plantea que el estudio de una RS requiere del análisis de su estructura, la cual está constituida por dos componentes. El primer componente es el sistema central o núcleo que determina la significación y organización a la representación por medio de dos funciones: la función generadora, que permite transformar y crear la significación

de los demás elementos que integran la representación. En cuanto a la función organizadora, ésta determina la naturaleza de los lazos que permiten estabilizar y unificar los elementos de la representación (Abric, 1996). De igual modo, el núcleo central otorga una identidad particular a la RS, constituyéndose en el elemento de mayor rigidez y resistente al cambio. Ello permite, la consistencia y continuidad de la RS (Abric, 1993), así como un punto de comparación con otras representaciones para analizar sus diferencias (Flament, 2001).

El segundo componente de la estructura de una RS son los elementos periféricos. Estos son el complemento indispensable del sistema central, en tanto permiten que la RS pueda adaptarse a la realidad del momento (Abric, 1993). En efecto, los elementos periféricos dinamizan por medio de sus relaciones y al mismo tiempo defienden al núcleo, manteniendo la identidad de la representación (Barreiro y Castorina, 2015). Estos elementos son jerarquizados de acuerdo a su cercanía con respecto al núcleo (dando solidez a los significados de la representación), o a su lejanía (ilustrando, aclarando y justificando su significación) (Abric, 2001). Los elementos periféricos cumplen tres funciones (Abric, 2001; Flament, 2001): La primera es la concretización, que depende de los elementos contextuales de la RS para comprenderla, dado que dichos elementos integran, tanto la situación directa e inmediata, como lo vivido por el sujeto. En segundo lugar, está la regulación, que permite la adaptación y evolución de la representación de acuerdo a las dinámicas del contexto. Esta información y/o transformación del entorno novedosa se integra a la RS de tal forma que no se advierta de su incidencia, o también, puede llegar a generar una nueva reinterpretación en el significado central de la representación. Por último, se encuentra

la defensa, en tanto estos elementos periféricos funcionan como la barrera de la representación, evitando un cambio trascendental en su núcleo. Sin embargo, en el marco de su sistema central, el sistema periférico posibilita la integración de variaciones individuales (Abric, 1993).

Abric (1993) considera que estos dos componentes funcionan como una entidad, en la que cada uno tiene un rol que complementa al otro. Dada la estructura y el modo de funcionamiento de las RS, surgen dos características que pueden ser contradictorias. Por un lado, las RS son móviles y estables, así como flexibles y rígidas. Por otro lado, las RS son generadas por el consenso social, aunque marcadas por fuertes diferencias interindividuales. Es decir, las RS se inscriben por medio de su núcleo, en un contexto social, histórico e ideológico global los cuales definen los valores y las normas de los grupos e individuos. De igual forma, permite por medio de sus elementos periféricos, integrar informaciones del contexto inmediato y cotidiano de los individuos (Abric, 1993; 2001). Esto genera la posibilidad de la evolución constante de la representación y, sobre todo, reconocer las diferencias interindividuales de una representación y hasta qué punto, pueden llegar a ser diferencias esenciales, para así establecer la profundidad de las divergencias, si son sustentadas en la significación profunda de la representación (Abric, 2001; Flament, 2001). En este sentido, los elementos periféricos expresan los posicionamientos diferenciales de las RS -en los significados que puede adquirir el objeto-, dado que reflejan los efectos que tiene la posición social en una interacción situacional (Doise, 1980). Es decir, el anclaje de la información depende de la posición que los actores sociales y sus grupos ocupen en el

tejido de las relaciones sociales, así como las características de la sociedad en la que se desenvuelve (Doise, 2002).

Este posicionamiento social genera que los individuos y los grupos tomen y analicen determinada información de diferente manera (Pérez, 2004). De esta manera, los sistemas de valores, las ideologías, las creencias, en sí, las prácticas cotidianas que configuran a un grupo social, establecen un vínculo por medio de los elementos periféricos con el núcleo de la RS, para que ésta última se adapte a las condiciones específicas de cada contexto (Zubieta y Barreiro, 2014; Bruno y Barreiro, 2014; Doise, 2002).

CAPÍTULO 2

EL CONFLICTO ARMADO COLOMBIANO COMO OBJETO REPRESENTACIONAL

El conflicto armado ha influido en la vida de los colombianos, en su cotidianidad, generando una constante reconfiguración social y cultural por parte de la sociedad (Behar, 2011; Behar y Behar, 2012; Giraldo, 2009; Molano, 2005a, 2005b, 2006a, 2006b; Nates, 2009, 2016). Esta fuerte incidencia puede explicarse, en tanto el conflicto mantiene una presencia constante en todos los sistemas de relaciones humanas (Silva, 2008), inmersas en un contexto de espacio – tiempo (Galtung, 2004), que puede manifestarse de forma intrapersonal e interpersonal, siendo esta última la que configura lo que se denomina conflicto social (Ruíz, 2009). En este sentido, la estructura de un conflicto social puede analizarse a partir de las situaciones contextuales que ofrezcan los elementos políticos, económicos, sociales, culturales, los elementos de interés, valores, así como las dinámicas coercitivas y de cohesión generadas por la institucionalidad, a partir de sus normas sociales (Ruíz, 2009; Silva, 2008).

En efecto, Galtung (2004) manifiesta que la violencia, aunque tiene su “potencial” en la naturaleza humana, se potencia y agudiza a partir de las circunstancias, en este sentido, la violencia puede explicarse en función tanto de la estructura como de la cultura donde se desarrolle, las que pueden generar un “ciclo vicioso”. Este proceso es denominado por el autor como triángulo de la violencia y en el pico sobresaliente superior, aparece la violencia directa porque es la más visible de ellas, por su impacto

físico y psicológico en el ser humano y su evidencia en los destrozos materiales. Por otra parte, en la base del triángulo se encuentran dos tipos de violencia que son consideradas invisibles en tanto se expresan de manera indirecta y no tienen una causa específica, ni un responsable directo y visible. Estas son: la violencia cultural y la violencia estructural. La violencia cultural, definida por Galtung (2016) como ciertos aspectos de una cultura que se manifiestan por medio de actitudes o prejuicios hacia otros, los cuales van creando, legitimando o justificando la violencia estructural o directa de una sociedad. Por otra parte, la violencia estructural, tiene su fundamento en la explotación, donde la clase dominante se beneficia en mayor proporción de la configuración de la estructura social, mientras que las clases menos favorecidas viven en condiciones de pobreza o miseria, manteniendo ello, un intercambio desigual y de injusticia social (Galtung, 2016). En este sentido, cuando hay una invisibilización tradicional de los elementos de fondo del conflicto, de su proceso generador y sus efectos negativos en la sociedad hacen que sea necesario buscar otro medio para materializar la justicia, en este caso la violencia (Galtung, 2003). En otras palabras, cuando un conflicto no se soluciona, es proclive a generar violencia y, una vez desatada, da inicio a un proceso de destrucción material y humana (Hueso, 2000). De esta manera, el conflicto armado se establece como una de las estrategias para la búsqueda de justicia y la imposición de intereses (Salmon, 2004; Vinyamata, 2004). Aunque no todos los conflictos armados provienen de causas similares, sí tienen como componente general un proceso antecesor de disputas, luchas, etc., que han puesto sobre la mesa, de manera previa, los intereses de los grupos en confrontación (Hopenhayn, 1990). En efecto, la historia de Colombia está marcada por la violencia generada a partir de un conflicto

social inscrito en situaciones políticas y económicas que no permitían generar un punto neutro de negociación y más bien sí, un recrudecimiento de la violencia por la radicalización de las ideas (Trejos, 2008).

2.1 Marco histórico del Conflicto Armado Colombiano

En este apartado se desarrolla el contexto histórico en el que surge el CAC, dado que es necesario conocer las dinámicas particulares y generales en las cuales surgen las RS del CAC. De igual modo, se recurre a dicho contexto y los datos proporcionados por éste, de manera heurística para la interpretación de los datos empíricos sobre la RS del CAC de los jóvenes que participaron en este estudio.

De esta manera, es imperativo mencionar que los investigadores que han profundizado sobre el tema, han llegado al consenso de que no hay una causa única que genere el conflicto, sino que existen una multiplicidad de fenómenos que lo provocaron (Zubiría, 2015).

A pesar de que los procesos históricos no se establecen con fechas exactas dada la complejidad y convergencia de los acontecimientos sociales en que se desarrolla una situación específica, Zubiría plantea para el estudio del CAC tres periodos: El primer periodo, se ubica entre 1929 y 1958. El segundo, entre 1958 y 1991. El tercero, entre 1992 y 2014. Esto se realiza con la intención de comprender el CAC en su complejidad y transformación, en tanto cada uno de estos periodos genera factores determinantes que van forjando los rasgos constitutivos de la cultura política y algunas identidades

culturales de los colombianos. “La forma de resolución de estas problemáticas está en el fundamento y la historia del conflicto colombiano” (2015, p.8)

2.1.1 Primer periodo (1929-1958)

En este periodo, la formación del Estado muestra fuertes limitaciones que serán los detonantes del CAC actual. Una de estas limitaciones es el cruce progresivo entre el Estado y la violencia. En efecto, la violencia ha sido colateral a la construcción del Estado en los años de 1930, para el caso colombiano (Zubiría, 2015); el Estado entonces, ha tenido tanto la función de consenso como de coerción, donde se legitima la guerra por ser una necesidad política. En este sentido Guerrero, 2011 citado en Zubiría, (2015), establece que la política en Colombia mantiene la violencia en confluencia con las formas democráticas, donde no se renuncia a los mecanismos democráticos, más bien, se usan los mecanismos violentos de forma ambigua para el mantenimiento del régimen.

Otra limitación fue que el Estado se resistiera al cambio socioeconómico, por considerarlo ilegítimo y contrario al orden universal. Así, el aplazamiento indefinido de las reformas sociales necesarias para mejorar las condiciones de vida de la sociedad colombiana han sido motivos importantes tanto explicativos como acumulativos para el desarrollo del conflicto (Zubiría, 2015). Este punto es de suma importancia, dado que muchos estudiosos del CAC han establecido que los procesos de posesión y tenencia de la tierra han sido uno de los factores fundamentales para la gestación del conflicto (Zubiría, 2015; Giraldo, 2015). Una de las reformas más discutidas y que hasta hoy no

ha sido posible, es la agraria, debido a que dicha reforma ha sido propuesta únicamente por el gobierno, dejando de lado a los campesinos y sus querellas (Giraldo, 2015). Por este motivo, la tierra en Colombia avanzó en función de la clase latifundista y la estructura privada sobre la tierra, y no en función del campesinado (Zubiría, 2015).

Una última limitación se configura a partir de lo que se denominó “élites plutocráticas” (Zubiría, 2015), las cuales eran una camarilla que respondían a los reclamos sociales con represión y criminalización. Asimismo, fomentaban la desigualdad social, en tanto los modelos de política económica desatendían los reclamos de las clases populares y la sociedad civil. Esto trae como consecuencia la interiorización constante del “miedo a la democracia”, en tanto en Colombia el sistema político se caracteriza por ser una democracia en apariencia, ya que establece “limitaciones a la participación política y no permite relaciones entre iguales” (Zubiría, 2015, p. 25).

Este contexto crea un antagonismo por parte de campesinos sin tierra, sectores intelectuales, empleados urbanos y obreros, frente al sistema instituido por el Estado y los hacendados con grandes proporciones de tierra (Estrada, 2015). Por otro lado, está el antagonismo al interior del Estado entre facciones liberales y conservadoras en busca del poder político que termina permeando a toda la sociedad colombiana (Molano, 2006b).

El periodo de la Violencia fue el resultado de este antagonismo, en el que se legitimó una función ordenadora específica y se activaron mecanismos de control social y disciplinamiento por parte del Estado (Estrada, 2015). Se registraron matanzas y torturas sistemáticas en todas las regiones de Colombia, tanto de liberales como de

conservadores, desatando una guerra social que fue impuesta por las clases dominantes. La búsqueda impetuosa de los poderes políticos por la desestructuración de las formas de resistencia, los movimientos y las luchas; logró nuevas configuraciones de resistencia, una de ellas es la lucha armada (Estrada, 2015).

En este contexto, los integrantes de grupos guerrilleros armados llegaron a 55.000, superando al doble el número de los integrantes del ejército (Molano, 2015). Estas conflictividades llegarán a su madurez en los siguientes años.

2.1.2 Segundo Periodo (1958 y 1991)

Para el segundo periodo se desarrolló el Frente Nacional desde 1958, como aliciente directo al periodo de “la Violencia” (Estrada, 2015; Zubiría, 2015). Este proceso, mantuvo la participación de los dos partidos tradicionales (liberal y conservador) durante 16 años, donde se intercalaban los periodos presidenciales por cuatro años cada uno. Durante este régimen político se mantuvo el estado de excepción, lo que Estrada (2015) denominó como “democracia restringida” (p. 29), dado que se inició un proceso de preservación del sistema, por medio de la eliminación de organizaciones sociales y populares. De este modo, se limitó la participación de alternativas políticas; se inició el desarrollo y fortalecimiento del sistema económico a favor del latifundista y se promovió un régimen de pacificación que fomentó la creación de bandas paramilitares (Estrada, 2015).

Fajardo (2015) establece que los efectos de la guerra en este periodo representaron la destrucción entera de poblaciones y el desarraigo territorial de los sobrevivientes, dando como resultado un alto número de personas en búsqueda de trabajo a bajo costo, miles de tierras abandonadas y usurpadas. La reforma agraria desarrollada en los años 60 pretendía devolver y titular predios a las personas afectadas, no obstante, no logró cumplir su cometido, en tanto estos terrenos fueron comprados y cedidos a grandes y medianos propietarios. En otras palabras, la concentración de tierras se intensificó, el avance de la ganadería y la agricultura comercial fue contundente (Molano, 2015). Los movimientos campesinos se intensificaron. La violencia que generó el Estado redundó en las respuestas violentas por parte de los campesinos, estudiantes y trabajadores, provocando la organización armada en forma de autodefensas y de guerrilla campesina (Estrada, 2015). De este modo, las guerrillas surgen de los movimientos campesinos, para realizar sus demandas y convertirse en eje regulador en sus áreas de influencia (Molano, 2015).

2.1.3 Tercer Periodo (1992 y 2014)

Para este periodo, el narcotráfico ya había incursionado en la vida de los campesinos e integrantes de los grupos guerrilleros, paramilitares e incluso en las instituciones del Estado (Estrada, 2015; Ferry, 2012; Molano, 2015). Asimismo, la lucha por la titulación de las tierras se mantenía. Fueron numerosos los movimientos y marchas sociales generadas por esta causa, y por la fumigación de los cultivos tanto lícitos como ilícitos, en tanto degradaba la tierra y su producción. Los acuerdos que se

desarrollaban para la solución del conflicto con las guerrillas y con los campesinos respecto a la producción de coca, no llegó a feliz término en ninguno de los mandatos presidenciales de este periodo. En efecto, “la guerrilla se beneficia sobre todo del rutinario incumplimiento de los acuerdos” (Molano, 2015, p. 594).

Como reacción a los movimientos guerrilleros y el avance de la revolución cubana en América Latina, el gobierno de los Estados Unidos diseñó una estrategia de contrainteligencia, por medio de grupos civiles y armados para cumplir la función de paramilitarismo, sabotaje y terror, cuando se presentaran grupos comunistas, socialistas o insurgentes. Esta situación fue apoyada por el gobierno colombiano, autorizando la entrega de armas a los grupos paramilitares (Behar, 2011; Behar y Behar, 2012; Ferry, 2012). En consecuencia, se fortaleció la injerencia de EE.UU. en Colombia frente a la lucha contra el narcotráfico y el modelo de desarrollo económico (Molano, 2015), y se fortalecen los grupos armados civiles denominadas cooperativas de seguridad, para convertirse posteriormente en las AUC (Behar, 2011; Behar y Behar, 2012; Ferry, 2012; Molano, 2015).

Finalmente, el contexto histórico del CAC en todos los periodos, a pesar de la sensación de ruptura en cada uno de ellos, muestra una continuidad en muchos de sus factores (Pecaut, 2015). Por ejemplo, el rechazo a procesos de transformaciones sociales y económicas, la negativa a la apertura democrática para la participación de los diferentes sectores políticos y, en especial, la negativa o incumplimiento a las diferentes reformas agrarias. De igual manera, el sistema represivo fomentado por el Estado y sus fuerzas armadas legítimas, así como el patrocinio a grupos armados privados, han sido factores determinantes del conflicto. En este sentido, la configuración social,

económica, política y cultural se ha generado a partir de la disputa violenta por el poder, la tierra y los recursos (Estrada, 2015; Ferry, 2012; Molano, 2015). Por este motivo, el CAC se convierte en un objeto de conocimiento con el que conviven los colombianos, que se pone de manifiesto mediante las formas explícitas de conciencia del conflicto para los individuos y sus grupos sociales (Jodelet, 2000).

2.1.4 Narcotráfico como factor desencadenante del Conflicto Armado

Colombiano

El narcotráfico ha sido uno de los factores que ha generado profundas repercusiones en el conflicto colombiano, dado que ha permeado toda la estructura del Estado. Desde los años 1975 la marihuana se convirtió en un mercado ilícito de economía transnacional, que empezó a cimentar las bases de la cultura de “dinero fácil”, impunidad, corrupción de las autoridades y familiaridad con las armas (Molano, 2015). Para los años 1980, la producción de pasta de coca reemplazó a la marihuana, transformándose en un elemento estabilizante en varios sectores macroeconómicos colombianos (Estrada, 2015). De este modo, este tipo de economía resultó ser una salida para los campesinos y jornaleros, los cuáles se desempeñaban como cultivadores y recolectores de la hoja de coca, en tanto se encontraban en “quiebra permanente” y contaban con poca y corrupta presencia del Estado (Molano, 2015). Además, estos pobladores de bajos recursos, se vieron en cierta medida incluidos en el mercado y lograron el acceso a nuevas tecnologías como TV, internet, celulares, computadoras,

etc., productos a los que no lograban acceder fácilmente desde sus labores legítimas como agricultores (Duncan, 2015).

En este sentido, los rasgos mafiosos y criminales de esta economía impactaron fuertemente el conjunto de la formación socioeconómica de Colombia (Estrada, 2015). El progreso llega a los pueblos y municipios, sus presupuestos por rentas se incrementaron vertiginosamente. En cuanto a la guerrilla, se incrementaron sus ingresos dada la cuantía que tomaban por parte de la extorsión. “Pero quizá ningún sector fue tan favorecido como las autoridades legítimas.” (Molano, 2015, p. 587).

El narcotráfico se convirtió en un pilar para los procesos de acumulación de tierras por despojo, así como de la organización de la guerra contra guerrillas y el paramilitarismo (Estrada, 2015). En efecto, los agentes del narcotráfico inician una acumulación de poder, donde se convierten en las autoridades de un gran número de territorios, e incluso regiones, por medio de sus ejércitos privados (Duncan, 2015). El capital de los narcotraficantes crea una herramienta de protección, en tanto, por un lado, pueden tener el beneficio político para que las fuerzas de seguridad y justicia del Estado no los afecten y, por otro lado, obtiene la protección paramilitar y con ello el dominio de un sector de la sociedad (Duncan, 2015).

Los empresarios de la droga con las ganancias del narcotráfico convirtieron a los políticos y empresarios regionales en agentes más competitivos dentro del universo democrático en Colombia, haciéndolos más visibles en la agenda política y económica nacional. Incluso llegaron a financiar campañas presidenciales (Duncan, 2015). Esta situación permitió que la industria del narcotráfico tomara el poder y la autoridad sobre

muchos territorios, dada las grandes sumas con las que sobornaba a las diferentes instituciones del Estado y sus integrantes (Duncan, 2015).

Para los años 90 el control del narcotráfico fue tomado en su mayoría por los paramilitares, por medio de violaciones a los derechos humanos desproporcionadas como masacres, torturas, desplazamientos masivos, etc. Sin embargo, a pesar de estas situaciones a las que se sometía a la población, el narcotráfico y la estructura de poder impuesta en sus zonas de asentamiento y tránsito, fueron legitimadas, en tanto que las rentas económicas que producía esta empresa ilegal eran muy elevadas, y protegidas por las instituciones estatales. Esto de alguna manera proveía a todos los sectores involucrados en dicha estructura (Duncan, 2015).

2.2 Actores del Conflicto Armado

Como se ha evidenciado a lo largo de este capítulo, muchos han sido los factores que han configurado la formación y permanencia del CAC. No obstante, desde 1960 Colombia se convirtió en un territorio de guerra interna (Giraldo, 2015), dado que es en este momento cuando surgen los grupos armados con una estructura y organización de mayor estabilidad.

En 1965, surgen tanto las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) como el ELN (Ejército de Liberación Nacional), PCC-ML (Partido Comunista de Colombia Marxista Leninista) que posteriormente se denominaría EPL (Ejército Popular de Liberación). Para la década del 70 se estructura el M-19

(Movimiento 19 de Abril) y la ADO (Autodefensa Obrera). En 1980, aparece el movimiento de origen indígena Comando Quintín Lame (Giraldo, 2015).

Para efectos de este estudio se tomarán como actores centrales por parte de los grupos guerrilleros el movimiento de las FARC y el ELN, por su permanencia a través del tiempo y, por parte de los grupos paramilitares, las AUC (Autodefensas Unidas de Colombia).

2.2.1. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - FARC

Desde 1950 se configuraron grupos de 20 a 50 hombres armados en diferentes zonas del país, los cuales serían los primeros integrantes de lo que posteriormente se conocería como la guerrilla de las FARC. En 1953, Pedro Antonio Marín (Alias Manuel Marulanda o Tirofijo) junto con Jacobo Arenas establecieron la guerrilla del Bloque Sur. En 1964 el Bloque Sur durante su segunda conferencia, cambió su nombre al de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-FARC. Este cambio estableció que el movimiento guerrillero dejaba de ser una fuerza regional y se convertía en un ejército que buscaba la toma del poder nacional (Molano, 2015). Durante esta conferencia se pone en marcha el denominado Programa Agrario, el cuál buscaba mediante la lucha armada: una reforma agraria radical, con la que se pretendía por medio de las confiscaciones latifundistas entregar la tierra de manera gratuita a los campesinos que quisieran trabajarla y producirla. Asimismo, tenía por objetivo otorgar títulos de propiedad a los campesinos que explotaran la tierra y la creación de unidades económicas del campo (Molano, 2015).

2.2.2. Ejército de Liberación Nacional - ELN

El ELN surge en 1964 al mando de Fabio Vásquez comunista entrenado en Cuba y apoyado por movimientos estudiantiles y obreros de la época (Ferry, 2012). Posteriormente, Camilo Torres, sociólogo, líder social y sacerdote se unió a este grupo. Ciertamente, en 1965 este sacerdote desaparece durante un año y aparece ante los medios escritos con una proclama, en la que incentiva a la población a unirse al movimiento guerrillero. En 1966, muere en combate frente al Ejército Nacional de Colombia (Molano, 2015).

Desde su fundación, esta guerrilla sufre de constantes luchas y disputas internas que debilitaron su accionar guerrillero, sin embargo, en 1978 se generaron los recursos económicos necesarios para el replanteamiento de sus objetivos como grupo, a partir de las extorsiones que se realizaban a la constructora del oleoducto Puerto Limón –Coveñas, (Molano, 2015).

En resumen, los lugares donde surgieron y se expandieron las FARC y el ELN fueron áreas que no contaban con presencia estatal de ninguna naturaleza, de tal manera que las guerrillas se convirtieron en la única fuerza reguladora del orden social. El actuar de estos insurgentes se caracterizaba por que apoyaban a los campesinos y sus organizaciones frente a conflictos agrarios y territoriales, y solicitaron apoyo económico a los grandes hacendados para la seguridad de sus territorios. Desde 1970, se generan cambios que convierten este apoyo a los campesinos en violencia desmesurada a los

“desobedientes” y las contribuciones económicas en extorsiones que de no ser pagadas se cobraban con la muerte (CNMH, 2014).

2.2.3 Autodefensas Unidas de Colombia – AUC

La Ley 48 de 1968 fue la base que permitió la creación de guardias nacionales o grupos paramilitares (Molano, 2015). Su objetivo según Estrada (2015), ha sido “una función esencialmente contrainsurgente, que ha consistido en liquidar las llamadas bases sociales de la insurgencia armada, procesos organizativos reivindicativos y fuerzas políticas opositoras o alternativas” (p. 33).

Para los años 80, el surgimiento del narcotráfico empoderó estos grupos paramilitares, ya que se convirtieron en autodefensas de los narcotraficantes que habían adquirido grandes terrenos y eran extorsionados y secuestrados por la guerrilla. Fueron los hermanos Castaño en los años 90, después de apoyar la estrategia militar para minimizar al cartel de Medellín y el asesinato de Pablo Escobar, los que diseminaron su accionar en las zonas costeras del país, para la exportación de narcóticos e importación de armas (Ferry, 2012).

El apoyo político fue trascendental para el accionar narco-paramilitar, ya que, tanto en el pasado como en la actualidad, fue puesta en marcha una estrategia de actos violentos y de desplazamiento, que amparaba tanto los intereses de partidos políticos, como de empresas nacionales y multinacionales, que buscaban aniquilar a los opositores sindicales y líderes campesinos que no querían perder sus tierras (Giraldo, 2009; Molano, 2005b, 2006b; 2007; Velásquez, 2007). El Ejército y la Policía apoyan a las

Autodefensas (ahora denominadas Bacrim) por medio de capacitación, equipamiento de armas, patrullajes conjuntos, etc. (Behar, 2011; Behar y Behar, 2012), evidenciando, por un lado, la corrupción al interior de sus fuerzas y, por el otro, la poca legitimidad que tienen como defensores de los derechos humanos (Giraldo, 2009; Molano, 2005b, 2006b, 2007; Velásquez, 2007).

En el 2003, se firmó el Acuerdo de Santafé de Ralito, con el cual se iniciaba la desmovilización y desarme de más de 30.000 integrantes de las AUC (Molano, 2015). Sin embargo, esta desmovilización no cumplió a cabalidad con los objetivos propuestos:

Ahora bien, la desmovilización de unos 30.000 sujetos armados de las AUC, según el Gobierno disminuyó los índices delincuenciales en los meses que siguieron a los actos protocolarios. Pero sólo unos 2.500 cuadros paramilitares se acogieron a los beneficios de la ley; a 3.000 mandos medios, según el mismo Gobierno, se les perdió la pista, y unos 5.000 individuos volvieron a las armas por considerar que el gobierno Uribe no les había cumplido (Molano, 2015. p. 595).

Este argumento es reforzado por Villarraga (2015) en el informe sobre desmovilización y reintegración paramilitar, donde afirma que estas cifras fueron aumentadas por los paramilitares para generar un mayor impacto en la sociedad, pero realmente se logró la desmovilización de 16.000 integrantes de este grupo.

2.3 Modalidades de Violencia en el CAC

Para finalizar este capítulo, se dirige este apartado a las modalidades de violencia, dado que según la investigación realizada por el Grupo de Memoria Histórica

– GMH para el año 2012 la violencia letal en Colombia en el marco del CAC dejó cerca de 220.000 víctimas mortales, donde el 81.5% son civiles y el 18.5% son combatientes (2013). Sin embargo, los registros suministrados por la institución pública Registro Único de Víctimas (RUV), son menores a los sondeados por el GMH entre los años de 1985 al 2012. Esta situación manifiesta, que las dimensiones del CAC muestran una brecha entre lo conocido y lo ocurrido, evidenciando un subregistro en el número de víctimas y por ende en el reconocimiento como tales y su reparación (GMH, 2013). En la actualidad, el número de víctimas ha crecido, según los datos, a la fecha son 262.197 víctimas fatales de las cuales 46.813 muertes de combatientes y 215.005 muertes de civiles (CNMH, 2018).

Parte de este desconocimiento se da por el silencio de las víctimas, dado el impedimento que generan los actores armados a la hora de denunciar y la permisividad de las instituciones del Estado. Asimismo, la necesidad de los actores armados de invisibilizar sus acciones ha generado diversas modalidades de violencia que: por un lado, han trascendido por el alto impacto que generaron a nivel nacional, incluso internacional. Por otro lado, modalidades de violencia de baja intensidad, es decir de bajo impacto, pero que cuenta con alta frecuencia de perpetración (GMH, 2013).

Las diferentes modalidades de violencia que se han registrado desde los años 1980 hasta el 2012 a partir del estudio desarrollado por el GMH (2013) son las siguientes: asesinatos selectivos, masacres, sevicia y tortura, desapariciones forzadas, secuestros, desplazamiento forzado, despojos y extorsiones, violencia sexual, reclutamiento ilícito, acciones bélicas, minas antipersona, ataques a bienes civiles y atentados terroristas.

A continuación, se especifican estas modalidades de violencia en tanto han tenido una alta repercusión en el CAC, ya sea por el número de víctimas que deja después de su perpetración; por el impacto que ha dejado en sus víctimas directas e indirectas y por el nivel de violencia que genera durante su desarrollo (GMH, 2013). Esta descripción se desarrolla con las contribuciones sobre la violencia hacia la mujer en el marco del CAC ofrecida por la Ruta Pacífica (2013a; 2013b), así como por el estudio de la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas (CNMH, 2015).

2.3.1 Secuestro

El secuestro fue una de las prácticas más desarrolladas por los grupos insurgentes y los narcotraficantes desde la década de los 80 hasta el año 2000. Duncan (2015) establece que este accionar no logró los objetivos propuestos de recursos para tomar el poder central, más bien, este recurso se convirtió en un seguro para las conquistas territoriales de los grupos, así como la manera lucrativa y efectiva de mantenerse en el conflicto.

El secuestro se convirtió en una herramienta que alteraba la capacidad del establecimiento para mantener el orden local, en tanto impactaba directamente a las élites legales (políticos, terratenientes) e ilegales (narcotraficantes, nuevas élites económicas) (Duncan, 2015). En este sentido dos consecuencias se evidenciaron: por un lado, se perjudicó la capacidad productiva de los sectores rurales, en tanto las víctimas principales eran empresarios y dueños de fincas. Por otro lado, esta práctica generó alianzas entre las élites políticas y económicas regionales e incluso alianzas entre

terratenientes, narcotraficantes y políticos que buscaban dar fin a los secuestros y las incursiones guerrilleras (Duncan, 2015).

Puede decirse que en algunas situaciones se llegaban a acuerdos entre narcotraficantes como Pablo Escobar, los hermanos Ochoa, Rodríguez Gacha y guerrilleros, mientras no existiera conflicto de intereses territoriales (Duncan, 2015). Sin embargo, cuando las guerrillas incursionaron en el norte del país y dieron inicio a su práctica del secuestro a los narcotraficantes de esta zona, estos armaron poderosos ejércitos privados y se aliaron con las élites legales (Duncan, 2015).

Es importante anotar que, aunque el ejercicio del secuestro fue ejercido en principio por los grupos guerrilleros, subsecuentemente también empezó a ser utilizado por los ejércitos privados y los narcotraficantes. En este sentido, la población que se encontraba en las zonas de influencia de estos grupos se veía afectada, dada la complicidad que debían mostrar frente a las actividades ilegales que ellos ejercían, estuvieran de acuerdo o no (Duncan, 2015).

2.3.2 Desaparición Forzosa

Es una estrategia de ocultamiento desarrollada por los grupos armados tanto legales como ilegales y narcotraficantes, para la invisibilización de sus crímenes y la enajenación de la víctima de la protección de sus derechos (GMH, 2013). Varios aspectos definen esta modalidad de violencia: primero, la confusión que proporciona con actos como secuestro y homicidio; segundo, el bajo impacto que tiene en los medios de comunicación; tercero, las pocas denuncias sobre estos hechos, dadas las presiones

de grupos armados y de personal del Estado y por ende la impunidad del mismo (GMH, 2013).

En 1977, se reconoce y se sanciona la práctica de la desaparición forzosa por parte del Estado a personas sindicadas de comunistas. La desaparición forzosa se asoció a la guerra contrainsurgente y se ligó a la tortura como medio de confesión (GMH, 2013). Para finales de la década de los 90, fueron los paramilitares los que “reemplazaron a los miembros de las Fuerzas Militares en el uso de esta modalidad de violencia” (GMH, 2013, p. 60). Esta práctica en la actualidad se desarrolla con el ánimo de disminuir las cifras de víctimas por muertes violentas en las zonas, y por la necesidad de ocasionar un dolor profundo en los familiares y conocidos (GMH, 2013).

2.3.3 Masacres

Una de las modalidades de violencia más utilizada por los actores armados fue la masacre y el desplazamiento forzoso (GMH, 2013). Dado que fue una estrategia para destruir comunidades por medio del terror y lograr el control de la población. Para los paramilitares específicamente implicaba la teatralización de la violencia que amplificaba su potencial de daño y humillación y, asimismo, dar a conocer el costo de colaborar con la guerrilla (GMH, 2013).

En el periodo de 1980 al año 2012, fueron 1.982 masacres perpetradas por diferentes grupos armados de la siguiente manera: 58,9%, por paramilitares; 17,3%, por guerrillas; 7,9%, por la Fuerza Pública; 14,8%, por grupos armados no identificados; 0,6%, por operaciones conjuntas entre paramilitares y la Fuerza Pública; y 0,4%, por

otros grupos. En efecto, “de cada diez masacres cometidas, seis fueron perpetradas por los grupos paramilitares, dos por las guerrillas y una por miembros de la Fuerza Pública” (GMH, 2013, p. 47). Es importante tener en cuenta que la participación de la Fuerza Pública de acuerdo con las versiones libres ofrecidas por los paramilitares desmovilizados, dan cuenta de una mayor participación en las masacres (GMH, 2013).

De 1996 a 2002, las masacres por parte de los paramilitares aumentaron considerablemente por dos factores: primero por la expansión territorial que tuvo el paramilitarismo en el territorio nacional; y segundo por retaliación al proceso de paz desarrollado entre 1998 y 2002 entre el gobierno y las FARC en tanto podía ser desventajosa para seguir con el proyecto paramilitar y también para mostrarse como un actor importante que requiere de atención por parte del Estado para una posible negociación (GMH, 2013). En palabras de la GMH (2013):

Los actores armados ejercieron la mayor devastación en las masacres de tierra arrasada. No fue suficiente con matar masivamente. Atacaron el entorno físico y simbólico de las comunidades. Violentaron a las mujeres, los ancianos, los niños y los liderazgos comunitarios; destruyeron viviendas, dañaron y robaron bienes materiales de las víctimas, y escenificaron la violencia con sevicia y torturas. Fue un ejercicio de terror sistemático que buscaba generar una desocupación duradera. El terror desplegado apuntó a volver inhabitable el espacio físico y social, para producir así el desplazamiento forzado masivo, el abandono y el despojo de tierras (p. 53).

2.3.4 Desplazamiento Forzoso

En cuanto al desplazamiento forzado, es un fenómeno sistemático, de masas y de larga duración. Un elemento estructural que atraviesa la historia de Colombia para el control de territorios específicos en tanto su producción y bonanza económica (CNMH, 2015; GMH, 2013). Por esta razón, es importante leer la problemática del desplazamiento forzado no sólo como consecuencia de la presencia de actores armados, sino a la vez, por temas relacionados con los intereses de grandes propietarios territoriales y la tenencia de tierra (Ruíz, 2009); siendo esta última en Colombia una de las más desiguales de la región (OXFAM, 2017). El desplazamiento forzado, ha estado marcado por la lucha de territorios poseedores de una ubicación geopolítica estratégica o por las grandes riquezas naturales (Ruíz, 2009). En suma, esta modalidad de violencia se ha desarrollado a través de la historia colombiana, a partir de intereses económicos (Hernández, 2018) y políticos, por el narcotráfico, por sectores empresariales multinacionales y nacionales, y también se ha visto como un daño colateral al CAC (CNMH, 2015; GMH, 2013).

Un elemento fundamental del desplazamiento forzado o la migración forzada (Ruíz, 2009) es que fomenta las condiciones de pobreza, vulnerando sus derechos y profundizando las necesidades básicas insatisfechas de las víctimas de este flagelo.

Con relación a los actores armados, en la década del 80, con el auge del narcotráfico y sus conexiones con los paramilitares, inicia un éxodo masivo de campesinos y comunidades étnicas, usurpando cerca de ocho millones de hectáreas de tierra y causando más de seis millones de desplazados (Giraldo, 2015). Fue desde el

año 1997 con la Ley 387 que se lograron obtener datos oficiales por parte del gobierno sobre este flagelo (CNMH, 2015; GMH, 2013). Sin embargo, aunque esta Ley promovió el reconocimiento del desplazamiento como delito de lesa humanidad, se implementó con un enfoque asistencialista, dejando de lado los problemas estructurales que lo causaron (CNMH, 2015). El resultado fue, que del año 1997 al 2007 las AUC despojaron cerca de 744.580 hectáreas y desplazaron violentamente a cerca de 985.566 campesinos (Giraldo, 2015).

Los datos muestran más de seis millones de víctimas por esta causa, donde se cuenta que:

3.301.848 son mujeres; 3.130.014 son hombres y 1.253 personas tienen alguna orientación sexual diversa. La tercera parte -que equivalente al 35 por ciento- de las víctimas de desplazamiento forzado eran menores de 18 años, de ellas, 503.323 eran menores de 5 años, 977.660 niñas y niños entre los 6 y 12 años y 798.593 adolescentes entre 13 y 17 años. Por su parte, más de la mitad de la población desplazada (3.441.664 personas) corresponde a adultos con edades entre los 18 y 60 años, de los cuales 1.211.286 eran adultos jóvenes entre los 18 y 26 años y 2.230.378 adultos entre 27 y 60 años (CNMH, 2015, p. 37).

La población afectada, se ve en la necesidad de acudir a las ciudades o a las cabeceras municipales cercanas que puedan dar más que refugio, algo de seguridad. Sin embargo, las denuncias por desplazamiento violento no son realizadas a menudo, dado que muchas de las autoridades se han visto involucradas con los causantes de dichos desplazamientos (CNMH, 2015). El resultado estadístico de esta situación y la

impunidad por parte de las autoridades competentes, se evidencia cuando se establece que el 46.5%, de terrenos con más de 500 hectáreas es del 0.4% de los propietarios; mientras que sólo el 4.2% de parcelas inferiores a cinco hectáreas de tierra, se encuentra en manos del 67% de propietarios (Giraldo, 2015).

2.3.5 Violencia Sexual

Esta ha sido una de las modalidades de violencia más invisibilizada en el contexto del CAC y, asimismo, se constituye en una herramienta histórica de uso sistemático y generalizado para los actores armados contra la integridad y dignidad de las mujeres. Esta afectación ha tenido alcance en todo tipo de población femenina: lideresas sociales, mujeres identificadas como informantes o integrantes de grupos guerrilleros, mujeres de todas las etnias, edades y territorios (Ruta Pacífica, 2013b). En este sentido, “la experiencia de vivir en un cuerpo violable es común a todas las mujeres, en tiempo de paz y en contextos de guerra, pero en estos últimos la amenaza de la violencia sexual planea continuamente sobre ellas” (Ruta Pacífica, 2013a, p. 351).

El estudio realizado por Ruta Pacífica (2013a), muestra que la violencia sexual ha sido utilizada por los actores armados del conflicto de manera similar. En una muestra de 1000 mujeres estudiadas, el 13,2% sufrieron violencia sexual, es decir, más de una de cada ocho mujeres, así como otro tipo de abusos y violación de sus cuerpos como manoseos en diferentes partes; amenaza de violación sexual; agresión o burla con contenido sexual y situaciones de control afectivo familiar, en la cual las mujeres no

podieron hablar de la violencia sufrida. Igualmente se describieron métodos como la seducción, insinuaciones o ataques sexuales a mujeres menores de edad.

Asimismo, se encontró varias formas de tortura sexual: el desnudo forzado; golpes en senos y/o genitales; marcas como símbolos de dominio en el cuerpo de las mujeres; impedimentos para usar determinada ropa, como parte del control sobre las mujeres, y la obligación de presenciar violencia sexual de otras mujeres, por ejemplo, sus hijas. (Ruta Pacífica, 2013a).

El impacto de este tipo de violencia en la vida cotidiana de las mujeres que lo sufren es de alcance individual en tanto las sensaciones de culpabilidad, humillación, poca aceptación social, seguridad y vergüenza predominan. De igual manera es de alcance social, dada la desconfianza que genera el contexto en las mujeres, así como la dificultad de establecer relaciones de todo tipo con el otro sexo (Ruta Pacífica, 2013a). Sumado a ello, el entorno social por un lado minimiza esta violencia justificando los hechos y atribuyéndolos a su conducta, forma de vestir, proceder, etc. (Wilches, 2010). Por otro lado, el acceso a la justicia que tienen las víctimas es mínimo, dada la revictimización que sufren por parte estas instancias legales, puesto que, en varios casos, dichas instituciones que imparten justicia estaban en conexión directa con los victimarios o hacían caso omiso a las acusaciones (Ruta Pacífica, 2013a; 2013b; Wilches, 2010).

2.3.6 Asesinatos Selectivos

Según el estudio del GMH (2013), los asesinatos selectivos han generado el mayor número de muertos en el proceso del CAC, cerca de 150.000 personas. El 27,7% de los asesinatos han sido generados por grupos desconocidos, esto implica una estrategia criminal que busca invisibilizar por un lado los grupos perpetradores, como la magnitud de la violencia en contra de la población civil; de igual forma la evasión de las herramientas judiciales que los incrimine (GMH, 2013). Algunos patrones de ataque utilizados en esta modalidad de violencia son el sicariato, el asalto y la retención-ejecución.

Esta práctica también buscaba desestabilizar el sistema político y social, dado que muchos de estos asesinatos fueron dirigidos a candidatos presidenciales, periodistas, activistas sociales y defensores de derechos humanos, entre otros. El asesinato selectivo fue de alguna manera la perpetuación del estado de terror que se generó en un inicio con las masacres por los diferentes actores armados, en este caso, especialmente por los paramilitares ya que lo ejecutaron en más oportunidades. En otras palabras, el asesinato selectivo, “profundizó sus efectos paralizantes (del terror) y propagó la percepción de que nadie estaba a salvo” (GMH, 2013, p. 46).

2.3.7 Sevicia y Tortura

Esta modalidad de violencia se caracteriza por la generación de lesiones más allá de la necesaria para matar. Se registraron 588 eventos con episodios de sevicia y tortura de los cuales el 63% (371) se atribuyeron a los paramilitares; el 21,4% (126) a grupos no identificados; el 9,7% (57) a la Fuerza Pública; el 5,1% (30) a la guerrilla y el 0,7%

(4) en acciones conjuntas entre fuerza pública y paramilitares (GMH, 2013. pp. 54-55). Estas cifras evidencian que la mayor cantidad de asesinatos realizados con sevicia y tortura fueron realizados por los paramilitares, confirmando la reputación de violencia y terror construida por ellos mismos para competir por el territorio y llevar a cabo su proyecto paramilitar. Incluso, este grupo armado llegó a tener espacio de entrenamiento para llevar a cabo este tipo de violencia (GMH, 2013).

2.3.8 Despojos y extorsiones

Los paramilitares han sido uno de los grupos que ha perpetrado en mayor medida el despojo en tanto logran que los campesinos abandonen sus territorios y propiedades. Esta situación se ha logrado a partir de mecanismos violentos y de coacción como extorsiones, vandalismo, masacres, desapariciones y asesinatos selectivos. En efecto, se ha establecido que hay más de 8,3 millones de hectáreas abandonadas o despojadas por la fuerza (GMH, 2013).

La extorsión como práctica de coacción se genera a partir del ofrecimiento de seguridad y a la vez por el control territorial. Los habitantes de los distintos territorios debían realizar tributos para el actor armado de su territorio. Dados los mecanismos violentos de los que podían ser objeto las víctimas de extorsión, se encuentra un alto índice de subregistro denunciando esta práctica (GMH, 2013).

2.3.9 Reclutamiento ilícito

Los actores armados en el marco del CAC, reclutan personas menores de 18 años para integrar a sus filas. Este es un delito que no ha sido suficientemente reconocido. El Instituto Colombiano de Bienestar Familiar – ICBF, registró más de 5.000 menores reclutados, donde el 60% de los casos habían sido reclutados por las FARC; el 20% por los paramilitares y el 15% por el ELN. En efecto, del total de menores reclutados el 72% eran niños y adolescentes hombres y el 28% restante estaba compuesto por niñas y adolescentes mujeres. Algunas razones para este reclutamiento se desarrollan por la necesidad de mano de obra barata para las actividades de los grupos armados como narcotráfico y minería ilegal. También por la situación económica y de violencia que se vive al interior del hogar donde los niños, niñas y adolescentes no encuentran mejores oportunidades que integrar los grupos armados. Asimismo, por la facilidad de entrenamiento y adoctrinamiento que tienen en edades tempranas (GMH, 2013; Springer, 2012).

Después de la desvinculación de estos niños, niñas y adolescentes, se les margina y rechaza por su pasado, dado que la sociedad no cree sobre su vinculación involuntaria a dichos grupos (GMH, 2013; Springer, 2012).

2.3.10 Acciones bélicas

Las acciones bélicas como combates, ataques a poblaciones o tomas, ataque a objetivos militares, bombardeos, emboscadas y hostigamientos emprendidos por los grupos armados, han generado más de 1.300 muertes de civiles. Esta modalidad de violencia fue recurrente en tanto ofrecía la posibilidad de dar golpes a la Fuerza Pública

e incluso la expulsión de entidades estatales de los pueblos para así obtener el manejo absoluto del territorio. Este tipo de acciones no solo destruye el entorno de las comunidades, sus escuelas, parques, centros comunitarios, sino que también introduce miedo entre ellos (GMH, 2013).

2.3.11 Minas antipersonal

La dinámica del CAC, ha generado que los actores armados creen nuevas estrategias de confrontación armada. En efecto, las guerrillas iniciaron la siembra de artefactos explosivos en diversos territorios colombianos, el ELN es uno de los grupos que más recurre a esta práctica para el control territorial y por su incapacidad militar (GMH, 2013).

La siembra de minas antipersonal fue un arma importante también para las FARC desde el año 1999, en tanto quería evitar la incursión militar en territorios arrasados y expuestos por los paramilitares. Esta modalidad ha dejado más de 10.000 víctimas de las cuales más de 3.000 han sido civiles y más de 6.000 han sido miembros de la Fuerza Pública (GMH, 2013).

Los daños que deja este tipo de práctica pueden ser de tipo físico (afectación visual o auditiva y amputación de miembros), psicológico individual (impacto en los proyectos de vida del sujeto). De igual forma, a nivel comunitario se genera una ruptura en la vida cotidiana de sus integrantes, dado que los desplazamientos dentro del territorio no se pueden realizar de la misma manera que antes, generando esto en

muchas ocasiones desplazamiento forzoso del territorio como forma de protección de la familia y de los niños (GMH, 2013).

2.3.12 Ataques a bienes civiles y sabotaje

La devastación material ha sido uno de los daños directos e indirectos más frecuentes en el CAC. De los más de 5.000 casos de daño a bienes civiles, el 84,1% fue realizado por las FARC que se focalizaba en el asedio a las élites locales y posteriormente a la toma de territorios, mientras que el 5,27% se adjudicó a los paramilitares enfocándose en el bloqueo económico, masacres de tierra arrasada y confinamiento de comunidades; el 6% a grupos no identificados; 3,58% a miembro de la Fuerza Pública (GMH, 2013). Esta modalidad de violencia es perpetrada por el ELN en dirección a la infraestructura petrolera, dado que, para este grupo, este tipo de práctica muestra su oposición a la incursión de empresas multinacionales al territorio colombiano (GMH, 2013).

Este tipo de ataques han afectado a las comunidades dada la situación económica y ambiental a la que muchas veces se ven sometidas, generando la degradación de sus entornos socioculturales e incluso afectando su seguridad alimentaria (GMH, 2013).

2.3.13 Atentados terroristas

Esta modalidad de violencia no ha sido muy utilizada, sin embargo, se registra una oleada de atentados direccionados por Pablo Escobar en contra del Estado entre 1989 y 1993 (GMH, 2013). Posterior a la muerte del líder del cártel de Medellín, los actores armados especialmente la guerrilla, acogieron esta práctica para buscar visibilidad de la violencia y la propagación del miedo y desestabilización social.

2.3.14 Amenazas

Esta modalidad de violencia es una práctica a la que no se le valora lo suficiente en tanto no presente resultados concretos de violencia. La amenaza genera desestabilización tanto social como emocional, evidenciando al interior de las comunidades desconfianza, miedo, ruptura de solidaridades, entre otras (GMH, 2013).

Los mecanismos más utilizados para difundir las amenazas e infundir el miedo son cartas, sufragios, listas con nombres que son objetivos militares, llamadas telefónicas, grafitis con mensajes y gráficos intimidantes, que en varios casos buscaban la desocupación total de pueblos y territorios o posibles represalias por desobediencia (GMH, 2013).

La dinámica del CAC ha configurado estrategias de violencia por parte de los grupos armados hacia sus opositores contendientes, e involucrando a la población civil. En efecto, dichas estrategias evidenciaban con el transcurso del tiempo mayor brutalidad en las modalidades de violencia, dada la necesidad que tenían estos grupos por crear una reputación específica de poder y de generación de miedo en el contrario

(GMH, 2013). Estas situaciones a través de la historia han logrado su objetivo, la segregación y la desconfianza comunitaria, el miedo a denunciar por parte de las víctimas y por ende su re victimización, dado que no se le garantizan sus derechos y más bien se le desconoce y desarraiga de sus costumbres, valores y formas de vida que les permitía desenvolverse como seres humanos autónomos, independientes y con una identidad comunitaria (CNMH, 2015; GMH, 2013; Mogollón y Vázquez, 2006; Tejeda y Larrahondo, 2013).

2.4 Impacto del conflicto armado en la sociedad colombiana.

Las personas afectadas por procesos de conflicto, violencia política y dictaduras han visto afectadas sus vidas (Lira, 2010), dado que en la modernidad la creación de terror y miedo para penetrar en las sociedades, en sus relaciones sociales y en la vida mental de cada persona, ha sido un elemento clave como medio de control social (Summerfield, 1998).

En el anterior apartado, se logra configurar el impacto que ha tenido el CAC en cuanto a número de muertos y destrucción física que alcanza cada una de las modalidades de violencia. Sin embargo, es importante tener en cuenta que un conflicto no solo deja este tipo de impactos, también se evidencian efectos intangibles y no cuantificables (GMH, 2013).

Un estudio muy completo acerca del CAC del Grupo Memoria Histórica denominado ¡BASTA YA! y publicado en el año 2013; en su capítulo cuatro, analiza el impacto causado por el CAC en la sociedad colombiana entre los años 2007 a 2012.

Durante esta investigación identificaron cuatro aspectos centrales: primero, el impacto psicológico; segundo, el daño moral; tercero, los daños socioculturales y, por último, los daños a la democracia.

2.4.1 El impacto psicológico

El impacto psicológico no solo afecta la mente individual de cada sujeto, sino a la vez la salud física y el deterioro de las relaciones interpersonales, así como daños en el tejido colectivo (GMH, 2013). Acciones de violencia que sembraron un clima de terror como masacres, violaciones, desaparición forzada, deja en los integrantes de las comunidades fuertes secuelas emocionales. Una de las emociones más generalizadas en las víctimas es el miedo, dada las situaciones a las que se veían sometidas, por ejemplo, la incursión armada, la sevicia con la que era aplicada dicha violencia, encontrarse constantemente con actores armados en todo el territorio, etc. (GMH, 2013). De esta forma, los individuos generan mecanismos de protección hacia los otros como la desconfianza, el silencio o restricción de diálogo en la comunidad y el resguardo en el hogar.

Asimismo, sentimientos como nostalgia a causa del despojo y el desplazamiento, es frecuente, dado que se pierde el esfuerzo y trabajo de la vida, su territorio, sus conocidos, para llegar a un lugar sin nada, a pasar necesidades, donde no pueden garantizar la satisfacción de las necesidades a sus familiares, especialmente a los niños, generando así una sensación de impotencia (GMH, 2013). De igual manera, tanto la angustia por la repetición de nuevos hechos de violencia, como la tristeza por la

pérdida de seres queridos, van fomentando alteraciones en la cotidianidad de los individuos como pérdida de sueño, del apetito, descuido de su salud y la de la familia, etc.

Este tipo de situaciones y el conglomerado emocional, muestra que otra de las emociones más generalizadas es la rabia y el odio, direccionadas hacia sus victimarios y a los privilegios que el Estado y su justicia les han otorgado con los acuerdos de paz, en los que obtienen mayores beneficios éstos que las víctimas (GMH, 2013). El odio y la rabia al ser emociones valoradas negativamente por la sociedad, y al no ser tratada y canalizada de manera positiva promueve su redirección hacia los integrantes de las familias: las mujeres, los hijos y los ancianos, generando violencia intrafamiliar e incluso en las comunidades (GMH, 2013).

Al respecto, el informe de la INS (2017), establece que una de las manifestaciones más estudiadas respecto a la incidencia de un conflicto o guerra en la salud mental es el síndrome de estrés postraumático. En efecto, los autores anotan que los síntomas más evidentes son: estallidos de ira, desconfianza, paranoia, entumecimiento emocional, desesperación, aislamiento, preocupación por un enemigo e hipervigilancia. En este sentido, estos síntomas, se transforman en agresiones, amargura, hostilidad hacia otros, etc., generando la perpetuación del conflicto. Por lo tanto, “la comprensión del trauma psicológico en individuos, puede ayudar a guiar el diseño de enfoques de tratamiento e intervenciones para las poblaciones afectadas por los conflictos” (INS, 2017, p. 15).

2.4.2 El daño moral de la guerra

El daño moral de la guerra se refiere al resultado del deterioro y quiebre de “valores significativos para las personas y las comunidades” (GMH, 2013, p. 268). En este sentido, el propósito principal de los actores armados es degradar la integridad de los individuos y sus familiares, sus ideales y su intimidad.

Un ejemplo de esta situación la vivieron muchas víctimas que fueron estigmatizadas y falsamente acusadas de guerrilleros y terroristas tanto individual como colectivamente, generando su discriminación por parte de la sociedad dado que se catalogaba como gente peligrosa. Por esta situación muchas personas debían ocultar sus raíces, su origen y en muchas ocasiones generaba exclusiones de los servicios del Estado al no poder matricular a los niños en los colegios, no poder acudir a los centros médicos, así como la obtención de trabajo, ya que muchos padres y madres no lograban contratación por ser considerados peligrosos o en algunos casos porque había repercusiones hacia los empleadores por los grupos armados (GMH, 2013).

2.4.3 Los daños socioculturales

Los daños socioculturales fragmentan la cohesión comunitaria y la identidad que cimienta las bases constitutivas, costumbres, creencias y rituales de una comunidad determinada. Valores como la solidaridad, la reciprocidad, la comunión y la participación desaparecen con el paso del tiempo (GMH, 2013). La pérdida de espacios de reunión, asociación, celebración y fiesta de las comunidades se perdieron, ya sea por el desplazamiento hacia diferentes espacios o por miedo y temor de represalias de los

grupos armados. De igual manera, la devastación y deterioro del ambiente generaba impactos en su desarrollo cotidiano, ya que la tierra no se podía producir tranquilamente, por el robo de las cosechas y los animales, la siembra de minas antipersonal y la ruptura de las relaciones de intercambio económico.

Este aspecto es, sin duda, uno de los mayores impactos de la guerra, e implica además de un daño económico, un duro golpe moral, pues se afectan labores con las cuales sus pobladores se sienten orgullosos, en los que despliegan sus habilidades y conocimientos y que garantizan el sustento diario. Su destrucción causa sentimientos de impotencia, inestabilidad, escepticismo y desesperanza (GMH, 2013, p. 275).

Las pérdidas materiales desarrolladas con esfuerzos comunitarios al ser destruidas por las incursiones de los grupos armados incluidas las Fuerzas Militares, causaron gran impacto social, es decir, la forma de vida común era destruida, dado que dichos bienes materiales garantizan la supervivencia y sostenibilidad de las comunidades (GMH, 2013).

Por otro lado, Lira (2010) afirma que cuando las situaciones sobre violación de los derechos humanos son políticamente invisibilizadas y se tornan cotidianas para la sociedad, contribuye a que dicha sociedad se vuelva ciega, sorda y muda ante el horror que siembra la violencia en las víctimas y sus comunidades. Sin embargo, la autora establece que este tipo de comportamiento también se asocia a la violencia en tanto su prolongación en el tiempo y su recrudecimiento, deja una afectación generalizada en la sociedad dadas las consecuencias violentas que puede traer, el manifestarse de alguna forma. Esta situación se refuerza con el accionar histórico que ha tenido el Estado y su institucionalidad ante el CAC y sus consecuencias, dado que ha dirigido su mirada hacia

las soluciones relacionadas con el uso de la fuerza y el fortalecimiento militar, dejando de lado, todos los procesos que tienen que ver con la justicia social, como la pobreza y el mejoramiento de la calidad de vida; las garantías jurídicas por parte de las instituciones y la transparencia institucional (Ríos, Bula y Brocate, 2011), la corrupción (Medina, 2010), la parapolítica (Pecaut, 2015), la polarización (Angarita, et al., 2016). Esta invisibilización, no ha permitido fortalecer el tejido social colombiano, más bien, ha generado obstáculos para plantear escenarios futuros y viables para la superación de la violencia (Ríos, Bula y Brocate, 2011).

Finalmente, los acuerdos de paz y los esfuerzos sociales que buscan restablecer la paz social se fundamentan en la consigna perdón y olvido para llevar a cabo su objetivo. Esto genera, por un lado, el desconocimiento del impacto del conflicto sobre las víctimas y, por otro lado, que no se efectúen procesos de reconciliación efectivos donde se tenga en cuenta la memoria de las víctimas, sus luchas y las acciones perpetradas por todos los actores del conflicto. Es importante entonces, plantear procesos desde otras perspectivas, que revitalizan e introduzcan en todo su desarrollo la justicia y equidad (Lira, 2010), para la construcción de confianza entre diferentes integrantes de la nación colombiana y tejer una nueva configuración social.

CAPÍTULO 3

BIENESTAR PSICOSOCIAL Y LA PERCEPCIÓN DEL CLIMA EMOCIONAL

Las RS según Jodelet (2008), son construidas y reconfiguradas constantemente por los integrantes de la sociedad a partir de sus experiencias cotidianas y su identificación con la cultura. En Colombia, las RS se relacionan con el conflicto armado, en cuanto este ha permeado la cotidianidad de sus ciudadanos, generando impactos físicos, psicológicos, emocionales y sociales. La valencia positiva y/o negativa de dicho impacto, por un lado, depende de las situaciones particulares que cada persona o grupo haya sufrido, a corto y largo plazo, directa o indirectamente, así como sus estrategias de superación (CNMH, 2015). De igual forma, conocer y entender las emociones más allá de sentimientos individuales, permite apreciar las emociones colectivas del grupo en el que se está inmerso, así como de otros grupos (Zubieta, Delfino y Fernández, 2008).

A continuación, se desarrolla el análisis de los conceptos de bienestar social y clima emocional para conocer la valoración que hacen los individuos de su vida cotidiana, de la percepción que tienen de la sociedad en la que se desenvuelven y hasta qué punto la incidencia de la violencia puede entorpecer su pleno desarrollo psicosocial (Zubieta, Muratori y Fernández, 2012).

3.1 El bienestar psicosocial

El bienestar es una construcción que se relaciona con la experiencia y el funcionamiento óptimos. Influye en la crianza de los hijos, en la educación, en las prácticas de gobierno, entre otros, dado que todas estas actividades buscan optimizar la vida del ser humano apuntándole a un “ser mejor” (Ryan y Decy, 2001).

Su conceptualización se ha desarrollado de distintas maneras. Por un lado, se habla de felicidad y afectividad que constituyen el plano hedónico, a partir del cual las personas hacen un balance global de sus oportunidades vitales, de los acontecimientos a los que se enfrentan y de qué emociones se generan (Díaz, Rodríguez, Blanco, Moreno, Gallardo, Valle y van Dierendonck, 2006; Zubieta et al., 2012). Por otro lado, se encuentra la línea eudaemónica, que pone el énfasis en el bienestar psicosocial, y está relacionada con el desarrollo del potencial humano (Zubieta et al., 2012).

En cuanto a la visión hedónica del bienestar, ésta consiste en la felicidad subjetiva, referida a la interpretación y juicios que realiza el individuo de sus experiencias de disgusto y placer en su vida. Keyes y Ryff (1998) denominaron esta tradición investigativa como bienestar subjetivo la cual está integrada por tres componentes: la presencia de un estado de ánimo positivo, la ausencia de un estado de ánimo negativo y la satisfacción con la vida. Esta tradición fue controversial en tanto se consideraba que su enfoque se ha limitado relativamente a los placeres, los intereses y los apetitos propios. Por lo tanto, no podía ser el criterio principal del bienestar, dado que se basaba en necesidades sentidas subjetivamente, las cuales generaban satisfacción y placeres momentáneos (Ryan y Deci, 2001).

El desarrollo continuo de estudios con base en el bienestar subjetivo ha generado diversos aportes para la evolución del concepto, permeando así, una variedad de

disciplinas de la salud y sociales interesadas en la calidad de vida, así como se ha generado un creciente interés por parte de la psicología convencional (Keyes y Ryff, 1998). En sí, el bienestar subjetivo formula el bienestar en términos de satisfacción general de la vida y la felicidad.

El bienestar psicológico, por lo tanto, se basa en los retos existenciales de la vida y en las formulaciones del desarrollo humano, a partir de los cuáles se analizaron las variaciones en la resolución óptima de los desafíos básicos de la vida.

Análisis posteriores (Keyes y Ryff, 1998), evidencian que el bienestar subjetivo y el bienestar psicológico son distintos dentro del funcionamiento psicológico positivo. La diferencia entre estos dos constructos radica en la naturaleza de los objetivos vitales propuestos por los individuos, donde, sí su orientación es hacia el placer resultará hedónico o del bienestar subjetivo; mientras que, si el sujeto se enfoca hacia la vida con significado, la consecución de esta meta resultará en bienestar eudaemónico (Zubieta et al., 2012). Éste último, es una perspectiva que considera aspectos psicológicos, la dimensión social del individuo, el mundo construido intersubjetivamente y el mundo dado (Zubieta, Muratori y Mele, 2012).

El presente estudio, se centra en el bienestar psicológico y social, dado que pueden ser interesantes medidas de salud mental, en tanto implican la valoración que hacen los individuos de sus circunstancias y situaciones, así como de su funcionamiento en la sociedad (Zubieta et al., 2012).

3.2 Bienestar Psicológico

El bienestar psicológico estudia el crecimiento personal y el desarrollo de las capacidades de los individuos, siendo éstos, los principales indicadores del funcionamiento positivo (Díaz, Rodríguez, Blanco, Moreno, Gallardo, Valle y Van Dierendonck, 2006). Centra su interés en el estilo de afrontar los retos vitales, en el esfuerzo y afán del sujeto por alcanzar sus metas (Blanco y Díaz, 2005). Es decir, examina la percepción de prosperidad que tienen los individuos frente a los desafíos que enfrentan cotidianamente, por ejemplo: generar vínculos de calidad con los demás, conseguir metas y desarrollarse como persona (Keyes, Shmotkin y Ryff, 2002). En otras palabras, se define en términos del grado en que una persona está funcionando plenamente (Ryan y Deci, 2001).

Ryff (1989a; 1989b) evidenció los puntos de convergencia y características similares que abarca la teoría sobre el bienestar. En este marco, construyó un modelo multidimensional, que, por un lado, apuntaba al desarrollo teórico de diferentes aspectos del funcionamiento positivo y, por otro lado, a la elaboración de criterios de evaluación con medidas válidas que permitieran la operacionalización de la información empírica obtenida por los diferentes estudios. Esta multidimensionalidad se contrastó con indicadores como sentirse bien, satisfecho con la vida o feliz y positivo (Ryff, 2014).

De esta manera, Ryff (1989a; 1989b; 2014) acoge seis dimensiones claves para el análisis del bienestar psicológico, enmarcadas en la literatura sobre el crecimiento personal, la salud mental y el desarrollo de la vida:

a) Auto aceptación. Es uno de los puntos clave y recurrentes para analizar el tema del funcionamiento positivo, dado que un criterio central para el bienestar es la actitud positiva hacia uno mismo y hacia la vida propia (Ryff, 1989b). En efecto, esta

dimensión incluye la concepción del yo como una persona valiosa, y la aceptación propia teniendo en cuenta las cualidades buenas y malas, con seguridad emocional en lo que se refiere a la madurez y las maneras de afrontar las situaciones positivas y negativas.

b) Relaciones positivas con otras personas. Enfatiza en la importancia que tienen las relaciones con otros, donde se genera confianza, empatía e intereses sociales. Asimismo, la capacidad de responder a otras personas, de amar y dejarse amar por otros, de mostrar respeto y compasión por los demás.

c) Autonomía. Este es uno de los criterios de la salud mental que refiere a la capacidad del individuo de resistir a las presiones sociales que indican actuar o pensar de una manera determinada (Ryff, 1989b). En este sentido, debe existir un proceso de evaluación interno por parte de dicho individuo con estándares personales, que generen independencia, autodeterminación y regulación del comportamiento.

d) Dominio del entorno. Es visto como la capacidad que tiene el individuo de controlar y crear ambientes oportunos para la optimización de las habilidades y aptitudes, donde se manejan diversas actividades en diferentes ámbitos como la familia, el trabajo, etc. De igual manera, refiere a la tendencia a la creatividad desde la que promueve el cambio de situaciones adversas para cumplir con sus metas u objetivos.

e) Propósito en la vida. Emerge como componente importante de la sensación de bienestar. Esta sensación de que la vida del individuo tiene significado, se da a partir de una visión integral que unifica todas las partes de su vida, donde la persona genera propósitos, sentido de intencionalidad y dirección claras, para los cuales trabaja constantemente y vive cada momento para llevarlos a cabo. En otras palabras, esta

dimensión contribuye a la integración de diferentes partes del yo, a un sentido de unidad y equilibrio del individuo (Ryff, 1989b).

f) Crecimiento personal. Refiere al continuo desarrollo de las capacidades del individuo, donde no solo logre el desarrollo de las dimensiones descritas anteriormente, sino que continúe fortaleciendo su potencial a partir de la actualización constante, la apertura a nuevas experiencias y la toma de conciencia del mundo circundante.

Finalmente, el bienestar eudaemónico evidentemente considera la dimensión individual del ser humano, aunque, de igual manera, toma la dimensión social donde son tenidos en cuenta tanto el mundo construido intersubjetivamente, como el mundo dado. En efecto, los individuos están inmersos en una comunidad con una estructura social de características específicas que representan desafíos y metas. En este sentido, la satisfacción general y la felicidad de una persona “se produce al margen de las condiciones en las que se desenvuelve su existencia” (Blanco y Díaz, 2005, p. 583).

3.3 Bienestar Social

Keyes (1998) refiere que las características del modelo de bienestar psicológico son privadas y enfatiza en el funcionamiento personal, lo cual requiere de atribuciones más positivas que negativas. De igual manera, los modelos de bienestar han enfatizado las características privadas, dado que tanto la tradición clínica como la psicológica tienden a analizar el bienestar desde las emociones positivas, negativas y las presencias de auto-atribuciones positivas y/o negativas personales. En este sentido, el autor propone que, para la comprensión del funcionamiento óptimo del individuo y su salud

mental, se debe investigar el bienestar social en tanto las personas se integran a una sociedad o comunidad y su estructura.

El bienestar social entonces, estudia al ser humano como un ser que se construye y se encuentra en interacción constante con el medio en el que se desenvuelve, donde lo social, lo individual, el mundo ya establecido y el construido intersubjetivamente tienen una relación directa con la salud mental, la salud cívica y el capital social (Zubieta et al., 2012). Se caracteriza por integrar varios elementos que indican si los individuos funcionan bien en su vida social, permitiéndoles evaluar su actuación, desempeño personal y su calidad de vida (Keyes y Shapiro, 2004).

Así, el bienestar social evalúa el funcionamiento social y sus circunstancias a partir de cinco dimensiones (Keyes, 1998; Keyes y Shapiro, 2004):

a) La integración social, donde se valoran las relaciones tanto del grupo como de la sociedad en general, de allí que se genere en el individuo una cohesión con dicho grupo y un sentido de pertenencia. Esta dimensión se basa, por un lado, en la cohesión social, donde las relaciones de los individuos con otros se desarrollan a través de las normas y su aceptación. Por otro lado, en la conciencia de clase, que implica la construcción de una identidad y un horizonte social. Finalmente, el aislamiento social y el alejamiento cultural muestran la separación del individuo con la sociedad en tanto no hay una identificación con el estilo de vida o los valores.

b) La aceptación social, implica el goce de confianza hacia los demás, valoraciones positivas hacia los otros. Esta dimensión se desarrolla a partir de la propia aceptación positiva del individuo en la que vincule los aspectos buenos y malos de su vida de manera equilibrada.

c) La contribución social, es el sentimiento de utilidad que desarrolla el individuo en tanto puede y tiene algo que ofrecerle al mundo, para así, ser valorado por la sociedad, fortaleciendo de esta forma la creencia en las capacidades propias para llevar a cabo una meta que contribuya al bien común.

d) La actualización social, es la confianza por parte de los individuos hacia la capacidad que tiene la sociedad por su evolución y potencial, para producir bienestar a sus integrantes a partir de la dinámica de sus instituciones (incluyendo sus funcionarios) y los ciudadanos. De igual manera, se relaciona con las ideas de crecimiento y desarrollo personal, dado que su funcionamiento depende del deseo, apertura a la experiencia y el esfuerzo por el crecimiento continuo.

e) La coherencia social, entendida como la capacidad por parte de los individuos para entender con lógica la dinámica social. Implica el reconocimiento de las problemáticas sociales y el esfuerzo por sobreponerse a ellas y superarlas.

Estas cinco dimensiones muestran fuertes cimientos para el análisis del bienestar social, aunque la actualización social (con su enfoque en el futuro) y la integración (asociada a las necesidades socioemocionales) son críticas en dicho bienestar (Blanco y Díaz, 2005).

De esta forma, el bienestar social refleja la evaluación de las experiencias que hacen los individuos de su entorno. Asimismo, permite conocer la calidad de vida de dichos individuos en relación con otras personas y hacia la sociedad (Keyes, 1998).

3.4 Clima Emocional

El clima emocional combina aspectos cognitivos y emocionales que ofrecen un punto de vista más integral para el estudio de las experiencias comunes, las condiciones sociales y la socialización que se desarrolla en la sociedad, que a la vez constituyen la orientación de los procesos emocionales colectivos. de Rivera (1992) plantea que el clima emocional se refiere a cómo se relacionan emocionalmente unas con otras las personas de una sociedad. Su dinámica depende de los factores políticos, educativos, sociales, religiosos y económicos de una nación, por eso, puede cambiar con mayor frecuencia. Así, el autor distingue tres formas afectivas colectivas: la atmósfera emocional, la cultura emocional y el clima emocional. La atmósfera corresponde a los comportamientos, sentimientos y actitudes colectivas que manifiesta un grupo en cuanto a un acontecimiento común, por lo tanto, es transitoria, por ejemplo, un funeral, un rito de iniciación, movilizaciones colectivas, etc. La cultura emocional se refiere a la manera en que un pueblo concibe y denomina las experiencias emocionales, las normas y formas que adopta la expresión emocional. Ésta es estable y duradera, ya que se mantiene por una red de prácticas de socialización y se transforma a través de generaciones, ejemplo de ello pueden ser las manifestaciones que expresan la vida tradicional de un pueblo (costumbres, modos de vida, etc.). Estos tres conceptos interactúan entre sí, ya que los climas emocionales dependen de la cultura emocional subyacente, y ambos influyen y son afectados por la atmósfera emocional.

En efecto, el clima emocional se refiere a las emociones que son percibidas en una sociedad, como miedo, odio, orgullo, inseguridad, seguridad, etc., en relación a su situación sociopolítica (Zubieta et al., 2008). El estado de ánimo colectivo entonces, refleja las emociones que cada individuo cree que la sociedad en su conjunto está

sintiendo, emociones dominantes que permiten percibir los efectos en las conductas colectivas. De hecho, cuando el clima se establece y homogeniza, se puede ir generando una representación sobre éste y sobre los parámetros emocionales establecidos para determinadas situaciones (Techio et al., 2011).

de Rivera (1992) manifiesta que la definición objetivo-conceptual del ambiente es necesaria para referirse al clima emocional de una nación, dado que dicha definición por un lado no separa los atributos objetivos y subjetivos (percepciones) del ambiente y, por otro lado, hace una descripción que permite la comprensión y predicción del comportamiento de una sociedad. El autor describe algunos de los climas que se pueden manifestar en las naciones y su relación con la estructura política, económica y social (de Rivera, 1992). Por un lado, se encuentra el clima de miedo, el cuál aísla a las personas unas de otras para evitar su organización con fines específicos. En efecto, este proceso de desunión busca mantener un comportamiento de sumisión donde se genere inseguridad sobre las creencias propias, sentimientos y juicios sobre lo que se concibe como correcto e incorrecto. El ambiente de amenaza que origina este clima es desarrollado por el gobierno o por grupos sin control gubernamental.

Por otro lado, está el clima de seguridad que, contrario al anterior, se manifiesta por medio de la cooperación, la integración con la comunidad y la confianza en los demás. Otro factor importante es la cultura, en tanto forja la estructura de una sociedad, donde las costumbres cimentan habilidades y acciones individuales que benefician a los demás como a sí mismos, desarrollándose una cultura segura. De manera contraria, las costumbres que tienden a beneficiar intereses individuales a costa de los demás, generan

una cultura insegura. Tanto el sistema político como el económico se organizan para mantener este tipo de costumbres.

El clima de inestabilidad puede relacionarse con el clima de miedo y el clima de inseguridad en tanto las personas no logran predecir lo que va a suceder con su nación en los ámbitos político, económico y social. Este clima tiende a polarizar y radicalizar las ideas de los integrantes de la sociedad, promoviendo intolerancia y soluciones particulares. Sin embargo, se puede evidenciar un clima de estabilidad que genera tolerancia, aceptación y apertura a diferentes ideas.

El clima de confianza u optimismo se desarrolla a partir de la preocupación por parte de sus gobernantes y de la comunidad en general por la nación y su bienestar.

En cuanto al clima de insatisfacción surge cuando las expectativas de las personas no se concretan en la realidad. El estudio sobre este clima, es necesario realizarlo en diferentes grupos dado que las expectativas también pueden diferir. Entretanto, el clima de satisfacción de una nación puede medirse a partir de las aspiraciones que el individuo pueda tener para su nación en relación con el futuro que pueda imaginar para ella.

El clima de hostilidad se genera cuando la población se esfuerza por alcanzar sus metas sin atajos, trabajando fuerte, acatando las normas, etc., sin embargo, este esfuerzo no se evidencia en un progreso social, creando así, una decepción generalizada. La hostilidad entonces surge por la necesidad de mantener un sistema de creencias en el que se ha basado la acción de la sociedad, pero ha sido vulnerado.

El clima de solidaridad se desarrolla cuando las personas se sienten parte de algo que los enorgullece y es mayor que ellos mismos, creando una interdependencia con

otros en pro de una acción que busque un bien mayor para la sociedad. Este tipo de clima, aunque genera fuertes cambios y mantiene la unidad, no se mantiene por mucho tiempo, dado el nivel de exigencia que requiere de la sociedad.

Por último, se encuentra el clima de esperanza que puede ser medible teniendo en cuenta el grado de satisfacción presente y pasado, así como la satisfacción que se espera obtener en el futuro. Un nivel de mayor profundidad y estructura en este clima se relaciona con la moral de una nación. En efecto, la moral de una nación es alta en tanto pueda mantener sus ideales frente a la adversidad, teniendo en cuenta, sin embargo, que estos ideales deben mantener una tensión con la realidad política y económica de la nación.

Finalmente, es importante tener en cuenta que el clima emocional es un constructo objetivo caracterizado por las emociones individuales y su dimensión interindividual vivenciada en sus grupos, comunidades y colectivos y se refleja en la percepción social. Asimismo, es un constructo subjetivo dadas las emociones predominantes percibidas en el clima social por los sujetos (Paez, Ruiz, Gailly, Kornblit, Wiesenfeld y Vidal, 1996). En este sentido, el estudio del clima emocional en una sociedad que ha sido afectada por un conflicto o situaciones de violencia colectiva, es importante en tanto se pueden asociar estas emociones colectivas imperantes con los efectos en la conducta colectiva de interacciones personales, dentro y fuera del grupo (Muratori, Delfino, Melé y Zubieta, 2014).

CAPÍTULO 4

ANTECEDENTES

4.1 Las representaciones sociales del conflicto armado en contextos internacionales.

Los estudios realizados sobre las representaciones del conflicto armado, se circunscriben al estudio de objetos como los de guerra y paz, desde diferentes enfoques y en contextos internacionales. Desde la psicología genética, por ejemplo, se busca analizar por medio de estudios comparativos, los cambios en las concepciones de los conceptos de paz, guerra y los componentes para el desarrollo de esta paz en niños holandeses (Hakvoort y Oppenheimer, 1993). Asimismo, se ha estudiado cómo comprenden tales objetos los niños filipinos pertenecientes a contextos citadinos y rurales (Oppenheimer y Kuipers, 2003).

Otro grupo de investigaciones abordan las RS desde la historia y la memoria colectiva. Su importancia radica en que analizan la historia como la base que constituye la identidad de un grupo, es decir, cómo el contexto precedente que estructura las emociones, filiaciones, legitimaciones y rechazos de una comunidad (Liu y Hilton, 2005; Zubieta y Barreiro, 2014). Además, perciben la memoria histórica como el estudio de cómo los grupos rememoran su pasado -construcción y olvido-, en especial, de eventos importantes que hayan implicado un cambio en la vida del grupo (Cárdenas, Ascorra, San Martín, Rodríguez y Páez, 2013; Fernández, Cejas y Sosa, 2013)

Igualmente, determinan que los eventos históricos como guerras y conflictos internacionales tienen un rol central en el modo en el que se recuerda la historia (Bobowick, Páez, Liu, Espinoza, Techio, Zubieta y Cabecinhas, 2010; Zubieta y Barreiro, 2014).

4.2 Representaciones Sociales del Conflicto Armado Colombiano

Los estudios referidos a las RS del CAC son reducidos. Por un lado, se ha llevado a cabo un estudio de las RS de niños y niñas implicados directa e indirectamente en el CAC, como el de Laverde et al. (2016). Esta investigación realiza un análisis basado en tres técnicas llegando a los siguientes resultados: mediante la cartografía social y un taller de dibujo, se pusieron de manifiesto las RS del conflicto armado como la interrupción del goce de derechos y la ruptura de las relaciones emocionales de los niños y niñas con su entorno familiar. Para el reconocimiento de las representaciones, utilizaron la asociación de palabras donde se evidenció que el núcleo central de la RS es la *pérdida* (alusiva a lo perdido por causa del conflicto), mientras que la zona periférica está compuesta por *tristeza, rural, paz, niños*.

Asimismo, Parra (2010), estudió las RS del CAC en 146 niños y niñas, integrantes de una escuela primaria adscrita a la Policía Nacional de Colombia. El dibujo fue la técnica utilizada. Los resultados encontrados permitieron diferenciar entre actores buenos y malos, donde los policías eran buenos y los guerrilleros eran malos. La mayor cantidad de imágenes fueron alusivas al desarrollo del conflicto en un contexto rural, donde las bombas, las armas y escenas sangrientas fueron el común denominador,

generando en los niños emociones de tristeza y malestar, implicando que ellos tomen una posición en contra del conflicto y a favor de la paz y la libertad.

Por su parte, Rodríguez y Soliz (2013) analizan las RS del conflicto armado que tienen niños y niñas en Buenaventura. La muestra seleccionada fue de 13 niños (siete) y niñas (seis) entre los ocho y 13 años de edad, que hayan tenido algún vínculo directo o indirecto con grupos armados del Barrio Alberto Lleras Camargo, Comuna 3 del Distrito de Buenaventura, Colombia. El enfoque metodológico fue cualitativo de tipo descriptivo; las técnicas para la recolección de datos utilizadas fueron la entrevista semiestructurada en grupo focal. La técnica se empleó en dos momentos: el primero, por medio de dibujos que representaran el conflicto armado; el segundo, por medio de observación de una película titulada “Los colores de la montaña”, a partir de la cual se realizaron preguntas con relación al conflicto. Los resultados muestran una RS del CAC con relación a la presencia de actores armados en el territorio, atribuyéndoles la función y propiedad de las armas y el uso de uniformes; también fueron considerados parte del contexto por parte de los sujetos y por esta razón, en algunos casos los niños y niñas legitiman su presencia en el territorio, en primer lugar, porque son respetados por el hecho de portar armas; pueden ser familiares o amigos los que integran estos grupos. Segundo, porque dominan el territorio e imponen persecución permanente a las personas que no estén alineados con ellos. Asimismo, frente a las acciones realizadas por los actores armados, muestran un fuerte impacto psicosocial en sus vidas, alterando su estabilidad emocional, generando rechazo y desconfianza social, crisis afectivas, duelos no elaborados, agresividad, inseguridad de sí mismos y frente a la relación con los demás; en cuanto a las armas, fueron consideradas como negativas porque son

utilizadas para agredir, herir y asesinar personas, no obstante, algunos sujetos, las consideraron positivas en tanto ofrecen seguridad.

Otras investigaciones buscan analizar las RS en adultos, como la de Chaparro (2012) que muestra las RS del CAC a partir de una selección de campesinos adultos, habitantes de Aquitania-Boyacá. La autora, por medio del análisis del discurso, obtuvo como resultado que las RS de los campesinos sobre el conflicto se organizan a partir de tres criterios: el primer criterio consiste en los actores sociales en el conflicto: el gobierno, la guerrilla y los campesinos, el segundo criterio se basa en las RS que tiene la muestra sobre dichos actores: el gobierno, por un lado es representado positivamente como mediador y con la posibilidad de solucionar el conflicto, y por otro, negativamente, porque es corrupto e ineficiente. Respecto a la guerrilla, esta es representada positivamente por su oposición a la corrupción del gobierno y negativamente por los ataques a los campesinos. Los campesinos son representados como víctimas del conflicto. El tercer criterio, se enmarca en las emociones generadas por el conflicto; temor, nerviosismo, desespero y angustia, como las más representativas.

La siguiente investigación fue realizada también en adultos, no obstante, integrantes de la comunidad indígena Sikuani ubicada en Puerto Gaitán, fue desarrollada por Martínez (2016), con el objetivo de analizar las RS del CAC y la paz que tienen estos sujetos, a partir de la perspectiva de las RS de Abric, la concepción histórico-política de este conflicto y la visión de paz. La metodología utilizada fue cualitativa de tipo etnográfico, utilizó técnicas de jerarquización de ítems y entrevistas de profundidad. La muestra estuvo compuesta por adultos con dominio del idioma

castellano, conocedoras vivencial o históricamente de la relación de su comunidad con el conflicto armado. Los resultados muestran los siguientes elementos constitutivos de las RS del conflicto armado: en lo referente a los elementos del núcleo central, se integran la guerrilla, los paras, el Estado, la política, el poder, la violencia y las fuerzas armadas; en el primer nivel de la periferia: están las consecuencias del conflicto; en el segundo nivel se encuentran las acciones o estrategias que se han utilizado para la superación del fenómeno o para evitar que aparezca; y en último nivel, se ubican las emociones positivas generadas cuando no hay conflicto armado y las posturas indígenas frente a él. En lo que concierne a la paz el núcleo de la RS está compuesto por las actitudes y posturas de la comunidad indígena, así como por las emociones que despierta la paz en los participantes; y su periferia está conformada en el primer nivel por los elementos sociales que son necesarios para la paz, en segundo nivel por los actores del conflicto armado excepto los paramilitares quienes se encuentran en tercer nivel junto con las consecuencias del conflicto armado.

Por su parte, Aguirre, Botina y Botero (2018), realizaron un estudio en adultos víctimas de desplazamiento e indagaron sobre las RS que tienen las víctimas de la violencia por causa del conflicto armado; con éste buscaban identificar las funciones de estas representaciones y la forma en que los sujetos comprenden, explican y transforman sus conocimientos, experiencias vividas y realidades psicosociales. La metodología aplicada fue cualitativa, diseño etnográfico de tipo descriptivo; la observación participante, el cuestionario etnográfico y las entrevistas semiestructuradas fueron las herramientas utilizadas. La muestra estuvo compuesta por 19 sujetos voluntarios registrados en el punto de atención a víctimas del municipio de Palmira –

Valle; tres fueron entrevistados, de los cuales dos eran hombres y uno mujer, y 16 personas entre hombres y mujeres que diligenciaron el cuestionario etnográfico. Los resultados se determinaron a partir de categorías y subcategorías de las RS, a saber: función de conocimiento, la función identitaria y la función de orientación. En este sentido los participantes manifiestan que, ante los actos de violencia por el conflicto armado, las representaciones sociales sobre la realidad están determinadas por la degradación del mismo y los efectos psicosociales que generan. Dada la condición de desplazamiento de la muestra, los autores infieren que ello genera sentimientos de enajenación ante su nueva condición social; surgiendo así la inseguridad, el temor y la incertidumbre del día a día. En cuanto a la percepción de la vida cotidiana, se encuentra una tendencia a la marginación y a la exclusión social. Como sistema de pensamiento en el grupo social y por lo tanto con importancia para su cultura, la RS se configura a partir del miedo, el rechazo e impotencia frente a los horrores del conflicto armado, la indiferencia del Estado y de la sociedad en general, prevaleciendo en ellos la necesidad de seguridad.

En esta misma línea, Castro, Maestre y Otero (2010), también realizan una investigación en adultos en condición de desplazados. Su objetivo fue describir la RS del CAC que tiene la muestra seleccionada. El método utilizado fue de enfoque mixto y diseño de doble etapa, haciendo uso del muestreo teórico intencionado y la aplicación del cuestionario de RS del CAC en desplazados (RESOCADE) y la implementación de la técnica de recolección de información Grupo Focal. La muestra estuvo constituida por 72 adultos desplazados, asentados en el Municipio de Fundación, Magdalena - Colombia, provenientes de distintos lugares del país, que viven en un mismo barrio. De

las 72 personas seleccionadas, se tomó a través del muestreo intencionado una muestra de 45 personas adultas, de ambos sexos. Los resultados se realizaron teniendo en cuenta tres micro variables: la primera es la información, de la cual se dedujo que el conflicto armado tiene un carácter negativo y dañino, donde los actores armados son reconocidos como sus causantes, así como la falta de oportunidades, de trabajo y la desigualdad social. La segunda es la actitud, la cual analiza la posición que ocupan los desplazados dentro del conflicto, en efecto, los integrantes de la muestra se catalogan en la categoría de víctimas; de igual manera, asumen la muerte como una de las mayores consecuencias, situación ésta que genera un componente afectivo de tristeza, rabia; la pérdida de bienes materiales son los hechos más relacionados con el conflicto, también manifiestan una visión pesimista sobre el futuro del conflicto, expresando que el conflicto armado nunca terminará. La tercera es el campo de representación en la que los sujetos perciben que el Gobierno colombiano no les ha brindado la ayuda necesaria. El estudio concluye que la RS del conflicto armado en las víctimas directas, tiene elementos que abarcan distintos matices de su condición humana, en este sentido, el impacto y cambio en el estilo de vida de los desplazados, afectan la comprensión, adaptación psicológica y actuaciones en su espacio social.

Otros trabajos, buscan analizar las RS de los jóvenes del país con relación al CAC, por ejemplo, la investigación de Olaya (2015) tuvo como objetivo comprender la forma en que los participantes están interpretando su realidad, partiendo del construccionismo social, el pensamiento complejo y tres categorías de análisis de la teoría de las RS: la información, la actitud y el campo representacional. La metodología fue cualitativa y se centró en los estudios de caso, la información se obtuvo por medio

de entrevistas a profundidad suministrada a un grupo focal. La muestra estuvo compuesta por seis jóvenes estudiantes de la facultad de psicología de la Universidad Santo Tomás de los cuáles se encontró que cinco de ellos, manifestaron tener experiencias cercanas de forma indirecta o directa con el conflicto. Los resultados mostraron que, el conflicto armado es representado por los jóvenes universitarios como una respuesta a las múltiples problemáticas sociales como la inequidad social, la desigualdad, dicen que es una lucha de intereses por el poder que causan manifestaciones violentas, y señalan como principales actores de este conflicto a las guerrillas, los paramilitares y el ejército nacional.

La investigación de Molano y López (2019), desarrollada también con jóvenes, busca analizar las RS que tiene dicha población acerca del conflicto armado en general y de la zona del Catatumbo en particular. La investigación fue cualitativa con diseño fenomenológico; la recolección de datos se realizó a partir de instrumentos como: análisis de correspondencias de Di Giacomo; análisis de procedencia de la información de Jodelet y análisis de discurso, a través de un grupo focal. La muestra estuvo compuesta por integrantes del Hogar Juvenil Campesino “El Amparo”, ubicado en La Garita, en la zona metropolitana de la ciudad de Cúcuta; la única condición necesaria era estar internado en el HJC y tener procedencia de la zona del Catatumbo. El estudio evaluó seis categorías: grupos armados ilegales; acuerdos de paz; guerra; paz; acción del gobierno y Catatumbo; las representaciones más arraigadas para cada una de estas categorías (en el mismo orden) fueron: “*muerte*”; “*mentira*”; “*muerte*”; “*serenidad*”; “*farsa*” y “*belleza*”. En la conclusión se afirma que en términos generales la población estudiada posee un imaginario muy normalizado de la guerra, como una realidad que les

correspondió vivir sin posibilidad de otras opciones por todos los elementos que componen el conflicto armado y lo que se genera alrededor de él.

También se han desarrollado estudios relacionados con las RS del conflicto armado de adolescentes, el de Bravo y Arce (2019) es uno de ellos; utilizó un método de tipo cualitativo interpretativo de corte no experimental; la entrevista semiestructurada fue la herramienta para la recolección de datos. La muestra estuvo integrada por seis adolescentes entre los 13 y 17 años de edad, estudiantes de los grados 8°, 9°, 10° y 11° de la institución educativa San Gabriel de Buitrera, ubicada en la comuna 18 en Cali, víctimas directas e indirectas del conflicto armado en Colombia. Los resultados de la investigación se analizaron a partir de un orden categorial en la construcción de la RS, a saber, información, actitud y campo de la representación. El estudio mostró que los jóvenes poseen información relevante sobre el conflicto armado y los procesos de paz y se muestran con una actitud positiva frente a los diálogos entre las partes implicadas. También muestra cómo los sujetos obtienen información, sea a través de experiencias propias o de terceros que luego se organiza, jerarquiza y se acomoda a las necesidades sobre la explicación de una realidad. También toman una actitud positiva, a través de mecanismos morales, brindándoles un valor agregado a diferentes situaciones vividas.

Por último, Camargo (2018) realizó un estudio enfocado en mujeres privadas de la libertad, con el objetivo de identificar y transformar las RS del conflicto armado, específicamente durante las décadas del 80 y 90, es decir en el contexto del surgimiento del paramilitarismo y el narcotráfico en Colombia. El método biográfico es el utilizado para este estudio, así mismo, el uso de la historia de vida y la construcción de un relato bifocal mediante el uso del diario de campo. Ello se desarrolla a partir del enfoque

durkheimiano y weberiano de las RS. Los resultados muestran que la RS más clara sobre el conflicto armado son la “*corrupción*”, la “*injusticia*”, el “*despojo*”, la “*impunidad*” y las “*formas de acción recíprocas*”. Esto permite a la investigadora estudiar tanto los fenómenos históricos, como los procesos que se desarrollan dentro de la cárcel en relación con estas RS que se han construido a con base en el conflicto armado, y así, evaluar si estas maneras de relacionarse permiten la reconstrucción del tejido social, dado que éstas evidencian una pequeña parte del tipo de sociedad que efectivamente estamos construyendo para poder generar cambios y plantear una propuesta pedagógica seria, tomar decisiones sobre cómo debemos enfocar nuestros distintos modelos, nuestras fuerzas políticas, económicas y sociales.

4.3 Bienestar psicosocial y clima emocional, frente a la violencia política y el conflicto armado colombiano.

Con relación a los efectos psicosociales y emocionales de la violencia sobre la población se han desarrollado diversas investigaciones a nivel internacional: Larizgoitia, Fernández, Markez, Izarzugaza, Larizgoitia, Moreno y Beristain (2011) y Larizgoitia, Izarzugaza, Iraurgi, Ballesteros, Forero, Markez y Alonso (2011), mostraron un modelo conceptual en el que se describen las relaciones entre la violencia colectiva y su impacto en la salud, el bienestar emocional, el desarrollo personal y social de las víctimas. Este modelo es un instrumento para medir el impacto de la violencia (estudio ISAVIC), en las víctimas del País Vasco. Los resultados sugieren que las víctimas

directas, presentan entre cuatro y siete veces más riesgo de sufrir dificultades emocionales, sociales y fisiológicas, que la población sin experiencia de violencia.

A partir del análisis de las secuelas de la violencia en la salud, conforme a la percepción de las víctimas, se observa que el impacto de la violencia no ha sido superado en su totalidad, ya que entre el 30% y el 60% de las víctimas presentan traumas, procesos de duelo incompletos, lesiones y secuelas físicas; poca capacidad de relacionarse con otros –aislamiento, estigmas y rechazo-, de rehacer su vida laboral y desarrollar nuevos proyectos. Sin embargo, los autores encontraron factores de afrontamiento positivo que les permite superar los acontecimientos traumáticos por medio de cambios conductuales, cognitivos y emocionales para construir nuevos procesos vitales (Larizgoitia, et, al., 2011).

Algunos estudios sobre los efectos psicosociales y emocionales que tiene la violencia política represiva de las dictaduras latinoamericanas, informan que en la mayoría de víctimas ex detenidas y familiares de personas detenidas-desaparecidas, se evidenciaron algunos síntomas aislados como estrés, irritabilidad, reacciones de hiper vigilancia, entre otros (Arnosó, Arnosó y Pérez, 2015). Éstos se relacionaban con un estilo de afrontamiento de evitación, generando alteraciones mayores en el proceso de duelo, implicando ello, un menor ajuste social, mayor ansiedad y depresión. La falta de apoyo social se asoció a la alteración en el sistema de creencias, en tanto se pierde la confianza en la vida y en la sociedad. Por su parte, Arnosó, Asaloni, Gandarias y Arnosó (2011), desde una perspectiva de género, encontraron un impacto diferencial de la violencia y la represión entre hombres y mujeres, ya que éstas últimas fueron expuestas a la tortura sexual durante los períodos de detención. Estas situaciones no se

tuvieron en cuenta para los procesos de justicia, reservándose a la esfera de lo privado, dado el contexto social tradicional en las que se encontraban. Ello repercutió en la invisibilización del impacto de la violencia sexual en los procesos de reparación. Sin embargo, estos dos estudios (Arnosó et al, 2011; Arnoso, et al, 2015) concluyen que hubo, en la población estudiada, un afrontamiento positivo, asociado a dar un sentido a lo ocurrido y realizar un proceso de duelo relacionado con un mayor apoyo social positivo y la identificación propia como sobreviviente y no como víctima.

En cuanto a la percepción del clima emocional a partir de procesos de reconciliación después de la violencia política, por ejemplo, Cárdenas, Páez, Arnoso y Rimé (2013), mostraron que la mayor parte de las víctimas de la violencia política dictatorial chilena, encuentran el clima emocional del país más confiable, obteniendo así mayores puntuaciones en el clima social positivo, mientras que el 23% de las víctimas, percibe un clima socioemocional menos positivo. A pesar de esto, la investigación muestra que en general predomina la percepción del clima social negativo, en tanto prevalece la desconfianza en las instituciones y la poca credibilidad en las disculpas ofrecidas por el Estado, así como, la falta de acuerdo con los procesos de perdón por parte de las víctimas hacia los victimarios. No obstante, la justicia y reparación a las víctimas no debe ser relegada sólo al reconocimiento de los hechos, más bien implica tener en cuenta el desarrollo de todos los ámbitos sociales, para así, trabajar en la construcción de un camino de un clima de violencia hacia uno de paz.

En el caso colombiano, no se encontraron investigaciones referidas a la percepción del clima emocional en el marco del conflicto armado interno. Sin embargo, en cuanto al estudio sobre el impacto psicosocial en las víctimas directas e indirectas del

conflicto existe una amplia bibliografía. Estos estudios han sido asociados al desplazamiento forzoso, en tanto es una de las consecuencias más visibles del conflicto y ha generado más de cinco millones de damnificados que se trasladan frecuentemente a las ciudades, en especial Bogotá (Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH], 2015). En este sentido, se encuentran estudios, por un lado, enfocados hacia las necesidades en la salud de la población víctima del conflicto y en situación de desplazamiento (Mogollón, Vázquez y García, 2003). Las autoras mostraron que los participantes evidencian, un compromiso en la salud mental y la pérdida de estabilidad psicosocial por situaciones de estrés, dificultad para dormir por pesadillas, etc., así como la réplica de comportamientos violentos para solucionar los problemas y la poca adaptación a la ciudad.

De igual manera, la investigación realizada por Mogollón y Vázquez (2006) presentó un análisis de las consecuencias en salud de las mujeres que fueron desplazadas por el conflicto. Las autoras exponen que el deterioro de la salud se asoció a la violencia padecida, específicamente en la salud mental, dado el estado de ánimo, los trastornos de sueño, la amargura, la tristeza, los sentimientos de odio y los comportamientos agresivos. Además, este deterioro en la salud se agudizó, por el cambio en su dinámica socio-familiar, en tanto que estas mujeres se convirtieron en madres cabeza de familia, asumiendo el sostén del hogar, en un contexto de falta de trabajo, escasez de recursos económicos y de vivienda digna, problemas de alimentación y la dificultad en el acceso a los servicios de salud.

Finalmente, Aguilera (2003) buscó analizar desde la psicología política las secuelas emocionales del CAC y cómo éstas deben ser abordadas para una propuesta de

paz. El estudio mostró que el impacto de la violencia política en las personas genera la imposibilidad de olvidar y perdonar, impidiendo, que éstas, puedan construir un futuro libre de venganza y odio. Adicionalmente, el poco apoyo que tienen las víctimas directas o indirectas del conflicto, por parte del Estado y la sociedad en general, es insuficiente para elaborar completamente un duelo sobre las secuelas emocionales dejadas por el conflicto armado, produciendo desarraigo, desconfianza, frustración y miedo frente a la vida.

CAPÍTULO 5

MÉTODO

5.1 Objetivos

5.1.1 Objetivo General

Describir las representaciones sociales de los jóvenes colombianos del conflicto armado y analizar sus relaciones con el bienestar psicológico, bienestar social y la percepción del clima emocional.

5.1.2 Objetivos Específicos

- Describir la estructura de las representaciones sociales del conflicto armado de los participantes.
- Conocer los niveles de bienestar psicológico y bienestar social de los participantes.
- Evaluar la percepción del clima emocional de los participantes.

- Analizar las relaciones entre las representaciones sociales, los niveles de bienestar psicológico, bienestar social y la percepción del clima emocional de los participantes.

5.2 Tipo de Investigación y Diseño

La investigación se desarrolló a partir de un diseño Ex Post Facto, porque no se manipulan las variables independientes dentro del estudio, a saber: el bienestar social, el bienestar psicológico y la percepción del clima emocional. Asimismo, es de tipo retrospectivo en tanto se indaga sobre las RS del CAC (variable dependiente) para luego analizar su relación con las variables independientes (Montero y León, 2005).

5.3 Muestra

La muestra es de tipo no probabilístico incidental integrada por 100 jóvenes universitarios cursantes de la licenciatura en educación básica con énfasis en ciencias sociales, con edades que oscilan entre 18 y 24 años, con una media de 19,92 años (DT = 1,5). El 49% de la muestra eran mujeres y el 51% hombres.

En cuanto al estrato socioeconómico de la muestra, se encontró que el 44% residía en el estrato medio-bajo, el 27% en el estrato medio, el 25% en el estrato bajo, el 3% en el estrato medio-alto y el 1% restante en el estrato bajo-bajo.

5.4 Instrumentos

La recolección de datos se realizó por medio de un cuestionario autoadministrable integrado por preguntas sobre la edad, sexo y estrato socioeconómico. Asimismo, por las siguientes técnicas y/o escalas (ver Anexo 1):

a) En primera medida, se utilizó la Técnica de Asociación de Palabras para conocer el campo semántico de la RS del CAC y la jerarquía que compone su estructura (Barreiro y Castorina, 2015; Wagner & Hayes, 2011), por medio del siguiente enunciado: “Por favor escriba las cinco primeras palabras que vengan a su mente al pensar en el conflicto armado en Colombia”. Se tomó este número de palabras dado que los estudios previos establecen que cinco palabras es la cantidad límite que los sujetos pueden asociar espontáneamente (Sarrica y Wachelke, 2009; Wagner, Valencia y Elejabarrieta, 1996). En la investigación sobre RS este instrumento de recolección de datos es muy utilizado para estudiar las RS (Wagner & Hayes, 2005) dado que permite generar información para explorar su estructura desde el enfoque estructural de las RS desarrollado por Abric (1993, 1996, 2001).

b) En segundo lugar, se aplicó la Escala de Bienestar Psicológico de Ryff en la versión propuesta por van Dierendonck, la cual fue adaptada y validada en castellano (Díaz, Rodríguez, Blanco, Moreno, Gallardo, Valle y Dierendonck, 2006), compuesta por 39 ítems, como, por ejemplo: “Para mí, la vida ha sido un proceso continuo de estudio, cambio y crecimiento”, y con un continuo de respuesta de 1 (*totalmente en desacuerdo*) a 6 (*totalmente de acuerdo*). Esta escala permitió conocer las capacidades de los individuos de conseguir sus metas u objetivos, así como su

desarrollo personal y los elementos (positivos y/o negativos) que contribuyen con dicho proceso (Zubieta, Muratori y Mele, 2012). Esta escala evalúa seis dimensiones del bienestar psicológico. La confiabilidad de cada una de las dimensiones fue aceptable en la muestra de participantes de este estudio: autoaceptación ($\alpha = ,73$), relaciones positivas con los otros ($\alpha = ,78$), autonomía ($\alpha = ,68$), dominio del entorno ($\alpha = ,71$), crecimiento personal ($\alpha = ,67$) y propósito en la vida ($\alpha = ,84$).

c) En tercer lugar, se administró la Escala de Bienestar Social de Keyes adaptada por Blanco y Díaz (2005). La escala consta de 33 ítems, por ejemplo, “creo que no se debe confiar en la gente”, con un continuo de respuesta de 1 (*totalmente en desacuerdo*) a 5 (*totalmente de acuerdo*). A partir de ello, se conoció la valoración que realizan las personas de sus relaciones interpersonales y sus circunstancias sociales (Muratori et al., 2014). La escala se compone de cinco dimensiones que evalúan aspectos del entorno social, cuya confiabilidad para la muestra de participantes fue aceptable: integración social ($\alpha = ,80$), aceptación social ($\alpha = ,81$), contribución social ($\alpha = ,86$), actualización social ($\alpha = ,62$) y coherencia social ($\alpha = ,56$).

d) Por último, se administró la Escala de Clima Socioemocional desarrollada por Páez, Ruiz, Gailly, Kornblit, Wiesenfeld y Vidal (1996). Ésta se agrupa en dos dimensiones subyacentes y los datos de confiabilidad para cada una de ellas en el presente estudio fueron: clima social negativo ($\alpha = ,68$) y clima social positivo ($\alpha = ,72$) (Techio et al., 2011). Esta escala se compone de 10 ítems, por ejemplo, “El ambiente o clima social de su país es de confianza en las instituciones”, con un continuo de respuesta de 1 (*nada*) a 5 (*mucho*). De esta manera, se midió la percepción de los

procesos sociales que refuerzan las emociones positivas en el clima emocional y las interacciones cotidianas negativas.

5.5 Procedimiento

La administración del cuestionario se realizó en una universidad colombiana. Se solicitó a los docentes de Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Ciencias Sociales su autorización para utilizar tiempo de su horario de clase. La administración del cuestionario se realizó en un solo encuentro.

Se informó a los participantes el objetivo de la investigación, así como el carácter voluntario y anónimo de la misma y se solicitó su consentimiento informado. De igual manera, se aclaró que la información suministrada por ellos era exclusivamente para fines científicos. No hubo ningún rechazo por parte de los participantes a la actividad propuesta.

CAPÍTULO 6

RESULTADOS

6.1 Las RS de los jóvenes colombianos del conflicto armado

Para el análisis de la estructura de las RS del CAC de los participantes, se utilizó el software Iramuteq versión 0.7 alpha 2, diseñado por Pierre Ratinaud integrante de LERASS (Laboratoire d'Études et de Recherches Appliquées en Sciences Sociales). Es una herramienta utilizada para el análisis multidimensional de datos textuales y permite realizar un análisis prototípico para poner de manifiesto la estructura de una RS. En efecto, permite identificar tanto la frecuencia de las palabras asociadas, como su rango promedio (Molina, 2017; Vizeu y Justo, 2013).

En principio, el corpus textual obtenido mediante la técnica de asociación de palabras fue de 500 palabras, que se analizó manteniendo el orden natural de las evocaciones de los participantes. Posteriormente se realizó la depuración de dicho corpus reemplazando y homogeneizando los sinónimos y los términos con diferentes formas gramaticales (formas plurales/singulares y género) (Barreiro, Gaudio, Mayor, Santellan, Sarti y Sarty, 2014; Sarrica, 2007), conservando la palabra con mayor frecuencia en el corpus de asociaciones (Ver anexo 2: Tabla de palabras reemplazadas).

La estructura de la RS del CAC se analizó teniendo en cuenta la organización de las evocaciones según su jerarquía, entendida como el orden y frecuencia de su evocación. Este tratamiento de datos posibilitó la construcción de un cuadro con cuatro

divisiones donde se ubicaron el núcleo central, la primera periferia, la zona de contraste y la segunda periferia de la representación social (Barreiro, Ungaretti y Etchezahar, 2019). La frecuencia promedio ($f = 14.29$) fue calculada por el software Iramuteq. A partir de esta distribución se determinó 5 como frecuencia mínima de evocación para cada palabra, no considerando para el análisis las palabras con frecuencias de 1, 2, 3 y 4 dada su variabilidad, porque no darían cuenta de significados colectivos sobre el objeto representacional (Sarrica, 2007; Vergés, 1999).

Por otra parte, el rango promedio de asociación del análisis fue de 2.68 obtenido por la sumatoria de las posiciones de cada una de las palabras, sobre la cantidad total de asociaciones, es decir, el promedio de las posiciones ocupadas en la técnica de asociación de todas las palabras (Verges, 1999). Posteriormente, de acuerdo a la frecuencia intermedia y rango de evocación de las palabras, se generó la Tabla 1, que representa las diferentes zonas que estructuran la representación del CAC.

Tabla 1

Frecuencia intermedia y rango promedio de las asociaciones de los participantes.

		Rango < 2.68			Rango =>2.68		
		<i>Núcleo Central</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Primera Periferia</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>
$f \geq$ 14.29	Violencia		59	1.9	Injusticia	25	3
	Desplazamiento		25	2.5	Armas	19	2.9

	Guerra	24	2.1			
	Muerte	21	2.2			
	Víctimas	17	2.5			
<i>Zona de Contraste</i>			<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Segunda Periferia</i>	
	Despojo	5	2.4	Política	14	3.2
<i>f</i>				Territorio	13	2.8
<14.29				Dolor	12	3.5
				Pobreza	10	3.3
				Narcotráfico	9	3.7
				Poder	8	3.6
				Estado	7	3.3
				Guerrilla	6	3.8
				Intereses	6	3.3
				Terror	5	2.8
				Memoria	5	3.6
				Corrupción	5	3.8

	Rural	5	3
--	-------	---	---

En el primer cuadrante de la Tabla 1 se muestra el *núcleo central* de la RS del CAC conformado por palabras que están por encima de la frecuencia intermedia y cuyos rangos son inferiores al promedio. Es decir, fueron mencionadas por una gran cantidad de participantes en los primeros lugares (Barreiro et al. 2014; Sarrica, 2007). Por lo tanto, expresan los sentidos más relevantes y compartidos por los participantes respecto al CAC: *violencia, desplazamiento, guerra, muerte y víctimas*. Los datos obtenidos, permiten inferir que los jóvenes que participaron en esta investigación vincularon fuertemente al CAC con la *violencia*, dado que por un lado y en sentido estricto, un conflicto armado se concibe como un enfrentamiento violento (UNHCR/ACNUR, 2018), por otro lado, puede referirse a la manera en la que habitualmente ha tratado de resolverse el conflicto social en Colombia, por medio de provocaciones, amenazas o ejerciendo daño o sometimiento grave a individuos o diferentes grupos durante más de 50 años (Estrada, 2015; Guerrero, 2011 citado en Zubiría, 2015; HRW, 2020; Pecaute, 2015), generando la vulneración de los derechos de los colombianos, coartando el disfrute sin miedo y con serenidad en los diferentes territorios (urbanos o rurales) (Concha, 2002). De igual manera, el *desplazamiento* (y el lugar en que se encuentra ubicado en la jerarquía) ofrece una connotación importante, en tanto tiene igual o mayor relevancia que la muerte. Esto podría relacionarse con el proceso histórico de Colombia, en tanto ha estado atravesado por un desplazamiento incesante que solo a ratos es interrumpido, siendo sus causas diversas, de acuerdo a los autores perpetradores de dicho acto y a los métodos violentos utilizados (Molano,

2005b). Esta situación y su constante repetición, ha promovido que el país se ubique en el segundo lugar con mayor cantidad de desplazados internos en el mundo (HRW, 2020) y la reestructuración de todas sus dinámicas cotidianas. El CAC, también es entendido como *guerra*, una de las formas más graves de expresión que tiene el conflicto sociopolítico colombiano, donde varios grupos armados ilegales y legítimos, mediante el uso de todo tipo de estrategias bélicas y tecnologías han dejado un alto número de *muertes*, así como un alto número de *víctimas* directas e indirectas (CNMH, 2015) que han sido impactadas por diversas afectaciones, las cuales establecieron rupturas a nivel social, cultural, individual, físico y psicológico (GMH, 2013).

En torno al núcleo central se ubica la primera periferia, compuesta por las palabras con alta frecuencia de evocación, es decir, se trata de palabras mencionadas por muchas personas, aunque en los últimos lugares, dando como resultado que su rango de asociación se encuentre por encima del promedio (Sarrica, 2007). En efecto, según la información suministrada en la Tabla 1 (cuadro superior - derecho), esta zona la integran las palabras *injusticia* y *armas*. Así, estas asociaciones para los participantes del estudio señalarían que el conflicto armado se vincula con la *injusticia*, ello puede deberse a que en Colombia ha existido una larga historia de luchas por la justicia en contra de la impunidad, sin embargo, el Estado no ha logrado ofrecer una respuesta suficiente a las víctimas, más bien, ha generado una alta impunidad en diversos procesos de esclarecimiento de la verdad (GMH, 2013). Este tipo de situaciones injustas, así como la distribución inequitativa de las tierras y la usurpación a su propiedad (Molano, 2005b), fueron tomadas como bandera por los diferentes grupos al

margen de la ley para empuñar las *armas* y llevar equidad a las diferentes poblaciones, sentidos que son análogos a los del núcleo central.

La *zona de contraste* de la RS, está constituida por elementos con una frecuencia menor a la intermedia y un rango promedio bajo, es decir, por elementos que son de gran relevancia para un grupo minoritario dentro de los participantes del estudio (Abric, 1993; Sarrica, 2007). Esta zona se presenta en la Tabla 1 (cuadro inferior izquierdo) y lo integra la palabra *despojo*, una de las modalidades de violencia llevadas a cabo durante el desarrollo del conflicto, generando que millones de personas huyan y se desprendan de su territorio, tengan que construir de nuevo su vida en entornos y contextos desconocidos para la mayoría de ellos; los ha obligado al desarraigo, la descampenización, la pérdida de identidad, la deshumanización del territorio y a vivir en la pobreza (CNMH, 2015; GMH, 2013). En efecto, esta zona se encuentra directamente relacionada con la importancia que los participantes otorgaron al *desplazamiento*, ubicado en el núcleo central, por lo tanto, la zona de contraste indica que el pensamiento de este posible subgrupo seguiría la línea de los significados que conforman el núcleo de la representación.

Para terminar, la *segunda periferia* ubicada en el último cuadrante de la Tabla 1 (inferior derecho) se constituye por un grupo de palabras con baja frecuencia y un rango promedio alto, por lo tanto, son los elementos que fueron dichos por pocas personas en los últimos lugares. No se tendrán en cuenta en el análisis e interpretación en tanto no dan cuenta de significados consensuados sobre la RS del CAC (Barreiro et al., 2014; Sarrica, 2007).

6.2. Descripción de los niveles de bienestar psicosocial.

Respecto al bienestar psicológico (en adelante BP), como se puede observar en la Tabla 2, las medias en general son altas, destacándose el *crecimiento personal* y el *propósito en la vida*. Esto evidenciaría, por un lado, el interés de los sujetos por crear objetivos en su vida, así como su empeño por desarrollar su máxima potencialidad y la alta motivación por alcanzar sus metas.

El puntaje más bajo corresponde a la dimensión *relaciones positivas*, que refiere a la necesidad de mantener relaciones estables con las demás personas, confianza y amor en el individuo, generando una mejor salud mental.

Tabla 2

Puntuaciones medias de BP

Bienestar Psicológico	M	SD
Autoaceptación	4.12	.82
Relaciones Positivas	4.01	1.02
Autonomía	4.28	.78
Dominio del Entorno	4.22	.82
Crecimiento Personal	4.94	.69
Propósito en la Vida	4.52	.93

Nota. Continuo de respuesta de 1 (*totalmente en desacuerdo*) a 5 (*totalmente de acuerdo*).

A continuación, como se puede observar en la Tabla 3, se conformaron tres grupos a partir de las puntuaciones medias de sujetos con niveles bajo, medio y alto en la variable.

Tabla 3

Distribución de los grupos con alto, medio y bajo nivel de BP

Niveles de BP	Frecuencia	Porcentaje
Bajo	2	2.2
Medio	21	22.8
Alto	69	75.0
Total	84	100.0

Como era esperable, de acuerdo a las puntuaciones medias informadas en la Tabla 2, estos resultados muestran que los participantes del estudio gozan de un nivel alto de BP dado que comprende el 75% de la muestra, mientras que el nivel medio corresponde al 22.8% y el nivel bajo no supera el 2.2%. Debido a la escasa presencia de sujetos con bajo BP, no se incluyó a este grupo en los análisis que se presentan a continuación.

Como se observa en la Tabla 4, los resultados muestran buenos indicadores de bienestar social (en adelante BS) para los participantes, donde la puntuación media más alta es la de la dimensión *contribución social*, sugiriendo que la relación más fuerte que establecen los sujetos con el medio se genera a partir de su sentimiento de utilidad en la sociedad. Es decir, los sujetos sienten que tienen algo que ofrecer al mundo, y ello

puede ser valorado por la sociedad, fortaleciendo de esta forma la creencia en sus propias capacidades.

La dimensión más baja es la *aceptación social*, lo cual expresa el bajo sentimiento de disfrute y goce en la sociedad. Es decir, las relaciones intergrupales en la sociedad generan poca confianza y aceptación para los sujetos, con valoraciones predominantemente negativas (Zubieta, Muratori y Mele, 2012).

Tabla 4

Puntuaciones medias de BS

Bienestar Social	MEDIA	SD
Integración Social	3.53	.76
Aceptación Social	2.86	.68
Contribución Social	4.16	.78
Actualización Social	3.28	.65
Coherencia Social	3.84	.62

Nota. Continúo de respuesta de 1 (*totalmente en desacuerdo*) a 5 (*totalmente de acuerdo*)

Para el análisis de la RS del CAC según esta variable, se conformaron diferentes grupos de acuerdo al nivel de BS: alto, medio y bajo como se informa en la siguiente Tabla.

Tabla 5

Distribución de los grupos con alto, medio y bajo nivel de BS

Niveles de BS	Frecuencia	Porcentaje
Bajo	12	12.2
Medio	71	71.0
Alto	17	17.0
Total	100	100.0

Los datos muestran una mayor proporción de personas que se ubican en el nivel medio de BS, en este caso, el 71%, en tanto que el 17% obtuvo un nivel alto y finalmente el 12% de la muestra goza de bajo nivel de BS.

6.3. Descripción de la percepción del clima socio-emocional.

Con respecto al clima emocional (en adelante CE), se observa que las personas presentan puntuaciones relativamente altas asociadas a la dimensión negativa de esta variable ($M = 3.60$; $SD = .74$) mientras que, para la dimensión positiva ($M = 2.6$; $SD = .57$), obtuvieron puntuaciones considerablemente más bajas (ver Tabla 6 para información sobre cada ítem).

En cuanto a la percepción de la situación económica del país, evaluada por el ítem: *La situación económica es muy buena*, es como puede observarse en la Tabla 6, regular. Estos resultados indicarían que el clima social percibido por los sujetos que participaron en este estudio, es dominado en mayor medida por emociones negativas como el *enojo*, el *miedo* y la *tristeza*, que pueden estar asociadas a actividades

vivenciadas en la cotidianidad por los sujetos. En efecto, las emociones positivas como la *alegría*, la *esperanza* y la *solidaridad*, son menos percibidas en sus situaciones cotidianas, generando así, conductas de mayor conflicto social y menor cooperación (Zubieta, Delfino y Fernández, 2008).

Con relación a la percepción de procesos sociales, se verifica una baja *confianza en las instituciones* y falta de *tranquilidad para hablar*. Esta percepción de los procesos sociales, refuerza las emociones negativas percibidas en el CE por parte de los sujetos.

Tabla 6

Puntuaciones medias de CE

Clima Emocional	MEDIA	SD
La situación económica es muy buena:	2.32	.74
El clima o ambiente general afectivo de su país es muy bueno:	2.86	.90
El ambiente o clima social es de:		
Esperanza, esperanzado	2.84	.94
Solidario, de ayuda mutua	2.76	.90
Confianza en las instituciones	1.78	.77
Miedo, ansiedad	3.60	.96
Enojo, hostilidad, agresividad entre las gentes	3.90	.88
Tristeza, pasividad, bajo estado de ánimo	3.30	1.02
Alegría, confianza, contento	3.08	.94
Tranquilidad para hablar	2.31	.92

Nota. Continuo de respuesta de 1 (*nada*) a 5 (*mucho*)

En este contexto, para el análisis de la RS del CAC según la percepción del CE, se conformaron tres grupos a partir de las puntuaciones medias de sujetos con niveles alto, medio y bajo, teniendo en cuenta, la percepción del CE negativo y la percepción de CE positivo.

En cuanto a los niveles de CE negativo, se configuraron tres niveles: alto, medio y bajo. La siguiente Tabla presenta la distribución de estos grupos.

Tabla 7

Distribución de los grupos con alto, medio y bajo nivel en la percepción del CE negativo.

Niveles de CE	Frecuencia	Porcentaje
Bajo	16	16.0
Medio	43	43.0
Alto	41	41.0
Total	100	100.0

Como muestran los resultados, el 41% de la muestra presenta niveles altos de percepción negativa del CE mientras que el 43% tiene nivel medio y el 16% nivel bajo.

Referente a los niveles de CE positivo, también se configuraron niveles alto, medio y bajo, sin embargo, debido a que un solo sujeto presentó niveles altos de CE

positivo (ver Tabla 8), se analizó la RS del CAC solamente en los grupos que presentaron niveles bajos y medios.

Tabla 8

Distribución de los grupos con alto, medio y bajo nivel en la percepción del CE positivo.

Niveles de CE	Frecuencia	Porcentaje
Bajo	74.0	74.0
Medio	25.0	25.0
Alto	1.0	1.0
Total	100.0	100.0

Estos resultados muestran que los participantes del estudio que perciben CE positivo alto son el 1% de la muestra, en tanto el 25% tiene un nivel medio y el 74% un nivel bajo. Por la escasa presencia de sujetos con percepción de CE alto, no se incluyó este grupo en los análisis.

6.4 Relación entre las representaciones sociales del CAC, los niveles de bienestar psicosocial y el clima emocional.

Tal como se establece en los objetivos, en este estudio se analizó si la estructura de la RS del CAC presentada en la Tabla 1, varía según los niveles de bienestar psicológico, de bienestar social y de la percepción del clima emocional de los

participantes. Para ello se conformaron grupos a partir de las puntuaciones medias de sujetos con niveles bajo, alto y medio en cada una de las variables.

6.4.1 Representaciones sociales del conflicto armado colombiano según los niveles de bienestar psicológico

6.4.1.1 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel alto de bienestar psicológico.

Como se muestra en la Tabla 9, la estructura de la RS para el grupo conformado por personas que gozan de un alto nivel de BP, se analizó teniendo en cuenta las frecuencias mínima ($f = 2$) e intermedia ($f = 5.21$) sugeridas por el software Iramuteq y el rango promedio de asociación de 2.81.

Tabla 9

Frecuencia intermedia y rango promedio de las asociaciones de los participantes con nivel alto de BP.

Rango < 2.81				Rango =>2.81		
	<i>Núcleo Central</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Primera Periferia</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>
$f \geq 5.21$	Violencia	40	1.7	Injusticia	12	3.2

	Guerra	16	1.7	Armas	12	3
	Muerte	15	2.1	Pobreza	8	3.1
	Víctimas	12	2.7	Política	7	3.6
	Desplazamiento	12	2.2	Dolor	7	3.7
				Desigualdad	6	3
	<i>Zona de Contraste</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Segunda Periferia</i>	<i>f</i>	<i>Rang</i>
<i>f <</i>	Estado	5	2.8	Tierra	5	3.2
<i>5.21</i>		4	1.8	Narcotráfico	5	4.4
	Despojo	4	2.8	Guerrilla	4	3.2
	Falsos Positivos	3	2.3	Memoria	4	4.2
	Sangre	3	1.7	Intereses	4	3.8
	Territorio	3	2.3	Poder	3	3
	Inequidad	2	1	Corrupción	3	3.7
	FARC	2	2.5	Tristeza	3	3.7
				Grupos Armados	3	3.7
				Miedo	2	4

Problemática	2	3.5
Campesinos	4	4.4
Masacre	2	4
Reparación	2	4.5
Ideales	2	4.5
Inseguridad	2	4.5
Insurgencia	2	5
Derechos Humanos	2	4
Intereses Personales	2	3
Sufrimiento	2	3.5
Paz	2	4.5
Enfrentamiento	2	3
Justicia	2	3.5
Proceso de Paz	2	4
Destrucción	2	5
Sociedad	2	3.5
Paramilitarismo	2	3.5

Teniendo en cuenta estos datos, la RS del CAC de las personas con nivel alto de BP tendría como *núcleo central*, las asociaciones: *violencia, guerra, muerte, víctimas y desplazamiento*. Estos resultados indican, que el núcleo central de la RS correspondiente a este subgrupo, está compuesto por las mismas palabras que las proporcionadas para la RS de la muestra total.

En cuanto a la *primera periferia* (cuadro superior derecho), también al igual que la RS para la muestra total, se ubican las palabras *injusticia* y *armas*, aunque se agregan: *pobreza, política, dolor y desigualdad*. Con relación a la palabra *política*, pueden inferirse dos lecturas: en primer lugar, la concepción que ha predominado en Colombia sobre ella, en la cual la oposición y el disenso son vistos como amenazas a la integridad de la comunidad política en los diferentes momentos históricos, esto implica que no se superen el sectarismo, la exclusión y la estigmatización, que limitan o alimentan la violencia, dejando como resultado -en algunos casos- una extensión dirigida al uso de las armas (GMH, 2013). En segundo lugar, la política también puede relacionarse con el escaso apoyo que la sociedad civil ha recibido por parte de esta esfera hacia sus acciones, movimientos y procesos que procuran la búsqueda de soluciones o mitigación del conflicto dentro de los distintos territorios (GMH, 2013). En cuanto a la asociación *pobreza*, se podría inferir que es una de las consecuencias del CAC, en tanto las diferentes circunstancias que rodean el conflicto, han generado el subdesarrollo del aparato productivo de la nación colombiana (Casaab y Criollo, 2011) afectando principalmente a la población pobre (Restrepo y Aponte, 2009). Este contexto agudiza la *desigualdad* económica de las víctimas dada por el desarraigo de la tierra, que es una

de sus fuentes principales de ingreso, de igual manera, el agravamiento del conflicto profundiza la crisis de los diferentes sectores económicos del país impactando a la sociedad en general (GMH, 2013). Por su parte, la palabra *dolor* también podría estar asociada a dos lecturas, por un lado, al sentimiento displacentero que millones de víctimas han sufrido como resultado de los diferentes tipos de violencia despiadada ejercida por los victimarios, así como por la acción, complicidad y omisión de los que debían respetarlos y protegerlos (GMH, 2013; Molano, 2015). La *zona de contraste* (cuadro inferior izquierdo) al igual que ocurre con la RS de la muestra total, contiene la asociación *despojo*. Agregando palabras como *Estado*, *desplazados*, *falsos positivos*, *sangre*, *territorio*, *inequidad* y *FARC*. En efecto, a partir de la palabra *Estado* podrían inferirse dos aspectos, por un lado, su carácter institucional, el cual le atribuye la obligación de garantizar los derechos a sus ciudadanos; aspecto que no ha sido efectivo en el marco del CAC, por la falta de justicia social y el fortalecimiento de la sociedad civil (Ríos, Bula y Brocate, 2011). El otro aspecto podría relacionarse con que el Estado también ha sido uno de los actores que ha configurado el CAC, a partir de sus luchas frente al ejercicio ilegal de los diferentes actores dentro del conflicto, así como, por su connivencia con las actividades ilegales desarrolladas en el transcurso de su proceso (Ríos, Bula y Brocate, 2011). En este sentido, la asociación *FARC* podría haber sido evocada por ser otro de los actores armados -en este caso ilegal- que conforman el CAC, siendo uno de los grupos que ha instaurado su lucha contra el Estado a partir de un paradigma ideológico, generando afectaciones profundas en la sociedad colombiana (CNMH, 2014). Por su parte, la asociación *territorio* podría referirse a la afectación que éste ha recibido tanto a nivel nacional por el acumulado de casi seis décadas de

conflicto y violencia, como en los espacios tipificados que se caracterizan por ser áreas geográficas que representan un alto valor geoestratégico para los actores del CAC (Salas, 2016). En cuanto a las asociaciones *falsos positivos*, está referido a las ejecuciones extrajudiciales de civiles cometidas por las Fuerzas Militares de Colombia en el marco de la Política de Seguridad Democrática, éstos civiles eran privados de su libertad, trasladados a lugares lejanos y posteriormente asesinados para ser presentados como bajas en combate en la lucha del Ejército contra las guerrillas con el fin de obtener recompensas y beneficios (Barreto, 2019). Los casos investigados para el 2011 por la Fiscalía General de la Nación eran de 1.486 con 2.701 víctimas (GMH, 2013). Las asociaciones *inequidad* y *sangre*, podrían relacionarse con las consecuencias que ha dejado el accionar de los diferentes grupos armados legales o al margen de la ley en la sociedad colombiana.

6.4.1.2 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel medio de bienestar psicológico

Los datos suministrados por el grupo integrado por personas que gozan de nivel medio de BP, se analizaron teniendo en cuenta la sugerencia del Iramuteq con respecto a la frecuencia mínima ($f = 2$), frecuencia intermedia ($f = 4.07$) y el rango promedio de asociación de 2.81, como puede observarse en la siguiente Tabla.

Tabla 10

Frecuencia intermedia y rango promedio de las asociaciones de los participantes con nivel medio de BP.

Rango < 2.81				Rango =>2.81		
<i>Núcleo Central</i>		<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Primera Periferia</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>
<i>f</i> >=	Violencia	13	1.7	Poder	5	4
<i>4.07</i>	Guerra	7	2.7			
	Política	6	2.5			
<i>Zona de Contraste</i>		<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Segunda Periferia</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>
<i>f</i> <	Muerte	3	2.7	Desplazamiento	4	3.8
<i>4.07</i>	Injusticia	3	2.3	Armas	4	3
	Narcotráfico	2	2.5	Polarización	2	4.5
				Dinero	2	3
				Económico	2	3.5
				Corrupción	2	4
				Víctimas	2	3.5

De acuerdo con los resultados expuestos en la Tabla 10, para las personas que gozan de un nivel medio de BP, el núcleo central de la RS del CAC está conformado por palabras como *violencia*, *guerra* y *política*. Como se puede observar, esta RS del CAC, muestra una diferencia con relación a la de la muestra total y con el grupo que presenta nivel alto de BP, dado que *política*, forma parte del núcleo central para este subgrupo, que en los casos anteriores se encuentra en la primera periferia de la RS. Seguramente, este hecho se deba a que el grupo es más reducido y eso afecta la frecuencia intermedia en la que se basa la organización de los cuadrantes de la representación.

En cuanto a la *primera periferia* (cuadrante superior derecho), está conformada por la palabra *poder*, asociación que no había sido incluida en esta zona anteriormente. Se podría inferir a partir de ello, que este subgrupo considera que el poder es uno de los factores que crea y mantiene el CAC a partir de la disputa violenta que este genera (en principio a nivel nacional y actualmente a nivel local) por parte de los diferentes actores dentro del conflicto (GMH, 2013). La *zona de contraste* (cuadro inferior izquierdo) por su parte, está constituida por las palabras *muerte* e *injusticia*, manteniendo de esta forma el sentido del núcleo central de la RS del CAC para esta parte de la muestra. También es mencionada la palabra *narcotráfico*, ello puede deberse a que es otro de los factores que ha tenido mayor incidencia en el CAC y, por lo tanto, ha generado la configuración de la esfera social, política, económica, territorial, cultural y de poder en las diferentes comunidades y regiones del país (Duncan, 2015). En efecto, la periferia de esta RS se relaciona con su núcleo central en tanto plantea algunos factores desencadenantes que han incidido en la perpetuación del CAC a través de su historia.

6.4.2 Representaciones sociales del CAC según los niveles de bienestar social

6.4.2.1 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel alto de bienestar social

Como se muestra en la Tabla 11, la estructura de la RS para el grupo conformado por personas que gozan de un alto nivel de BS, se analizó teniendo en cuenta las frecuencias mínima ($f = 2$) e intermedia ($f = 2.62$) sugeridas por el Iramuteq y el rango promedio de asociación de 2.6.

Tabla 11

Frecuencia intermedia y rango promedio de las asociaciones de los participantes con nivel alto de BS.

		Rango < 2.6			Rango =>2.6		
		<i>Núcleo Central</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Primera Periferia</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>
<i>f</i> >= 2.62	Violencia		7	1.9	Tierra	3	3.3
	Muerte		4	2.2			
	Víctimas		3	2			
	Desplazamiento		3	2.3			

	<i>Zona de Contraste</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Segunda Periferia</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>
<i>f</i> < 2.62	Política	2	1	Pobreza	2	3.5
	Desplazados	2	2	Guerrilla	2	3.5
	Territorio	2	2	Narcotráfico	2	5
	Guerra	2	2	Justicia	2	3.5
				Victimarios	2	3
				Dolor	2	3.5
				Armas	2	3

Estos resultados muestran, que la RS del CAC del grupo de personas que goza de un alto nivel de BS, se estructura de la siguiente manera: por un lado, el *núcleo central*, integrado por las palabras, *violencia, muerte, víctimas y desplazamiento*. De esta manera, se puede decir que el sentido que tiene el núcleo central de la RS del CAC de este segmento de la muestra es similar al de la RS general.

La *primera periferia* (cuadro superior derecho) la compone la palabra *tierra*, asociación que refuerza el sentido del núcleo central en tanto puede indicar que el CAC se fundamenta en la problemática sobre la tenencia y propiedad de la tierra con base en los intereses que tienen los diferentes actores legales e ilegales (no solamente armados) del conflicto sobre ellas. La *zona de contraste* (cuadro inferior izquierdo) integrada por

asociaciones como *política, guerra, desplazados y territorio*. Aunque esta zona periférica no muestra las mismas palabras que la RS del CAC de la muestra total (en esta zona), se podría decir que el sentido de las mismas si se relacionan con ella, dado que tanto la esfera política, como la dinámica de la guerra en Colombia han sido factores que han intensificado e incrementado la cantidad de desplazados en algunas regiones del país, llegando a los 8 millones de personas que fueron desarraigadas de su territorio (CNMH, 2015).

6.4.2.2 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel medio de bienestar social

Los datos suministrados por el grupo integrado por personas que gozan de nivel medio de BS, se analizaron teniendo en cuenta las frecuencias mínimas ($f = 2$) e intermedia ($f = 4.07$) y el rango promedio de asociación de 2.81 ofrecido por el software Iramuteq, como puede observarse en la siguiente Tabla.

Tabla 12

Frecuencia intermedia y rango promedio de las asociaciones de los participantes con nivel medio de BS

Rango < 2.81				Rango =>2.81		
	<i>Núcleo Central</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Primera Periferia</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>
<i>f</i> ≥ 4.07	Violencia	13	1.7	Poder	5	4
	Guerra	7	2.7			
	Política	6	2.5			
	<i>Zona de Contraste</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Segunda Periferia</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>
<i>f</i> < 4.07	Muerte	3	2.7	Desplazamiento	4	3.8
	Injusticia	3	2.3	Armas	4	3
	Narcotráfico	2	2.5	Polarización	2	4.5
				Dinero	2	3
				Economía	2	3.5
				Corrupción	2	4
			Víctimas	2	3.5	

Teniendo en cuenta los resultados de la Tabla 12, las personas con un nivel medio de BS, configurarían su RS del CAC a partir de la siguiente estructura: el *núcleo central* con las palabras *violencia*, *guerra* y *política*. En la *primera periferia* (cuadro superior derecho) se encuentra la palabra *poder* y la *zona de contraste* (cuadro inferior

izquierdo) integrada por: *muerte, injusticia, narcotráfico*. De esta manera, se encuentra una relación estrecha con la RS del CAC que tiene el segmento de la muestra con nivel medio de BP, en tanto cada una de sus partes son idénticas.

6.4.2.3 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel bajo de bienestar social.

Como se muestra en la Tabla 13, la estructura de la RS para el grupo conformado por personas que gozan de un nivel bajo de BS, se analizó teniendo en cuenta los datos ofrecidos por el Iramuteq, a saber, las frecuencias mínimas ($f = 2$) e intermedia ($f = 3$) y el rango promedio de asociación de 2.63.

Tabla 13

Frecuencia intermedia y rango promedio de las asociaciones de los participantes con nivel bajo de BS.

		Rango < 2.63			Rango =>2.63		
		<i>Núcleo Central</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Primera Periferia</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>
<i>f</i> ≥ 3	Violencia		7	2.2	Corrupción	4	3
	Desplazamiento		3	1.5	Polarización	3	3.3

<i>Zona de Contraste</i>			<i>Segunda Periferia</i>			
	<i>f</i>	<i>Rango</i>		<i>f</i>	<i>Rango</i>	
<i>f</i> < 3	Guerra	2	1.5	Política	2	4
				Desigualdad	2	3
				Injusticia	2	3
				Armas	2	3.5

De acuerdo con estos datos, la estructura de las RS del CAC según las asociaciones de los participantes de este estudio con nivel bajo de BS, el *núcleo central* (cuadro superior izquierdo) está conformado solamente por dos palabras, a saber, *violencia* y *desplazamiento*, las cuáles mantienen el sentido de la RS del CAC que tienen las personas con alto nivel de BS, puesto que refuerza la idea del uso de diferentes tipos de *violencia* como estrategia empleada de manera indiferenciada por parte de los diferentes actores armados para controlar los territorios estratégicos, expulsando la población de sus territorios, generando así, un *desplazamiento* masivo desde las zonas rurales hacia las zonas urbanas en la mayor parte de los casos (Villa, 2006).

La *primera periferia* comprende asociaciones como *corrupción* y *polarización*, palabras que no habían sido relevantes anteriormente para ningún subgrupo; de las cuáles puede inferirse, en primer lugar, que *la corrupción* ha sido un factor de fuerte incidencia en el proceso y desarrollo del CAC dado que se ha venido formando desde la creación de las instituciones del Estado y su continúa práctica genera en la sociedad

incertidumbre acerca de un futuro atrasado, inequitativo, con polución moral y administrativa (Correa, 2017). En segundo lugar, *la polarización* podría estar referida a las lógicas de coyuntura política y deshumanizante propias que han configurado el CAC, que han dado paso a construcciones históricas sobre el “otro diferente”, las cuales han generado una división que va más allá de la esfera de la guerra o la confrontación bélica, y han permeado todas las relaciones sociales al interior de la sociedad colombiana (Velásquez, Barrera y Villa, 2020). En cuanto a la *zona de contraste*, está integrada por la palabra *guerra*, la cual se ubica en el núcleo central en la RS de la muestra general. En efecto, las variaciones observadas en la RS de este subgrupo (tanto del núcleo central como de la zona periférica), pueden relacionarse con la menor cantidad de personas que lo integraron, afectando así, la frecuencia intermedia, cambiando la organización de los cuadrantes de esta RS. Sin embargo, conserva el mismo sentido de la RS general.

6.4.3 Las representaciones sociales del conflicto armado colombiano según los niveles de percepción del clima emocional

6.4.3.1 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel alto en el clima emocional negativo

En cuanto a la estructura de las RS sobre el CAC que tiene el grupo de personas con una percepción de CE negativo alta, como se muestra en la Tabla 14, se organizó

teniendo en cuenta la sugerencia del Iramuteq con respecto a la frecuencia mínima ($f = 2$), la frecuencia intermedia ($f = 4.69$) y rango promedio de asociación de 2.92.

Tabla 14

Frecuencia intermedia y rango promedio de las asociaciones de los participantes con percepción de CE negativo alto

Rango < 2.92				Rango =>2.92		
	<i>Núcleo Central</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Primera Periferia</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>
$f \geq 4.69$	Violencia	27	2.3	Injusticia	9	3.2
	Muerte	10	2	Armas	6	3
	Guerra	7	1.7	Política	6	3.8
	Víctimas	6	2.7			
	Desplazamiento	5	2.2			
<i>Zona de Contraste</i>				<i>Segunda Periferia</i>		
		<i>f</i>	<i>Rango</i>		<i>f</i>	<i>Rango</i>
$f < 4.69$	Sangre	3	1.7	Poder	4	4.2
	Territorio	3	1.7	Desigualdad	4	3.5
	Inequidad	2	1	Memoria	4	3.8

Dolor	4	3.2
Corrupción	4	3.5
Tierra	4	3.8
Pobreza	3	3.3
Estado	3	3
Narcotráfico	3	4.7
Despojo	3	3.3
Territorios	2	3.5
Tristeza	2	4
Polarización	2	3
Ideales	2	4.5
Derechos Humanos	2	4
Campeños	2	4.5
Reparación	2	4.5
Proceso de Paz	2	4

La Tabla 14, indica la configuración de la RS del CAC que tienen los sujetos con CE negativo alto. En efecto, el *núcleo central*, está integrado por las asociaciones

violencia, muerte, guerra, víctimas, y desplazamiento, manteniendo el mismo sentido que la RS general.

En cuanto a la *primera periferia* (cuadro superior derecho), las palabras que la integran son *injusticia, armas y política*, las cuales mantienen el sentido del núcleo central, incluyendo el aspecto institucional representada por medio de la esfera política (que no se incluye en el núcleo central de la RS general). La *zona de contraste* (cuadro inferior izquierdo), contiene las asociaciones *sangre, territorio e inequidad*, de las que se podría inferir, son las consecuencias directas generadas por los diferentes actores armados del CAC, donde el territorio es uno de los factores principales de disputa (GMH, 2013).

6.4.3.2 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel medio en el clima emocional negativo

Para el grupo de personas con una percepción de CE negativo medio, como se muestra en la Tabla 15, la estructura de la RS se analizó teniendo en cuenta las frecuencias mínima ($f = 2$) e intermedia ($f = 4.88$) sugeridas por el Iramuteq y rango promedio de asociación de 2.61.

Tabla 15

Frecuencia intermedia y rango promedio de las asociaciones de los participantes con percepción de CE negativo medio.

Rango < 2.61				Rango =>2.61		
	<i>Núcleo Central</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Primera Periferia</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>
$f \geq$ 4.88	Violencia	22	1.5	Desplazamiento	10	2.9
	Guerra	13	2.4	Política	7	3
	Víctimas	8	2.5			
	Armas	8	2.6			
	Muerte	7	2			
	<i>Zona de Contraste</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Segunda Periferia</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>
$f <$ 4.88	Desplazados	4	2.2	Pobreza	4	3.2
	Injusticia	3	1.7	Narcotráfico	4	3.2
	Estado	2	2.5	Intereses	3	4.3
	Terror	2	2	Poder	3	3.3
				Dolor	3	4
				Paz	3	3.3
				Miedo	2	4
				Victimarios	2	3.5
				Masacre	2	3

Grupos Armados	2	4
Dinero	2	3
Economía	2	3.5
Problemática	2	3.5
Sociedad	2	3.5

La estructura de la RS del CAC de los sujetos que manifiestan un nivel medio de percepción del CE negativo, sería la siguiente: el *núcleo central*, lo componen palabras como *violencia, guerra, víctimas, armas y muerte*. Estos resultados son similares a los de la representación general, manteniendo de esta manera su sentido. Sin embargo, para este segmento de la muestra, se observa la integración de la palabra *armas*. De esta evocación se podría inferir, que son elementos considerados importantes para la configuración del CAC, en tanto son los medios utilizados por los diferentes actores dentro del conflicto para mantener a su favor las relaciones y estructuras de poder en los territorios (GMH, 2013).

En el cuadro superior (costado derecho), se encuentra la *primera periferia* integrada por las palabras *desplazamiento* y *política*, asociaciones que no se ubicaron en esta zona de la RS general, pero manifiestan una de las modalidades de violencia desarrolladas durante el proceso del CAC como el *desplazamiento*, así como su relación estrecha con la institucionalidad colombiana, en este caso representada por la esfera *política*. En cuanto a la *zona de contraste* (cuadro inferior izquierdo), están ubicadas las

palabras *desplazados*, *injusticia* y *Estado*, asociaciones diferentes a las que se ubican en esta zona al considerar la muestra total, sin embargo, refuerzan y mantienen el sentido del núcleo central. Además, en esta zona se incluye la palabra *terror*, que podría leerse como una noción que ha sido instrumentalizada por diferentes instituciones, grupos o personas tanto del ámbito público como privado, legales e ilegales, con el fin de quebrantar la resistencia y voluntad de la población para la construcción de su autoridad y poder (Lair, 1999).

De esta manera, los elementos periféricos de esta representación en su conjunto, se relacionan con el núcleo central y la RS general, en tanto refuerzan su sentido, manifestando las diferentes modalidades y mecanismos de violencia que se han suscitado durante el desarrollo del CAC, las consecuencias e impactos que han ejercido en la población y el ejercicio no efectivo por parte de la institucionalidad en Colombia para su mitigación.

6.4.3.3 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel bajo en el clima emocional negativo

Para analizar la estructura de la RS para el grupo de personas con una percepción de CE negativo bajo, se analizó a partir de las frecuencias mínima ($f = 2$) e intermedia ($f = 3.15$) sugeridas por el Iramuteq y el rango promedio de asociación de 2.66, tal como se observa en la siguiente Tabla.

Tabla 16

Frecuencia intermedia y rango promedio de las asociaciones de los participantes con percepción de CE negativo bajo.

Rango < 2.66				Rango =>2.66		
	<i>Núcleo Central</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Primera Periferia</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>
<i>f</i> ≥ 3.15	Violencia	9	1.6	Armas	4	3.5
	Desplazamiento	4	2.2			
	Guerra	4	1.8			
	<i>Zona de Contraste</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Segunda Periferia</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>
<i>f</i> < 3.15	Desigualdad	3	2.3	Injusticia	3	4
	Pobreza	2	2.5	Guerrilla	2	5
	Territorio	2	2	Muerte	2	4
				Justicia	2	3.5
				Tierra	2	3
			Víctimas	2	3	

La RS del CAC de los sujetos que manifiestan un CE negativo con nivel bajo, según estos datos, configura su *núcleo central* a partir de las palabras *violencia*, *desplazamiento* y *guerra*, asociaciones que son similares a las que se ubican en esa misma zona en la estructura de la RS de la muestra total y, por lo tanto, mantienen su sentido.

La *primera periferia* (cuadro superior derecho) está integrada por la palabra *armas*, al igual que la RS general. Por su parte, la *zona de contraste* (cuadro inferior izquierdo) contiene las palabras *desigualdad*, *pobreza* y *territorio*, las cuáles se incluyen en esta zona para la RS de la muestra total, sin embargo, mantienen la relación y el sentido del núcleo central de este segmento de la muestra, dado que se puede inferir, que son las consecuencias más visibles dejadas por el CAC para gran parte de la sociedad durante su proceso histórico en la lucha por el territorio y su productividad (CNMH, 2015; Molano, 2015).

6.4.3.4 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel medio en el clima emocional positivo.

La estructura de las RS sobre el CAC del grupo de personas con percepción de clima emocional positivo medio (Tabla 17), se analizó a partir de las frecuencias mínima ($f = 2$), e intermedia sugeridas por el Iramuteq ($f = 3.75$) y el rango promedio de asociación de 2.83.

Tabla 17

Frecuencia intermedia y rango promedio de las asociaciones de los participantes con percepción de CE positivo medio.

Rango < 2.83				Rango =>2.83		
	<i>Núcleo Central</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Primera Periferia</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>
	Violencia	12	2.1	Muerte	7	3.1
>=	Guerra	7	1.9	Injusticia	5	3.4
3.75	Desplazamiento	6	2.8			
	Armas	5	2.8			
	<i>Zona de Contraste</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Segunda Periferia</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>
<i>f</i> <	Pobreza	3	2.7	Guerrilla	3	4
3.75	Poder	3	2.3	Economía	3	3
	Política	3	2	Desigualdad	2	4
	Tierra	2	2	Educación	2	3
	Víctimas	2	1.5	Intereses Personales	2	4
	Desplazados	2	2.5	Derechos Humanos	2	4.5
				Paz	2	4.5

Destrucción	2	5
-------------	---	---

Los sujetos que manifiestan un CE positivo medio, según estos datos, han configurado la RS del CAC según la siguiente estructura: el *núcleo central*, a partir de palabras como *violencia, guerra, desplazamiento* y *armas*, asociaciones que conservan el sentido de la RS de la muestra total. Aunque soslayan las asociaciones *víctimas* y *muerte*, ubicándose esta última, en la *primera periferia* (cuadro superior derecho), junto a la palabra *injusticia*. Esto podría deberse a que el grupo es considerablemente más reducido, afectando la frecuencia intermedia en la que se basa la organización de los cuadrantes de la representación.

En cuanto al cuadro inferior izquierdo, donde se ubica la *zona de contraste*, se encontraron asociaciones como *pobreza, víctimas* y *desplazados*, también asociados al núcleo central en tanto representan algunas de las consecuencias del CAC. Además, las palabras *poder, política, tierra*, podrían relacionarse con los factores asociados al CAC en tanto la lucha por el *poder* y la tenencia de la *tierra* por parte de los diferentes actores armados, tiene sus raíces en la indiferencia *política* en la que se han visto inmersos los diferentes proyectos comunitarios y asociativos en búsqueda de ofrecer soluciones alternativas al conflicto (Estrada, 2015; Molano, 2015).

6.4.3.5 La representación social del CAC en los sujetos con un nivel bajo en el clima emocional positivo

Los sujetos con una percepción de CE positivo bajo, manifiestan la estructura de las RS sobre el CAC a partir de los datos que muestra la Tabla 18. En efecto, el análisis se realiza con las sugerencias del software Iramuteq, a partir de las frecuencias mínima ($f = 2$) e intermedia ($f = 5.38$) y el rango promedio de asociación 2.87.

Tabla 18

Frecuencia intermedia y rango promedio de las asociaciones de los participantes con percepción de CE positivo bajo.

Rango < 2.87			Rango \Rightarrow 2.87		
<i>Núcleo Central</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Primera Periferia</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>
Violencia	46	1.8	Armas	13	3
Guerra	17	2.2	Política	11	3.5
Víctimas	14	2.8	Injusticia	10	2.9
Desplazamiento	13	2.5	Dolor	7	3.7
Muerte	12	1.7	Desigualdad	6	3
			Pobreza	6	3.3
			Narcotráfico	6	4

	<i>Zona de Contraste</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>	<i>Segunda Periferia</i>	<i>f</i>	<i>Rango</i>
	Estado	5	2.8	Poder	5	4.4
	Despojo	4	2.8	Corrupción	5	3.8
	Sangre	3	1.7	Memoria	4	3.8
	Territorio	3	1.3	Tierra	4	4.2
	Desplazados	3	2	Polarización	3	3.7
	Inequidad	2	1	Intereses	3	4.3
	Falsos Positivos	2	2.5	Tristeza	3	3.7
<i>f</i> <	FARC	2	2.5	Sufrimiento	3	3
5.38	Rural	2	2.5	Campeños	3	4.3
				Paramilitarismo	3	3.7
				Grupos Armados	3	3.7
				Nación	2	3.5
				Miedo	2	4
				Territorios	2	3.5
				Victimarios	2	4.5
				Masacre	2	4

Odio	2	5
Campo	2	3
Ideales	2	4.5
Inseguridad	2	4.5
Insurgencia	2	5
Reparación	2	4.5
Paz	2	3
Enfrentamiento	2	3
Proceso de Paz	2	4
Problemática	2	3.5
Uribe	2	3.5

La configuración de la RS del CAC de los sujetos que manifiestan un CE positivo bajo, teniendo en cuenta los datos de la Tabla 18, es la siguiente: el *núcleo central*, está integrado por asociaciones como *violencia, guerra, víctimas, desplazamiento y muerte*, indicando una relación estrecha con la RS general en tanto lo integran las mismas palabras.

La *primera periferia* (cuadro superior derecho), está integrada por las palabras *armas, política, injusticia, dolor, desigualdad y pobreza*, asociaciones similares a las

ubicadas en esta zona para el subgrupo de BP alto. Además, se integra la palabra *narcotráfico*, trayendo a colación uno de los factores de mayor incidencia para la reconfiguración del CAC contemporáneo (Duncan, 2015; Estrada, 2015; Ferry, 2012; Molano, 2015). La *zona de contraste* (cuadro inferior izquierdo), la integran palabras como *Estado, despojo, sangre, territorio, desplazados, inequidad, falsos positivos y FARC*, que al igual que la primera periferia, contiene asociaciones idénticas a las del subgrupo de BP alto. Se suma en esta zona, la palabra *rural*, la cual en el marco del CAC se podría analizar de dos maneras: la primera, en tanto evoca que, al menos la cuarta parte de la población colombiana se ubica en la zona rural, por esta razón, se genera una búsqueda continua por parte de la sociedad, de elementos políticos, sociales, económicos y culturales, que permitan el desarrollo equitativo y equilibrado de este sector. En segundo lugar, podría relacionarse con que la dinámica del conflicto se ha desarrollado en mayor medida en el área rural del país, donde la temática de la disputa por el poder alrededor de la tenencia y uso de la tierra ha sido protagonista, convirtiendo de esta manera, el desarrollo rural en una de las problemáticas más profundas y actuales en el país (GMH, 2013). De esta manera, la zona periférica de la RS para este subgrupo, mantiene el sentido de la RS general.

CAPÍTULO 7

DISCUSIÓN, CONCLUSIONES Y COMENTARIOS FINALES

7.1. El conflicto armado colombiano como representación social

De acuerdo con los resultados obtenidos, la RS del CAC de los participantes se estructura en torno a un núcleo central compuesto por: *violencia, desplazamiento, guerra, muerte y víctimas*. Además, en las otras zonas de la RS: primera periferia integrada por *injusticia y armas* y la zona de contraste con *despojo*, se consideraría, son asociaciones que tuvieron sentidos similares a los del núcleo central.

Según estos hallazgos, los participantes pensarían el CAC como una confrontación estrictamente violenta, en tanto éste se ha mostrado en su forma más radical, por medio de la *violencia* y la *guerra*. Podría pensarse que esto se relacionaría con lo que Galtung (2004) denomina “violencia directa”, que es desatada por el fracaso en la transformación de un conflicto y se hace visible a través del comportamiento humano (físico o verbal), ocasionando daños materiales y somáticos a todo el conjunto de la sociedad. De igual manera, la *guerra* es concebida como la manifestación colectiva de esta violencia (con la participación de dos o más agentes) que, al generar acciones más directas y visibles, pueden observarse con mayor facilidad dentro del conflicto (Hueso, 2000).

Esto es coherente con los estudios previos sobre RS del CAC realizados en diversas zonas del país y con diferentes grupos etarios, como el desarrollado por Parra

(2010) con niños y niñas de escuelas privadas de la ciudad de Santa Marta, los cuáles indicaron que perciben el CAC como *violento*, con mucha *guerra y conflictos*. Por su parte, Olaya (2015) con un grupo de jóvenes que integran una universidad de Bogotá, se representan el CAC como la consecuencia de diferentes problemáticas sociales en el país, lo cual ha generado diversas manifestaciones de *violencia* por parte de los diferentes actores del conflicto. Por último, las investigaciones de Martínez (2016), a partir de un estudio dirigido a adultos de la comunidad Indígena Sikuaní de Puerto Gaitán, ubicado en el departamento del Meta, encontraron como uno de los elementos constitutivos de la RS del CAC a la *violencia*, la cual, es leída como una de las causas del conflicto armado; y la de Castro, Maestre y Otero (2010), también realizada con adultos, en esta ocasión, en condición de desplazados ubicados en el Municipio de Fundación, Magdalena – Colombia, mostró que el CAC es definido como una situación de *violencia*.

Los participantes del presente estudio también piensan el CAC desde las diferentes modalidades de violencia que han ejercido los actores dentro del conflicto, destacándose el *desplazamiento*. Ello podría estar relacionado con que la población en situación de desplazamiento forzado, también es muy visible para los colombianos por su presencia continua en las calles, esquinas y semáforos de las ciudades del país (UNCHCR/ACNUR, 2008). En efecto, esta problemática al haber sido perpetrada en al menos el 99% de los municipios de Colombia, el Estado, decidió concebirlo como un delito de lesa humanidad (CNMH, 2015). El exceso de violencia generado por el conflicto, las amenazas y las retaliaciones de los actores armados, han sido una de las causas de este desplazamiento forzado (Giraldo, 2009; Molano, 2005b; Ruíz, 2009).

Además, esta modalidad de violencia también está ligada a los intereses de grandes propietarios territoriales, a la tenencia de la tierra (Ruíz, 2009), en los que priman intereses políticos y económicos tanto ilegales como legales sobre los territorios. En el primer caso, se encuentra el narcotráfico y sus corredores geoestratégicos y la minería ilegal (Giraldo, 2009; Molano, 2005a; 2005b). En el segundo caso, están las inversiones en megaproyectos agroindustriales, de ganadería extensiva y minero-energéticos (CNMH, 2015; GMH, 2013; Hernández, 2018; Molano, 2005b; Zubiría, 2015). Esto quiere decir, que las zonas de mayor expulsión poblacional son las que tienen mayores recursos naturales y la tierra presenta más fertilidad (Ruíz, 2009). En este sentido, los elementos causales del desplazamiento forzado, tiene una connotación particular que cualquier otro tipo de movimiento poblacional, porque implica el acto no voluntario del desplazamiento, donde cada movimiento conlleva a cambios drásticos y transformaciones en las condiciones de vida de la población implicada (Ruíz, 2009). Los efectos del desplazamiento forzado impactan en las comunidades, en las personas y en los territorios dejados atrás y los que luego se van a ocupar. Es importante recordar que la mayor parte de la población que sufre este flagelo proviene de las zonas rurales del país, para desplazarse a los territorios urbanos (cabeceras municipales o grandes ciudades) más cercanos y ubicarse, en mayor medida, en sus zonas periféricas, sectores marginales que suelen convertirse en cinturones de miseria, posiblemente porque la oferta de servicios en las ciudades es cada vez más limitada para el número de pobladores que la integran (Ruíz, 2009). Este contexto da al desplazamiento forzado dos aspectos relevantes y evidentes tanto a nivel nacional como a nivel mundial. Por un lado, para finales de 2019, Colombia seguía registrando el mayor número de

desplazados internos a nivel global, llegando a casi los ocho millones de personas, superando a Siria y a la República Democrática del Congo (UNHCR/ACNUR, 2019). Por otro lado, también se encuentra en el primer lugar como el país con el peor reparto de tierra de las Américas, porque las fincas de más de 500 hectáreas (es decir el 0.4% del total de las explotaciones) concentran el 67.6% de la tierra productiva, ello implica una mayor vulnerabilidad de los hogares campesinos dado que ocupan tan solo el 4% del territorio nacional, una fracción marginal (OXFAM, 2017). Por este contexto y todos los factores asociados, el desplazamiento es considerado un fenómeno de fuerte impacto para la población colombiana, así como de alta notoriedad tanto a nivel nacional, como internacional. De manera consecuente, algunos estudios precedentes sobre las RS del CAC, también dirigidos a diferentes rangos etarios de la población colombiana muestran que en el discurso de los adolescentes entre los 13 y 17 años de edad se enuncia el *desplazamiento* como una situación constante y visible en el CAC (Bravo y Arce, 2019). Asimismo, el estudio realizado por Martínez (2016) con adultos indígenas Sikuani, relacionó el *desplazamiento* como una de las consecuencias con mayor relación con CAC.

Además, los sujetos que participaron en este estudio, también piensan el CAC a partir de las consecuencias y el grave impacto que ha dejado a su paso en la sociedad civil, en este caso, la *muerte* y las *víctimas*. Esto también podría estar relacionado con el concepto de “violencia directa” de Galtung (2004), -como se analizó anteriormente-, dado que ésta se evidencia también en el acto directo de dar muerte. Para el caso colombiano, la *muerte* ha sido uno de los daños más visibles en el proceso del conflicto dada la magnitud de las cifras; se registran al menos 267.565 víctimas fatales CNMH

(13 de noviembre de 2021). Sin embargo, su incidencia e impacto en la sociedad colombiana podría deberse al hecho de que la violencia y sus modalidades en el marco del conflicto, se han ejercido en mayor medida sobre la población civil. Según los datos, fueron 46.813 muertes de combatientes y 215.005 muertes de civiles, es decir, por cada combatiente muerto, murieron cuatro civiles (GMH, 2013). Del mismo modo, la muerte en el CAC va más allá de las cifras, también denota, a partir de diversas investigaciones (CNMH, 2015; Ferry, 2012; Giraldo, 2009; GMH, 2013; Ruta Pacífica, 2013a; 2013b) que muchos de estos actos fueron atroces, aplicados con sevicia y con diferentes niveles de intensidad por parte de los actores del conflicto para llevar a término sus estrategias de guerra (GMH, 2013). No obstante, la muerte no es la única condición para que la legislación colombiana considere a un determinado individuo o grupo social como víctimas. La Ley 1448 de 2011 (Congreso de la República, 2011), dicta medidas de atención, asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno, y considera víctimas a toda persona o grupo con parentesco en primer o segundo grado de consanguinidad, que hayan sufrido daño como consecuencia de este conflicto. En este sentido, las *víctimas* del CAC son los miles de muertos, secuestrados, violentados sexualmente, reclutados de manera ilícita, lisiados, desaparecidos, despojadas de sus tierras, pertenencias y de persecución y distintas formas de violencia (GMH, 2013). Según el RUV (13 de noviembre de 2021), en la actualidad, son víctimas sujetas de atención más de 7.403.543 personas en el país. Estos hallazgos siguen la línea de los estudios previos, puesto que también son consideradas y reconocidas como víctimas del conflicto los integrantes de la sociedad civil, a saber: niños, niñas (Laverde et al., 2016; Rodríguez y Soliz, 2013), campesinos (Chaparro, 2012) e indígenas, que se encuentran

desprovistos de armas y en algunos casos, no se sienten identificados con ninguno de los actores dentro del CAC (Martínez, 2016). Asimismo, para la población adolescente de la institución educativa San Gabriel de Buitrera, ubicada en la comuna 18 en Cali (Bravo y Arce, 2019), la representación del CAC muestra un panorama de *muerte*, situación que desfavorece a la población en general y ponen en riesgo su integridad.

En cuanto a los elementos que integran la zona periférica, los participantes de este estudio han relacionado el CAC con la asociación *despojo*, considerada como otra de las modalidades de violencia, estrechamente relacionada con el desplazamiento forzado y la apropiación de tierras (GMH, 2013). El despojo ha sido empleado en mayor medida por grupos paramilitares y en menor medida por las guerrillas, los cuáles buscaban expropiar los bienes materiales de las personas, es decir, obligar a los campesinos a abandonar sus tierras, recurriendo a mecanismos de violencia y coacción (GMH, 2013). En este sentido, el despojo va más allá de “la privación de un bien económico, el despojo puede estar asociado con dimensiones sociales y simbólicas, afectando tanto a individuos como a comunidades” (CNRR-IEPRI, 2009, p.25). Es decir, se refiere también al despojo del gozo, del disfrute, a la privación de bienes muebles e inmuebles, de espacios comunitarios y sociales, del hábitat, la naturaleza, de los procesos económicos, políticos y culturales (CNRR-IEPRI, 2009). Esto es coherente con estudios precedentes sobre las RS del CAC, también dirigidos a diferentes rangos etarios de la población colombiana pero específicamente a población en situación de desplazamiento de varios lugares del país. Estos muestran, por ejemplo, que niños y niñas entre los seis y 12 años de edad (Laverde et al., 2016), en situación de desplazamiento, asentados en la ciudad de Bogotá, relacionan el CAC con la pérdida de

todo lo cercano a ellos: su hogar, su lugar de origen, sus seres queridos y los espacios de juego que en él reconocían. El estudio realizado por Aguirre, Botina y Botero (2018) con adultos en situación de desplazamiento, relacionan el CAC con la irrupción a sus proyectos de vida en su tierra (ruralidad), y a las nuevas necesidades a los cuáles se han visto abocados, dada la condición social de marginación y exclusión social que enmarca su nueva situación de vida en la ciudad. Por último, Castro, Maestre y Otero (2010) anotan que su muestra de adultos en condición de desplazamiento, considera el conflicto como una lucha por el control del territorio, situaciones que generan desplazamiento forzado, ocasionando la pérdida de sus territorios y bienes, lo que los lleva a asumir un nuevo contexto sin muchas oportunidades y, por lo tanto, generador de desigualdad social. Asimismo, otra de las consecuencias que ponen en manifiesto los participantes de este estudio con relación al CAC en las zonas periféricas de la RS es la *injusticia*. Ésta podría estar relacionada con lo planteado por Galtung (2003), Hopenhayn (1990) y Vinyamata (2004), quienes manifiestan que los conflictos armados se configuran a partir de la invisibilización por parte de los Estados hacia las diferentes reclamaciones que realizan los integrantes de un país, generando ello, la necesidad de buscar otros medios para materializar la justicia, como es el caso de la violencia y las armas. En Colombia, la injusticia en el marco del conflicto, podría comprenderse a partir de la dualidad causa-consecuencia dadas las siguientes razones: por un lado, sería causa del conflicto, en tanto los reclamos por parte de la sociedad acerca de situaciones políticas, sociales, económicas y culturales que no lograban satisfacer sus necesidades y sus derechos, no encontraron un camino de neutralidad y diálogo efectivo para generar soluciones; más bien, obtuvieron respuestas con represión y criminalización, por lo tanto, este camino se

dirigió hacia la radicalización de las ideas, provocando la creación de diversos grupos, que aumentaron y recrudecieron los niveles de violencia en el país (Behar, 2011; Behar y Behar, 2012; Giraldo, 2009; Molano, 2005a, 2005b, 2006a, 2006b; Trejos, 2008; Zubiría, 2015). De igual forma, también la injusticia se podría comprender como consecuencia del CAC, dado los espacios vacíos dejados por los diferentes gobiernos y la justicia colombiana, los cuales dieron cabida a grupos ilegales y más aún, al narcotráfico, que, por medio de las armas, impusieron su sistema de control y de justicia propia (De Roux, 2016; Molano, 2015). En efecto, el aplazamiento a procesos de transformación económica y social; el poco espacio ofrecido para la participación de los diferentes sectores políticos; el incumplimiento a las diferentes reformas agrarias y a los acuerdos entre actores del conflicto; el sistema represivo fomentado por el Estado y sus fuerzas armadas legítimas, se mantienen (Estrada, 2015; Ferry, 2012; Molano, 2015), perpetuando la percepción de injusticia en la sociedad colombiana en general. No obstante, la injusticia con relación a las víctimas directas del conflicto, en particular, tiene sus bases en las precarias respuestas efectivas del sistema judicial colombiano ante los diversos desafíos que plantea el CAC, pues las altas cifras en materia de impunidad con relación a delitos de grave violación a los derechos humanos e infracciones al Derecho Internacional Humanitario, muestran, en materia de eficacia, la precariedad del aparato judicial (GMH, 2013). Los datos suministrados por la Comisión Asesora de Política Criminal son ejemplo de ello, pues menciona que cerca del 95% de los delitos graves como el homicidio, quedan en la impunidad (citado en GMH, 2013). Adicionalmente, la dificultad que tienen las víctimas para acceder a la justicia en los lugares en los que fueron perpetrados los crímenes es compleja, puesto que en varios

casos las instituciones que imparten justicia no llegan a estos territorios, o están en conexión directa con los victimarios o hacen caso omiso a las acusaciones (Ruta Pacífica, 2013a; 2013b; Wilches, 2010). Por último, los procesos de paz y de restablecimiento de la verdad no han generado en la mayor parte de los casos procesos efectivos de reconciliación donde se investigue y se reconozcan a profundidad los hechos perpetrados por los diferentes actores del conflicto (GMH, 2013; Lira, 2010). Algunos estudios previos son coherentes con este planteamiento, en tanto coinciden en que el CAC es representado por algunos jóvenes como una respuesta a las diferentes problemáticas sociales e *injusticias* que el Estado colombiano no ha logrado contrarrestar, propiciando que los grupos subversivos suplan ciertas necesidades de la sociedad (Olaya, 2015). En esta misma línea, se encuentra el estudio realizado con adultos de Boyacá (Chaparro, 2012) los cuales representan el conflicto con la lucha guerrillera en contra de la *injusticia*.

Por último, los sujetos de este estudio, también se ubican en la zona periférica de la RS, los medios utilizados por los diferentes actores del CAC: las *armas*. Esta relación podría entenderse a partir de varios elementos. El primer elemento es el histórico, en tanto la mayor parte de los actores del conflicto (especialmente las guerrillas) se vieron en la necesidad de tomar las armas como respuesta al incumplimiento por parte del gobierno a las demandas sociales, políticas, económicas de la comunidad colombiana, configurando una disputa violenta por el poder (Estrada, 2015; Ferry, 2012; Molano, 2015). Situación que también propició el surgimiento y armamento de los grupos paramilitares (Behar, 2011; Behar y Behar, 2012; Giraldo, 2009). El segundo elemento, tendría que ver con la cantidad de crímenes generados a partir de su uso, puesto que

mantienen los altos niveles de violencia en la actualidad colombiana, es decir, las armas son uno de los mayores contribuyentes a la violencia sistémica de Colombia en el marco del conflicto armado (Aguirre y Restrepo, 2010; Small Arms Survey, 2006); dado que, como lo establece la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, “el conflicto armado colombiano, el narcotráfico y una delincuencia profesional muy especializada, fundamentan su capacidad operativa y su poder en las armas de fuego” (UNODC, 2006. p.8). Confirmando que “la mayoría de los colombianos que mueren víctimas de las armas de fuego no mueren como consecuencia de la violencia indiscriminada. Por el contrario, las armas de fuego están siendo utilizadas para el ejercicio “profesional” de la violencia” (UNODC, 2006. p.9). En este sentido, el uso de las armas de fuego en Colombia no tiene la intención de “herir”, su uso tiene la intención de “matar”, es decir, en el país no se utilizan indiscriminadamente las armas, más bien la alta participación de su uso, se encuentran en delitos como el homicidio y las masacres (UNODC, 2006) relacionadas con el CAC. No obstante, debe aclararse, que también hay otro tipo de modalidades y de armas para ejecutar actos violentos, como las armas cortantes y las contundentes, sin embargo, en el marco del conflicto, no hay una relación específica (UNODC, 2006).

Algunos estudios previos, como el de Rodríguez y Soliz (2013) van en esta línea, donde los niños y niñas consideran normal el uso de las *armas* dado el contexto social en el que desarrollan su cotidianidad. Si bien fueron consideradas como negativas porque son utilizadas para agredir, herir y asesinar personas, no obstante, algunos sujetos las consideraron positivas en tanto ofrecen seguridad. Parra (2010) también muestra que los niños y niñas evocan constantemente en sus dibujos las *armas*,

estableciendo una percepción de malo y peligroso al conflicto armado. Por su parte, los jóvenes entrevistados por Bravo y Arce (2019) consideran las *armas* como instrumentos para agredir, asesinar o herir personas en el marco del conflicto; y Martínez (2016), muestran que uno de los elementos de mayor importancia para los adultos de la comunidad Sikuaní son las *armas* en tanto son medios que dotan a sus portadores de autoridad y poder.

7.2. Representación social del CAC y su relación con el bienestar psicológico, el bienestar social y la percepción del clima emocional

Los hallazgos de la presente investigación permiten observar buenos niveles en lo que hace al BP, indicando que se sienten satisfechos con sus vidas, con interés por desarrollar sus potencialidades individuales, de afrontar sus retos vitales para lograr las metas propuestas y dar sentido a su vida (Blanco y Díaz, 2005). De igual manera, en cuanto al BS, también se percibe un nivel satisfactorio en las puntuaciones, donde los individuos de este estudio consideran que tienen algo que ofrecerle al mundo, se sienten útiles hacia la sociedad, para así desde el fortalecimiento de sus creencias en las propias capacidades, generar acciones que contribuyan al bien común (Keyes y Shapiro, 2004). No obstante, la mayor parte de los participantes se ubicó en el nivel medio de BS, en este sentido, los puntajes de BS muestran un decrecimiento significativo frente a los puntajes de BP, ello implicaría que existe un cambio en cuanto al bienestar, cuando se trata del plano interpersonal y el plano contextual social. Esto también tendría relación

con la dimensión que cuenta con el puntaje más bajo en el BP: las relaciones positivas con otros, mostrando la dificultad para mantener relaciones cálidas con los demás, donde exista confianza hacia los otros y se observe empatía hacia otras personas (Blanco y Díaz, 2005). Asimismo, la dimensión que menor puntaje obtuvo en cuanto al BS, fue la aceptación social, lo que podría indicar que existe poca confianza, escasas actitudes positivas y atribuciones de amabilidad y honestidad hacia los demás (Keyes y Shapiro, 2004). Estos niveles satisfactorios en cuanto a los criterios sociales y psicológicos de bienestar, podrían también relacionarse con las características de la muestra, dado que estos jóvenes, cuentan con la posibilidad de estudiar en la universidad y vivir en la ciudad. Esto es coherente con lo analizado por Keyes, Ryff y Shmotkin (2002), cuando plantean que el acceso diferencial a los recursos y las oportunidades en la vida, en combinación con la edad adulta temprana -que representa la energía y la promesa de la juventud- es especialmente conducente a un desafío próspero, influyendo en la salud y el bienestar. Esto también es coherente con los resultados que mostró la Encuesta Nacional de Salud Mental en Colombia (ENSM) realizada por el Ministerio de Salud colombiano y Colciencias en el año 2015 (MinSalud y Colciencias, 2015), donde uno de sus hallazgos expuso, que la autovaloración de la salud mental fue muy positiva para todos los grupos de edad, donde específicamente para las personas entre los 18 y 45 años, valoraron su salud mental con una calificación de excelente, e incrementó su porcentaje cuando los integrantes de dicho estudio, tenían mayor grado de escolaridad. Sin embargo -y en coherencia con los resultados del presente estudio-la encuesta también manifiesta que, en cuanto a las relaciones con los demás y el entorno, hay una fuente de satisfacción

importante para la mayor parte de los encuestados especialmente en las interacciones con su círculo social más próximo (familia, pareja, amigos, compañeros de estudio). Aun así, en cuanto a la interacción con los vecinos, observaron una fuente restringida de satisfacción. Además, las personas de la ciudad de Bogotá presentaron los porcentajes más bajos con respecto al agrado hacia las relaciones con otros, fuera de sus círculos sociales cercanos (MinSalud y Colciencias, 2015).

Esto se relaciona con los hallazgos presentados en este estudio acerca de la RS del CAC con relación a la variable de BP y sus subgrupos (medio y alto niveles), así como al BS y sus subgrupos (bajo, medio y alto niveles), mostrando que: los subgrupos con nivel medio de BP y BS muestran una RS del CAC idénticas tanto en el núcleo central (*violencia, guerra y política*), como en su zona periférica (primera periferia: *poder*; zona de contraste: *muerte, injusticia y narcotráfico*). Esto podría significar que, a diferencia de la RS general, para estos dos subgrupos, el CAC no se relacionaría con las diferentes modalidades de violencia como el desplazamiento y tampoco con las víctimas, más bien, el CAC se estaría refiriendo a los procesos y responsabilidades institucionales, al asociarlo con la palabra *política*. En esta misma línea, y aunque el subgrupo con alto nivel de BP no tiene diferencias considerables en los significados asociados al núcleo central de la RS general, en sus zonas periféricas sí presentan una variabilidad mayor de palabras, las cuales incluyen las palabras *política* y *Estado*, implicando ello que los participantes con nivel alto de BP, también podrían pensar el CAC desde los procesos institucionales. En efecto, esto se relacionaría posiblemente con lo que Ríos, Bula y Brocate (2011) argumentan en cuanto a que, al Estado y su institucionalidad, se les atribuye la obligación de resguardar y garantizar los derechos de

sus ciudadanos. En este sentido, las orientaciones políticas y las instituciones del Estado colombiano, han hecho esfuerzos para enfrentar el conflicto armado, sin embargo, sus acciones han respondido a ciertos aspectos que tienen que ver con la seguridad y el fortalecimiento militar. A pesar de este refuerzo militar constante, no se ha logrado responder eficazmente frente a situaciones como el control territorial con relación a los grupos armados ilegales y el narcotráfico, al rearme de disidentes paramilitares y guerrillas, violaciones a los DD.HH. y al desplazamiento forzado y despojo de tierras (Ríos, Bula y Brocate, 2011). Las consecuencias del enfoque militarista en el ejercicio del poder en Colombia, ha sido dejar o aplazar constantemente las acciones dirigidas a restaurar la justicia social, el fortalecimiento de la sociedad civil, las relaciones intergrupales de tipo cooperativo y el reconocimiento del valor que tienen los DD.HH. Es decir, se han dejado de lado las necesidades urgentes y necesarias de la nación, incluida la subsanación de la histórica deuda que tiene la nación con las zonas más alejadas del centro del país en cuanto a la presencia institucional y su quehacer en los territorios; acciones que son imprescindibles a la hora de “plantear un escenario futuro, viable y sostenible, de superación de la violencia” (Ríos, Bula y Brocate, 2011. p 11). De igual manera, los participantes con alto nivel de BP también mencionan las palabras *pobreza*, *desigualdad*, e *inequidad*, las cuáles podrían estar relacionadas con el esquema estructural desarrollado por la institucionalidad colombiana, dado que éste profundiza la situación de *pobreza* en la sociedad colombiana. En este sentido, Zavaleta (2007), plantea que las situaciones estructurales del país agudizan no solo la escasez de recursos materiales, sino la frecuente experimentación de sentimientos de vergüenza y humillación, los cuáles traen consecuencias severas en la salud emocional y física de las

personas. De igual manera sucede con la *desigualdad*, porque algunos estudios (Sánchez-Rodríguez, Willis y Rodríguez-Bailón, 2017) sugieren que ésta se asocia con desconfianza generalizada por parte de los individuos hacia los demás, también suelen generar menos participación en actividades sociales y las personas tienden a mostrarse menos agradables con los otros. En este marco, la vulneración constante a los DD.HH. tiene efectos en la población colombiana y como lo menciona la ENSM, el respeto a los derechos humanos es trascendente para la salud mental de los individuos y ello está directamente vinculado con la percepción de justicia (MinSalud y Colciencias, 2015). Por su parte, la representación de los subgrupos con niveles medios de BP y BS en su zona periférica está integrada por factores asociados al CAC, como el *poder* y el *narcotráfico*, lo que podría indicar que su RS del CAC también estaría relacionada con los factores que inciden en su generación y perpetuación. Estas asociaciones son interesantes en la medida que son unos de los más relevantes en la configuración del CAC y han estado estrechamente relacionados, al menos en su proceso contemporáneo (Duncan, 2015; Pecaut, 2015). En efecto, históricamente la lucha por el *poder* político ha incentivado y reconfigurado el CAC (Duncan, 2015; Pecaut, 2015), forjado en principio por los partidos políticos tradicionales, los cuales incentivaron la conformación en los años 60 de los grupos guerrilleros para defenderse de la persecución estatal y posteriormente con el objetivo de obtener el *poder*. Posteriormente, para contrarrestar esta insurrección, se impulsó la creación de grupos de autodefensas, después conocidos como AUC, paramilitares, etc. (Molano, 2015; Zubiría, 2015). Por otro lado, el *narcotráfico* ha sido otro de los factores que ha contribuido en la permanencia y persistencia del CAC (Pecaut, 2015) determinando su

camino, dado que, se convirtió en una fuente indiscutible de recursos tanto de paramilitares, movimientos guerrilleros, como de otros grupos de crimen organizado (Duncan, 2015). Se configuran entonces nuevas relaciones entre los diferentes grupos poblacionales, incluidas las *élites* políticas tradicionales y las nuevas elites locales con el fin de acceder al *poder*, porque estas últimas dejaron de depender de los recursos económicos de las primeras, propiciando que varios grupos alzados en armas, como por ejemplo los grupos paramilitares, con el apoyo del narcotráfico, buscaron el control del *poder* político local y el acceso al Congreso de la República, dando como resultado el proceso conocido como la *parapolítica* (Pecaut, 2015).

Por su parte, el subgrupo con alto nivel de BS manifiesta en su núcleo central tiene sentidos similares a los de la RS general, aunque soslaya la asociación *guerra*, ubicándola en la zona de contraste de la periferia, al igual que la asociación *política*. En esta misma línea se encuentra el subgrupo con nivel bajo de BS, dado que en su zona de contraste también se encuentra la asociación *guerra*. En cuanto al núcleo central de este último subgrupo, está integrado por dos asociaciones: *violencia* y *desplazamiento*, lo que podría indicar que el CAC lo piensan como un enfrentamiento violento, que se ha configurado a partir de diferentes modalidades de violencia como el desplazamiento. Esta variación en la RS de estos subgrupos podría estar relacionado con que un número inferior de personas los integraron, afectando la frecuencia intermedia, situación que cambia la organización de los cuadrantes de esta RS. Es importante tener en cuenta que la primera periferia de las personas con alto BS cuenta con la asociación *tierra*, lo cual podría implicar que este subgrupo también asocia el CAC con una de las problemáticas más significativas como lo es la tenencia de tierras. Esto es coherente con lo planteado

por Molano (2005b), el GMH (2013) y el CNMH (2015) cuando manifiestan que la tierra ha sido uno de los principales factores e intereses de disputa en el conflicto, puesto que circunscribe un problema agrario persistente en la historia y contemporaneidad del CAC en cuanto al difícil acceso a la tierra por parte de los pequeños propietarios, o de campesinos, indígenas, afrodescendientes, comunidades Rrom, etc. Esto quiere decir, que la disputa por la tierra se ha generado para beneficiar a grandes propietarios, empresas multinacionales, plantación de cultivos ilícitos y generación de corredores para el tráfico de drogas. En efecto, esta problemática, ha incidido en cambios que han afectado a todo el país en tanto ha generado diferentes modalidades de violencia como el desplazamiento forzado, el despojo, entre otras. Asimismo, la zona de contraste de este subgrupo de BS alto refuerza esta idea, en tanto el *territorio* es asociado al CAC, esto podría relacionarse con lo que Zimmerman (s.f.) muestra en el concepto de territorio en el marco del IDH para los pueblos, dado que es definido como el espacio donde se manifiesta la vida cultural de las diferentes comunidades y su constante reproducción. Esto implicaría que los procesos de disputa por la tierra han incidido en la ruptura de identidades colectivas, el desarrollo de proyectos de vida y posibilidades de bienestar en el futuro para cada una de las personas que son víctimas por causa de la lucha por la tierra (CNMH, 2015; GMH, 2013).

Por su parte, el subgrupo de BS bajo, en la primera periferia manifiesta que el CAC se relaciona con fenómenos como la *corrupción* y *polarización*, las cuáles podrían entenderse: la primera, como un fenómeno que expresa diversas prácticas delincuenciales en las que se comprometen acciones de diferentes intereses provenientes tanto de las mafias del narcotráfico, bandas de delincuencia organizada, grupos

insurgentes y paramilitares, como de las élites políticas y económicas locales, con el fin de incidir en las esferas del Estado, sus recursos, su territorio; también en las instancias administrativas nacionales, regionales y locales, y por último, el sometimiento moral de significativos grupos poblacionales (Medina, 2010). La segunda, podría estar relacionada desde varios aspectos, por un lado, el discursivo, que ha constituido un espacio de confrontación simbólico a partir del cual se crea al “enemigo”, siendo esta connotación, una forma de privar al “otro”, de su condición como persona; esta construcción de la otredad-enemigo tiene una tendencia hacia la eliminación, es decir se busca su exterminio, no importa si es de forma cruel y desposeída de toda humanidad, suscitando de esta forma la degradación del conflicto (Angarita et al., 2016).

Como se puede evidenciar en los antecedentes, la mayor parte de los estudios internacionales previos con relación al bienestar psicosocial y clima emocional frente a la violencia política, están dirigidos a personas que fueron y han sido víctimas directas de la violación sistemática de sus derechos, por parte de la violencia colectiva en el País Vasco (Larizgoitia, Fernández et al, 2011; Larizgoitia, Izarzugaza et al, 2011), o por parte del Estado durante las dictaduras latinoamericanas (Arnosó et al, 2015), teniendo en cuenta su impacto diferencial en cuanto al género (Arnosó et al, 2011). De igual manera ocurre con los estudios a nivel nacional, dado que los desarrollados con relación al bienestar psicosocial en el marco del CAC se enfocan en la población de víctimas directas por causa de la violencia política (Aguilera, 2003) y por causa del desplazamiento forzado (Mogollón, Vázquez y García, 2003), teniendo en cuenta también su impacto diferencial en cuanto al género (Mogollón y Vázquez, 2006). En general, estos estudios muestran que las víctimas directas presentan indicadores de

salud significativamente peores que la población en general, dado que, en las primeras, las secuelas persisten, en muchos casos, así hayan pasado varios años desde su victimización. Sin embargo, también señalan una mejora en su bienestar, dadas las experiencias positivas, donde el crecimiento y la resiliencia son superiores (Larizgoitia et al., 2011). En este sentido, se podría inferir que para la población que no ha sido víctima directa de la violencia, o no ha tenido un nivel de exposición y/o afectación alta por ésta, presentan mejores niveles de bienestar e incluso de salud (Larizgoitia et al., 2011). Por esta razón, los puntajes de BP y BS son altos.

Por otro lado, en cuanto a la percepción del CE, los resultados del presente estudio muestran puntuaciones relativamente altas asociadas a la dimensión negativa de esta variable. Esto es interesante, porque si bien hay un bienestar psicológico y social positivo, el CE es percibido como negativo. Ello puede deberse a que el CE se refiere a cómo se relacionan emocionalmente las personas unas con otras en una sociedad, donde la dinámica de este proceso depende de los factores políticos, educativos, sociales, religiosos y económicos de una nación (de Rivera, 1992). El CE, no son simplemente las reacciones emocionales de la gente frente a eventos macro específicos, más bien, aporta en la creación de realidades subjetivas que gobiernan la conducta (Zubieta, Delfino y Fernández, 2008). En este marco, la información recogida muestra que las emociones sentidas con mayor frecuencia fueron: enojo-hostilidad, miedo-ansiedad y tristeza-pasividad-bajo estado de ánimo, indicando ello una percepción de afectividad negativa en la emocionalidad social, emociones que según de Rivera (1992), van generando acciones promotoras de conflictividad social, poco altruistas y de baja cooperación. Asimismo, estas emociones también tienen valor adaptativo energizando

al organismo para adaptarse a la amenaza o al peligro (Páez et al., 1996). Para este efecto, Zubiría (2015) y Molano (2005b; 2015) afirman que la sociedad colombiana ha estado expuesta -con el paso de los años- a diferentes fenómenos violentos, entre ellos el CAC, que ha reconfigurado el ámbito, social, político, económico y cultural del país. Esta situación, ha generado un clima de miedo, dado que la violencia proviene de muchas fuentes y ninguna de ellas se ha mitigado efectivamente (GMH, 2013). De manera coherente, la confianza en las instituciones es muy baja, así como la percepción de la situación económica del país. Esto podría relacionarse con lo que Benedict y Maslow (citados en de Rivera, 1992) sostienen acerca de las culturas inseguras, en las que parecen encontrarse personas llenas de agresividad, que se involucran en comportamientos destructivos, combativos y sienten mucha ansiedad. Además, los procesos y fenómenos estructurales del país, subyacen en estas culturas, generando diferentes tipos de acción que benefician los intereses individuales, sin importar los intereses de los demás, incluso, estos beneficios personales pueden tener sus bases en la explotación y sometimiento de otros. Esto a su vez, se corresponde con lo que los mismos autores denominan “baja sinergia” (Benedict y Maslow, citados en de Rivera, 1992), porque la organización y estructura del Estado y el gobierno, está direccionada hacia la acumulación de poder con ventaja exclusiva para los que están en el poder y con muy pocos beneficios para su ciudadanía. De esta manera, cuando no hay mecanismos sociales que impidan el egoísmo y la avaricia, en una sociedad, se está hablando de una sociedad que no está organizada para atender a la gente que está motivada por el cuidado de los demás, entonces, se fomenta la indiferencia, menos cuidado por los otros y, por ende, la inseguridad parece inevitable. En un contexto como

este, en el que se presentan constantes situaciones de miedo, su invariante es que las personas se sientan aisladas unas de otras (de Rivera, 1992).

En efecto, esto es coherente con los resultados suministrados por los participantes universitarios en este estudio acerca la RS del CAC con relación a la variable de CE negativo (subgrupos de bajo, medio y alto niveles) y CE positivo (subgrupos con niveles medio y alto), dado que los subgrupos que integran el CE negativo con niveles alto, medio y bajo, no presentan diferencias relevantes en el núcleo central de la RS del CAC. Ello podría indicar que, al compartir los sentidos del núcleo central se trataría de una única representación social del CAC presente en estos subgrupos (Abric, 2001) y se relaciona con la RS general. No obstante, para el subgrupo de CE negativo medio, la asociación *desplazamiento*, se ubica en la primera periferia, mientras que la palabra *armas* compone el núcleo central. Esto podría indicar que este grupo de participantes piensa el CAC como un enfrentamiento violento que está relacionado en mayor medida con los instrumentos o medios utilizados por los diferentes actores en disputa en favor de mantener las estructuras de poder en los diferentes territorios (GMH, 2013), dejando en segunda instancia las modalidades de violencia que el conflicto pueda generar. De igual modo, sucede con el subgrupo de CE negativo de nivel bajo, en tanto su núcleo central no contempla las palabras *muerte* y *víctimas* con relación al núcleo de la RS general, esto es esperable en la medida que los grupos más numerosos (sujetos con nivel medio y alto) cuentan con una variabilidad de palabras mayor. Sin embargo, también permitiría analizar que, para este subgrupo, el

CAC no se encuentra relacionado con las consecuencias de la violencia física directa, perpetrada durante el conflicto.

En cuanto a la zona periférica, la RS del CAC de estos tres subgrupos con CE negativo, se analizan algunas diferencias que expresarían posicionamientos diferenciales con respecto a esta representación (Doise, 1980; Elejabarrieta, 1994). En efecto, al considerarse la RS en el subgrupo con CE negativo bajo, puede verse que, a diferencia de los subgrupos con CE negativo medio y alto, en la primera periferia, no se mencionan ni *política*, ni *injusticia*. Esto indicaría que la RS de este subgrupo, no relaciona el CAC con los procesos y las responsabilidades institucionales frente a éste. No obstante, en la zona de contraste, el conflicto es vinculado por los subgrupos con CE negativo bajo y alto, con una de las causas generadoras, como la disputa por el *territorio* y también con las consecuencias que ha dejado a través del tiempo en la sociedad colombiana, en este caso, la *pobreza*, la *desigualdad*, la *inequidad* y la *sangre*. Mientras que, el subgrupo de CE negativo medio en su zona de contraste, pensaría el conflicto a partir de la institucionalidad y la responsabilidad que el *Estado* ha tenido en este proceso, especialmente en las escasas dinámicas para impartir justicia, las cuáles han dejado como resultado casos y situaciones de *injusticia* sobre todo para las víctimas, como lo anota el GMH (2013). Estos resultados van en línea con lo planteado en la teoría sobre el clima emocional cuando analiza que el clima emocional se va estableciendo y homogeneizando con el paso del tiempo y puede ir generando una representación sobre dicho clima y sobre los parámetros emocionales establecidos para determinadas situaciones (Páez et al., 1996; Techio et al., 2011). En este sentido, el CE negativo que muestran los resultados, podría relacionarse con la baja puntuación en el

ítem *confianza institucional*, siendo coherente con lo manifestado por de Rivera (1992), Páez et al. (1996) y Zubieta et al. (2008) cuando plantean, que el efecto de los estados socioemocionales en algunos grupos y los procesos sociales que los rodean se asocian con la confianza institucional. Esto es interesante dado los resultados ofrecidos por la encuesta realizada por Alianzas para la Reconciliación de la Agencia de los Estados Unidos (Usaid) y Acdi-Voca, quienes muestran que la mayor parte de la población colombiana no confía en sus instituciones sociales que deberían proporcionar estrategias que generen garantías a sus ciudadanos, que permita la construcción de capital social y oportunidades económicas significativas para mejorar sus condiciones de vida, donde el 56,9% de la población encuestada desconfía totalmente del Estado; el 53,5% desconfía de los gobiernos locales, así como el 24, 9% y el 37,6% de la muestra siente desconfianza y/o poca confianza (respectivamente) con relación al Ejército Nacional (2019). Por esta razón, se podría decir que el conjunto de creencias compartidas por este subgrupo y en la muestra en general sobre su mundo social, está relacionado con la desconfianza hacia las instituciones más representativas que integran el Estado colombiano. Esto es interesante en tanto se evidencia que, aunque los integrantes de este estudio no muestran una relación explícita como víctimas directas del CAC, sí perciben y experimentan las emociones salientes que identifican a la sociedad colombiana como colectivo.

Esto también se corrobora con algunos hallazgos encontrados en investigaciones previas realizadas con sujetos argentinos. García (2011) mostró altos niveles de emocionalidad negativa colectiva en los sujetos de estudio, así como Zubieta, Muratori y Mele (2012) manifiestan que la confianza en las instituciones políticas es bastante

baja para su muestra, y a la vez, perciben una saliencia de emociones negativas en su ambiente, dando cuenta de un CE negativo. No obstante, es necesario aclarar que hasta el momento no se han desarrollado estudios sobre el CE con relación al conflicto armado en la población colombiana.

En este marco, y cómo se ha mencionado, el CE está influenciado por los procesos y cambios que se generan en el contexto que crean experiencias compartidas Páez et al. (1996). El CE que predomina para los sujetos en este estudio es negativo y refleja lo que ellos consideran, piensan y sienten la mayor parte de la sociedad colombiana con relación a su contexto, a su funcionamiento, a los tipos de comunicación que en él se manifiesta. Esto genera entonces, una emocionalidad colectiva, que se asocia también a la participación social y a conductas colectivas (de Rivera, 1992; García, 2011; Páez et al., 1996).

En el marco de estos resultados, se puede observar que la mayor parte de los grupos y subgrupos conformados para este estudio, comparten una RS del CAC relacionada con la violencia directa, es decir, los sentidos de la representación son análogos y por ende no se encontraron diferencias relevantes en su estructura. Esto puede indicar, que se trataría de una representación hegemónica, en tanto es una visión de la realidad que, aunque no ha sido precisamente creada por el grupo, si es compartida por sus miembros, haciéndola transversal a diferentes grupos sociales (Moscovici, 1988). Este tipo de representación consiste en patrones de valores e ideas profundamente arraigadas en las prácticas de la vida cotidiana, por lo tanto, son de larga duración, estables y resistentes al cambio (Duveen, 2007; Moscovici, 1988). No

obstante, y como se observó más arriba, también es posible identificar en los diferentes subgrupos algunas particularidades, dependiendo de los niveles de bienestar psicosocial y el clima emocional, generando así, posicionamientos diferenciales, dados los elementos periféricos de cada representación (Doise, 1980).

7.3 Conclusiones y comentarios finales.

Los resultados de este estudio podrían ser útiles en primer lugar, para pensar la relación de los jóvenes colombianos con el conflicto armado del país, también contribuirían en la formación de ciudadanos que reconozcan el impacto que éste ha generado en la sociedad. En segundo lugar, estos hallazgos permitirían avanzar en la comprensión de las relaciones entre las RS de sucesos traumáticos y los niveles de bienestar psicosocial y la percepción del clima emocional de los integrantes de una sociedad.

Lo reportado en este trabajo, refuerza el interés por continuar en la línea de investigación iniciada con el propósito de poner en relación otros aspectos relevantes para analizar y comprender las RS del CAC. De este modo, para futuros estudios es importante incorporar técnicas cualitativas como entrevistas a profundidad y grupos focales, que permitan indagar con mayor amplitud el modo en el que se vinculan el grado de afectación y/o victimización de los sujetos por el CAC. Esto podría incidir en los resultados relacionados con los niveles del BP, BS y CE, donde se sostengan los niveles altos y medios o, por el contrario, se puedan identificar otros niveles de bienestar psicosocial y de CE.

Dada la muestra utilizada en el estudio y sus limitaciones, sería importante integrar muestras de población de diferentes regiones y otras ciudades relevantes, en las posibles replicaciones de estudios que puedan llevarse a cabo posteriormente, así como la incorporación de diferentes variables psicosociales, porque esto permitirá indagar sobre las diferencias inter-país con relación a las RS del CAC; poner a prueba si esta RS hegemónica se mantiene y comprender con mayor amplitud la complejidad del bienestar psicosocial.

Referencias

- Abric, J. C. (1993). Central system, peripheral system: their functions and roles in the dynamics of social representations. *Papers on Social Representations Threads of Discussion*, 2(2), 75-78.
- Abric, J. C. (2001). *Prácticas Sociales y Representaciones*. México D.F.: Ediciones Coyoacán.
- Abric, J. C. (1996). Specific Processes of Social Representation. *Papers on Social Representations Threads of Discussion*, 77-80.
- Abric, J. C. (2001). Las Representaciones Sociales: Aspectos Teóricos. En J. C. Abric, *Prácticas Sociales y Representaciones* (págs. 11-32). México D.F.: Ediciones Coyoacán.
- Acosta, M. (2006). La psicología de las minorías activas revisitada: entrevista con Serge Moscovici. *Polis: Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial*, 2(1), 141-177.
- Angarita, P. E., Gallo, H., Jiménez, B. I., Londoño, H., Londoño, D., Medina, G., Mesa, J. A., Ramírez, D., Ramírez, M. E., & Ruíz, A. M. (2016). *La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano 1998-2010*. Grupo de Investigación sobre conflictos y Violencias. INER-Universidad de Antioquia. Sílabo Editores. Medellín, Colombia.

- Aguilera, A. (2003). Las secuelas emocionales del conflicto armado para una política pública de paz. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 10(31), 11-37.
- Aguirre y Restrepo (2010). El control de armas como estrategia de reducción de la violencia en Colombia: pertinencia, estado y desafíos. En *Revista Criminalidad Colombia*, 1(52), 265-284.
- Aguirre-Briñez A.B., Botina-Papamija, N. & Botero, Y.A. (2018). El acuerdo de paz de la Habana Cuba y el plebiscito de octubre de 2016 en Colombia. *Revista Criterio Libre Jurídico*, 15(1), 4-9.
- Álvarez, J. B., García, H., & Muñoz, C. (2007). Rupturas y Resignificaciones Alrededor del Mundo Subjetivo de Mujeres Desplazadas por el Conflicto Armado en Colombia. *Revista Republicana*, 2-3(2), 89-108.
- Araya, S. (2002). *Las Representaciones Sociales: Ejes Teóricos para su Discusión*. Costa Rica: FLACSO. Obtenido de <http://unpan1.un.org/intrados/groups/public/documents/ICAP/UNPAN027076.pdf>
- Arnosó, M., Ansolini, S., Gandarias, I., & Arnosó, A. (2011). Mujeres jujeñas y sobrevivientes: narrativas del pasado represivo (1976-1983) argentino, consecuencias psicosociales y creencias acerca de la reparación. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 10(31), 141-161.
- Arnosó, M., Arnosó, A., & Pérez, S. (2015). Argentina (1976-1983): impacto y afrontamiento psicosocial. *Universitas Psychologica*, 14(3), 833-842.

- Banch, M. A. (2000). Aproximaciones procesuales y estructurales al Estudio de las representaciones sociales. *Textes sur les representations sociales. Paper on social representations.*, 9, 3.1-3.15.
- Barreiro, A., Gaudio, G., Mayor, J., Santellan, R., Sarti, D., & Sarti, M. (2014). Justice as social representation: diffusion and differential positioning / La justicia como representación social: difusión y posicionamientos diferenciales, *Revista de Psicología Social: International Journal of Social Psychology*, 29(2), 319-345.
- Barreiro, A. V., & Castorina, J. A. (2015). La creencia en un mundo justo como trasfondo ideológico de la representación social de la justicia. *Revista Colombiana De Psicología.*, 24(2), 331-345.
- Barreiro, A., Ungaretti, J., & Etchezahar, E. (2019). Representaciones sociales y prejuicio hacia los indígenas en Argentina. *Revista De Psicología*, 37(2), 529-558.
- Barreto, F. O. (2019). Responsabilidad del Estado Colombiano Frente a las Desapariciones Extrajudiciales: Los “Falsos Positivos”. Tesis de Maestría. Universidad Libre Seccional Barranquilla Facultad de Derecho.
- Behar, O. (2011). *El clan de los 12 apóstoles*. Bogotá D.C.: Editorial Ícono.
- Behar, O., & Behar, C. (2012). *El caso Klein. El origen del paramilitarismo en Colombia*. Bogotá D.C.: Editorial Ícono.
- Blanco, A., & Díaz, D. (2005). El bienestar social: su concepto y medición. *Psicothema*, 17(4), 582-589.
- Bobowick, M., Páez, D., Liu, J. H., Zubieta, H., & Cabecinhas, R. (2010). Beliefs about history, the meaning of historical events and culture of war. *Revista de Psicología*, 28(1), 111-146.

- Bravo, D. y Arce, M. (2019). Representaciones sociales sobre el conflicto armado en los adolescentes de la comuna 18 de Santiago de Cali. Tesis de pregrado para Psicología. Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium.
- Bruno, D., & Barreiro, A. (2014). La política como representación social. *Psicología Política*, 48, 69-80.
- Camargo, B. A. (2018). Las representaciones sociales del conflicto armado colombiano por mujeres privadas de la libertad. Cárcel del Buen Pastor Bogotá. Tesis de Pregrado. Facultad de Humanidades. Licenciatura en Ciencias Sociales. Universidad Pedagógica Nacional. Bogotá-Colombia.
- Cárdenas, M., Ascorra, P., San Martín, M., Rodríguez, M. & Páez, D. (2013). Emociones Como Predictores Del Perdón En El Contexto De La Violación A Los Derechos Humanos En Chile. *Psicoperspectivas*, 12(1), 30-49.
- Cárdenas, M., Páez, D., Arnosó, M., & Rimé, B. (2013). Percepción del clima socioemocional y la confianza institucional en víctimas de violencia política: valoración del impacto de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. *Psyche*, 22(2), 111-127.
- Cassab, Á. C., & Criollo, C. (2011). Conflicto Armado y pobreza en Colombia.
- Castorina, J. A & Barreiro, A. (2007). El problema de la individuación de las representaciones sociales: una perspectiva interdisciplinaria. *Psicología*. Ed., São Paulo, 25(2), 11-33.
- Castorina, J. A & Barreiro, A. (2010). El proceso de individuación de las representaciones sociales: historia y reformulación de un problema. *Interdisciplinaria. Revista de Psicología y Ciencias Afines*, 27(1), 63-75.

- Castorina, J. A., & Kaplan, C. V. (2003). Las Representaciones Sociales: Problemas Teóricos y Desafíos Educativos. En J. A. Castorina, *Representaciones Sociales. Problemas Teóricos y Conocimientos Infantiles* (págs. 9-27). Barcelona: Editorial Gedisa.
- Castorina, J. A., Barreiro, A., & Toscano, A. G. (2005). Dos versiones del sentido común: las teorías implícitas y las representaciones sociales. En J. A. Castorina, *Construcción conceptual y representaciones sociales. El conocimiento de la sociedad* (págs. 205-238). Buenos Aires: Niño y Dávila.
- Castro, L. E., Maestre, P., & Otero, J. (2010). Representación social del conflicto armado interno colombiano en adultos en situación de desplazamiento asentados en el municipio de Fundación. Trabajo de grado de pregrado. Facultad de Ciencias de la Salud. Universidad del Magdalena.
- Chaparro, G. (2012). Representaciones Sociales Del Conflicto Armado Colombiano Presentes en los Discursos de los Campesinos de Aquitania-Boyacá. (Tesis de pregrado). Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, D.C.
- CNMH. (2014). *Guerrilla y población civil. Trayectoria de las FARC 1949 – 2013*. Bogotá D.C.: Centro Nacional de Memoria Histórica. Obtenido de Centro Nacional de Memoria Histórica:
<http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2013/farc/guerrilla-poblacion-civil.pdf>
- CNMH. (2015). *Una nación desplazada. Informe nacional del desplazamiento forzado en Colombia*. Bogotá D.C.: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- CNMH. (2018). Cifras: los registros estadísticos del conflicto armado colombiano. Bogotá D.C.: Centro Nacional de Memoria Histórica.

CNMH (13 de noviembre de 2021). Observatorio de Memoria y Conflicto. Recuperado el 13 de noviembre de 2021 de: <http://micrositios.centrodememoriahistorica.gov.co/observatorio/>

CNRR-IEPRI (2009). El Despojo de Tierras y Territorios. Aproximación conceptual. Área de Memoria Histórica Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación Línea de Investigación Tierra y Conflicto. Coedición: Área de Memoria Histórica - Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) / Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) – Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.

COALICO. (2007). *Un camino por la escuela colombiana desde los derechos de la infancia y la adolescencia*. Bogotá D.C.: Coalición contra la vinculación de niños, niñas y jóvenes al conflicto armado en Colombia.

Congreso de Colombia. (10 de junio de 2011). Ley de Víctimas y restitución de Tierras. [Ley 1448 de 2011].

Concha A. (2002). Impacto social y económico de la violencia en las Américas. *Biomédica* [Internet]. 22(2), 347-61.

Correa, F. M. (2017). Corrupción en Colombia: El lado oscuro de un país en desarrollo. *Revista Jurídica Mario Alario D'Filippo*, IX, 18, 55-74.

de Rivera, J. (1992). Emotional climate: social structure and emotional dynamics. Pre-copied version of a manuscript published. *International Review of Studies on Emotion*, 2, 197-218.

- de Roux, F. (2016). Primero la Paz que la política. En Alvarado, S. V., Rueda, E. & Gentill, P. (Eds.) Paz en Colombia: perspectivas, desafíos, opciones. (pp. 21-23). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.
- Díaz, D., Rodríguez, R., Blanco, A., Moreno, B., Gallardo, I., Valle, C., & Dierendonck, D. v. (2006). Adaptación española de las escalas de bienestar psicológico de Ryff. *Psicothema*, 18(3), 572-577.
- Díaz, D., Rodríguez-Carvajal, R., Blanco, A., Moreno-Jiménez, B., & Gallardo, I. (2006). Adaptación española de las escalas de bienestar psicológico de Ryff. *Psicothema*, 18(3), 572-577.
- Díaz, W., & Castiblanco, A. (2013). Componentes intersubjetivos de la acción y la cultura política. Análisis de su incidencia en el conflicto armado colombiano. *Ciudad Pazando*, 6(1), 147-156.
- Doise, W. (1980). Levels of explanation in the European Journal of Social Psychology. *European Journal of Social Psychology*, 10, 213-231.
- Doise, W. (2002). Human Rights as Social Representations. Primera Edición. Routledge, London.
- Doise, W. y Mugny, G. (1991). Psicología social experimental: percepción intelectual de un proceso histórico: veinte años de psicología social en Ginebra. *Anthropos: Revista de Documentacion Científica de la Cultura.*, 124, 8-32.
- Duncan, G. (2015). "Exclusión, insurrección y crimen". En: *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas.
- Durán, M., & Lara, M. (2001). Teorías de la Psicología Social. *Cuadernos Hispanoamericanos de Psicología*, 1(2), 23-44.

- Duveen, G. (2007). Culture and social representations. In J.Valsiner & A. Rosa (Eds.), *The Cambridge handbook of socio-cultural psychology*. (pp. 543-559). New York, NY: Cambridge University Press.
- Duveen, G., & Lloyd, B. (2003). Las Representaciones sociales como una perspectiva de la psicología social. En J. A. Castorina, *Representaciones Sociales. Problemas Teóricos y Conocimientos Infantiles* (págs. 29-39). Barcelona: Editorial Gedisa.
- Elejabarrieta, F. (1994). Social positioning: a way to link social identity and social representations. *Social Science Information* 33 (2):241-253.
- Estrada, A. J. (2015). “Acumulación capitalista, dominación de clase y rebelión armada”. En: *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas.
- Fajardo, D. (2015). “Estudio sobre los orígenes del conflicto social armado, razones de su persistencia y sus efectos más profundos en la sociedad colombiana”. En: *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas.
- Fernández, O., Cejas, L., y Sosa, F. (2013). Memoria colectiva y representaciones sociales de la historia en estudiantes de psicología. V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Ferry, S. (2012). *Violentología: un manual del conflicto colombiano*. Bogotá D.C.: Icon Editions.

- Flament, C. (2001). Estructura, dinámica y transformación de las representaciones sociales. En J. C. Abric, *Prácticas Sociales y Representaciones* (págs. 33-52). México D.F.: Ediciones Coyoacán.
- Galtung, J. (2003). *Violencia Cultural*. País Vasco: Edición Guernika-Lumo.
- Galtung, J. (1 de 5 de 2004). *Violencia, guerra y su impacto. Sobre los efectos visibles e invisibles de la violencia*. Obtenido de Polylog: <https://them.polylog.org/5/fgj-es.htm>
- Galtung, J. (2016). La violencia: cultural, estructural y directa. *Revista Cuadernos de estrategia: Política y violencia: comprensión teórica y desarrollo en la acción colectiva*. 183, 147-168.
- Garcés, A. (2009). Etnografías vitales: Música e identidades juveniles. Hip hop en Medellín. *Revista Folios*, 21(N/A), 125-140.
- García, S. N. (2011). Clima social emocional y criterios de bienestar psicosocial. III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Giraldo, J. (2009). Conflicto y derecho internacional humanitario en Colombia. *Seminario internacional sobre Colombia, conflicto y derecho internacional humanitario* (págs. 1-16). Madrid: Universidad Carlos III de Madrid, España.
- Giraldo, J. (2015). “Aportes sobre el origen del conflicto armado en Colombia, su persistencia y sus impactos”. En: *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas.
- GMH. (2013). ¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. Bogotá: Imprenta Nacional.

González, R. y Molinares, I. (2010). La violencia en Colombia. Una mirada particular para su comprensión. De cómo percibimos la violencia social a gran escala y hacemos invisible la violencia no mediática. *Investigación y Desarrollo*, 18(2), 346-369.

Human Rights Watch-HRW. (2020). Colombia Eventos del 2019. En: Informe Mundial 2020. Retomado de: <https://www.hrw.org/es/world-report/2020/country-chapters/336672>

Hakvoort, I., & Oppenheimer, L. (1993). Children and Adolescents' Conceptions of Peace, War, and Strategies to Attain Peace: A Dutch Case Study. *Peace and Conflict: Journal of Peace Research*, 30(1), 65-77.

Hernández, E. (2018). Minería y desplazamiento: el caso de la multinacional Cerrejón en Hatonuevo, La Guajira, Colombia (2000-2010), “Nuestra tierra es nuestra vida”. *Ciencia Política*, 13(26), 97-125.

Hopenhayn, M. (1990). Conflicto y Violencia: Pantalla Sobre Un Horizonte Difuso. En J. Bejarano, *Construir la paz. Memorias del seminario paz, democracia y desarrollo*. Bogotá D.C.: PNUD-CEREC.

Huesca, A. M. (1997). Los Jóvenes y las Fuerzas Armadas. *Cuadernos de Estrategia*, 89(4), 115-124.

Hueso, G. V. (2000). Johan Galtung. La transformación de los conflictos por medios pacíficos. *Cuadernos de estrategia: Ideas sobre prevención de conflictos*, 111, 125-159.

Instituto Nacional de Salud - INS, (2017). Observatorio Nacional de Salud. Consecuencias del Conflicto Armado en Salud en Colombia; Noveno Informe Técnico. Bogotá, D.C.

Jodelet, D. (1986). La Representación Social: Fenómenos, Concepto y Teoría. En S. Moscovici, *Psicología Social II* (págs. 469-493). Barcelona: Editorial Paidós.

- Jodelet, D. (2000). Representaciones Sociales: Contribución a un saber sociocultural sin fronteras. En D. Jodelet, & A. Guerrero, *Develando la Cultura. Estudios en Representaciones Sociales* (págs. 7-30). México D.F.: Facultad de Filosofía - UNAM.
- Jodelet, D. (2003). Conferencia de la Dra. Denise Jodelet. *Primeras Jornadas Sobre Representaciones Sociales* (págs. 1-8). Buenos Aries: N/A. Obtenido de Academia.edu: http://www.academia.edu/8752030/Conferencia_Denise_Jodelet_UBA_2003
- Jodelet, D. (2008). El movimiento de retorno al sujeto y el enfoque de las representaciones sociales. *Cultura y representaciones sociales*, 3(5), 32-63.
- Keyes, C. (1998). Social well-being. *Social Psychology*, 61(2), 121-140.
- Keyes, C. & Ryff, C. D. (1998). Generatividad en la vida adulta: contornos estructurales sociales y consecuencias en la calidad de vida. En D.P. McAdams & E. de St. Aubin (Eds.), *Generatividad y desarrollo adulto: cómo y por qué nos preocupamos por la próxima generación* (págs. 227–263). Asociación Americana de Psicología.
- Keyes, C. & Shapiro, A. (2004). Social well-being in the United States: a descriptive epidemiology. In Brim, O. G., Ryff, C. D. & Kessler, R. C. (Eds.). *How healthy are we?: A national study of well-being at midlife*. University of Chicago Press. Pp 350-372.
- Keyes, C., Shmotkin, D. & Ryff, C. (2002). Optimizing well-being: The empirical encounter of two traditions. *Journal of Personality and Social Psychology*. 82(6), 1007- 1022.
- Lamus, D. (2001). Relatos de violencia: impacto en la niñez y la juventud. *Reflexión Política*, 3(5), 1-5.

- Larizgoitia, I., Fernández, I., Markez, I., Izarzugaza, I., Larizgoitia, A., Moreno, F., Beristain, C. M. (2011). Secuelas de la violencia colectiva: hablan las víctimas del estudio ISAVIC. *Gaceta Sanitaria*, 25(2), 115-121.
- Larizgoitia, I., Izarzugaza, I., Iraurgi, I., Ballesteros, J., Forero, C., Markez, I., & Alonso, J. (2011). Impacto de la violencia colectiva en la salud. Resultados del estudio ISAVIC en el País Vasco. *Gaceta Sanitaria*, 25(2), 108–114.
- Larizgoitia, I., Izarzugaza, I., Markez, I., Fernández, I., Iraurgi, I., Larizgoitia, A., Liria, A., Moreno, F., Retolaza, A., Páez, D., Beristain, C., & Alonso, J. (2011). ¿Cómo influye la violencia colectiva en la salud? Modelo conceptual y diseño del estudio ISAVIC. *Gaceta Sanitaria*, 25(3), 246-253.
- Laverde, L., Muñoz, D., Osuna, M. y Ovalle, L. (2016). Representaciones Sociales Sobre el Conflicto Armado en los Niños y Niñas de la Estrategia Atrapasueños de la Secretaría Distrital de Integración Social (Trabajo para Especialización). Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Bogotá – Colombia. Disponible en <http://repository.udistrital.edu.co/handle/11349/3867>
- Lair, E. (1999). El terror, recurso estratégico de los actores armados: reflexiones en torno al conflicto colombiano. *Revista Coyuntura. Análisis Político*, 37, 64-76.
- Lira, E. (2010). Trauma, duelo, reparación y memoria. *Revista de Estudios Sociales* (36), pp. 14-28. Universidad de Los Andes. Bogotá, Colombia.
- Liu, J., & Hilton, D. (2005). How the past weighs on the present: Social Representations of history and their role in identity politics. *British Journal of Social Psychology*, 44(4), 537–556.

- Martín-Barbero, J. (1998). Jóvenes: des-orden cultural y palimpsestos de identidad. En H. Cubides, M. Laverde, C. Valderrama, & M. Margulis, *"Viviendo a toda": jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades* (págs. 22-37). Bogotá D.C.: Siglo del Hombre.
- Martínez, E. (2016). Representaciones Sociales del conflicto armado y la paz de la comunidad Sikuni de Puerto Gaitán. Tesis de Pregrado en Psicología. Universidad Cooperativa de Colombia.
- Medina, G. C. (2010). Conflicto armado, corrupción y captura del Estado de la perversión de los procesos económicos públicos a la cooptación política de Estado por las fuerzas ilegales. *Ciudad Paz-ando*. Bogotá. 3(1), 43-52.
- Ministerio de Salud y Colciencias (2015). Encuesta Nacional de Salud Mental 2015. Tomo I. Presidencia de la República. Prosperidad para Todos. En: http://www.odc.gov.co/Portals/1/publicaciones/pdf/consumo/estudios/nacionales/CO031102015-salud_mental_tomoI.pdf
- Mogollón, A., & Vázquez, M. L. (2006). Opinión de las mujeres desplazadas sobre la repercusión en su salud del desplazamiento forzado. *Gaceta Sanitaria*, 20(4), 260-265.
- Mogollón, A., Vázquez, M. L., & García, M. D. (2003). Necesidades en salud de la población desplazada por conflicto armado en Bogotá. *Revista Española de Salud Pública*, 77(2), 257-266.
- Molano, A. (2005a). *Agua Arriba. Entre la Coca y el Oro*. Bogotá D.C.: Editorial Aguilar.
- Molano, A. (2005b). *Desterrados: Crónicas del Desarraigo*. Bogotá D.C.: Editorial Punto de Lectura.

- Molano, A. (2006a). *Selva Adentro. Una Historia Oral de la Colonización del Guaviare*. Bogotá D.C.: Editorial Aguilar.
- Molano, A. (2006b). *Los Años del Tropel: Crónicas de la Violencia*. Bogotá D.C.: Editorial Punto de Lectura.
- Molano, A. (2007). *Trochas y fusiles. Historias de Combatientes*. Bogotá D.C.: Editorial Aguilar.
- Molano, A. (2015). “Fragmentos de la historia del conflicto armado (1920-2010)”. En: *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas.
- Molano, L. y López, C. (2019). Representaciones sociales del conflicto armado en jóvenes del HJC “El Amparo”. *Revista Atlante: Cuadernos de Educación y Desarrollo* (marzo 2019). En línea: <https://www.eumed.net/rev/atlante/2019/03/conflicto-armado-jovenes.html>
- Molina, N. J. (2017). Tutorial para el análisis de textos con el software IRAMUTEQ. Grupo de Investigación DHIGECS (Didáctica de la Historia, la Geografía y otras Ciencias Sociales). Universidad de Barcelona. Marzo. Versión 1.1
- Montero, I., & León, O. G. (2005). Sistema de clasificación del método en los informes de investigación en Psicología. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 5(1), 115-127. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=33701007>
- Montoya, A. (2008). Niños y jóvenes en la guerra en Colombia. Aproximación a su reclutamiento y vinculación. *Publicación Opinión jurídica*, 7(13), 37-51.

- Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Editorial Huemul S.A.
- Moscovici, S., & Hewstone, M. (1986). De la Ciencia al sentido común. En S. Moscovici, *Moscovici, S. y Hewstone, M. (1986). Psicología Social II* (págs. 679-710). Editorial Polity Press, Cambridge.
- Moscovici, S. (1988). Notes Towards a Description of Social Representation. *European Journal of Social Psychology*, 18, 211- 250.
- Moscovici, S. (1994). *Representaciones sociales y comunicación pragmática. Información de ciencias sociales*, 33 (2), 163-177.
- Moscovici, S. (2000). The Phenomenon of Social Representation.. En *Moscovici, S. y Duveen, G. (2000). Social Representation. Explorations in Social Psychology* (págs. 18-77). Barcelona: Editorial Paidós.
- Moscovici, S., & Marková, I. (2003). La presentación de las Representaciones Sociales: Dialogo con Serge Moscovici. En J. A. Castorina, *Representaciones Sociales. Problemas Teóricos y Conocimientos Infantiles*. (págs. 111-152). Barcelona: Editorial Gedisa.
- Mugny, G. y Doise, W. (1979). Factores sociológicos y psicosociológicos del desarrollo cognitivo. *Anuario de Psicología.*, 21, 4-25.
- Muratori, M., Delfino, G., Melé, S., & Zubieta, E. (2014). Bienestar psicosocial en estudiantes universitarios civiles y militares. *Investigaciones en Psicología.*, 19(2), 73-86.

- Nates, B. (2009). Pensar el mundo, practicar el entorno. Etnografías y Reflexiones desde una Antropología de las Territorialidades. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares.*, 64(1), 277-296.
- Nates, B. (2016). Geografías de la Civilidad Prácticas y Discursos Territoriales en Escenarios de Postconflicto en Colombia. *Revista Psicología desde el Caribe.*, 33(1), 81-96.
- Olaya, L. (2015). Representaciones Sociales de Jóvenes Universitarios Frente al Conflicto Armado Colombiano. Tesis de Pregrado en Psicología. Universidad Santo Tomás.
- Oppenheimer, L., & Kuipers, I. (2003). Filipino children's understanding of peace, war, and strategies to attain peace. *Peace and Conflict: Journal of Peace Psychology.*, 9(3), 235-257.
- OXFAM (2017). Radiografía de la desigualdad. Lo que nos dice el último censo agropecuario sobre la distribución de la tierra en Colombia.
- Pachón, X. (2009). *La infancia Perdida en Colombia: Los Menores en la Guerra*. Georgetown: Center for Latin American Studies.
- Páez, D., Ruiz, J. I., Gailly, O., Kornblit, A. I., Wiesenfeld, E., & Vidal, C. M. (1996). Clima Emocional: Su Concepto y Medición mediante una Investigación Transcultural. *Revista de Psicología Social.*, 12, 79-98.
- Parra V., Y. (2010). Representación social del conflicto armado colombiano en niños y niñas de un colegio adscrito a la Policía Nacional. *Universitas Psychologica.*, 10(3), 775-788.
- Pecaut, D. (2015). "Un conflicto armado al servicio del statu quo social y político". En: *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas.

- Pérez, J. A. (2004). Las Representaciones Sociales. En D. Páez, I. Fernández, S. Ubillos, & E. Zubieta., *Psicología Social, Cultura y Educación*. (págs. 413-442). Madrid: Pearson Educación.
- Pinzón, N. (2007). Los jóvenes de “la loma”: altos de Cazucá y el paramilitarismo en la periferia de Bogotá. *Maguaré* (21), 271-295.
- Ramírez, N. (2012). Nuevos territorios y sensibilidades culturales: aproximación a investigaciones sobre identidad juvenil y violencia en América Latina. *Perspectivas Internacionales.*, 8(2), 124-141.
- Restrepo, J., & Aponte, D. (2009). Guerra y violencias en Colombia: herramientas e interpretaciones. Editorial Pontificia Universidad Javeriana. Primera edición, Bogotá D.C.
- Ríos, S. J. Bula. E. y Brocate, P. R. (2011). Estado, Estado de Derecho y Violencia Armada en Colombia. *Revista Paz y Conflictos* (6), 6-31.
- Rodríguez, V. y Soliz, D. (2013). Representaciones sociales sobre el conflicto armado que tienen los niños y niñas (de 8 a 13 años de edad) vinculados de forma directa e indirecta a los grupos armados del barrio Alberto Lleras Camargo del distrito de buenaventura en el año 2012. Tesis de Pregrado en Trabajo Social. Universidad del Valle, Sede Pacífico.
- Rouquette, M. L. (1999). El flujo y el fino (comentarios sobre el artículo de Serge Moscovici). “Le flou et le fin. Commentaries sur l’ article de Serge Moscovici”, texto de presentación al artículo titulado “Social Representations and Pragmatics Communication”, traducción de Juan Soto Ramírez.

- Ruíz, J. (2009). Elementos para una Teoría del Conflicto. *La Sociología en sus Escenarios*. (11), 1-28.
- Ryan, R., & Deci, E. (2001). On happiness and human potentials: A review of research on hedonic and eudaimonic well-being. *Annual Review of Psychology*, 52, 141-166.
- Ryff, C. (1989a). Happiness is everything, or is it? Explorations on the meaning of psychological well-being. *Journal of Personality and Social Psychology*, 57(6), 1069-1081.
- Ryff, C. (1989b). Beyond Ponce de Leon and Life Satisfaction: New Directions in Quest of Successful Ageing. *International Journal of Behavioral Development*, 12 (1) 35-55.
- Ryff, C. (2014). Psychological Well-Being Revisited: Advances in the Science and Practice of Eudaimonia. *Psychother Psychosom*. 83, 10–28.
- Ruta Pacífica de las Mujeres. (2013a). *La verdad de las mujeres víctimas del conflicto armado en Colombia*. Tomo I. G2 Editores. Bogotá, Colombia.
- Ruta Pacífica de las Mujeres. (2013b). *La verdad de las mujeres víctimas del conflicto armado en Colombia*. Tomo II. G2 Editores. Bogotá, Colombia.
- RUV (13 de noviembre de 2021). *Reporte sobre víctimas actuales sujetos de atención en el conflicto armado colombiano*. Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas. Recuperado el 13 de noviembre de 2021 de: <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/registro-unico-de-victimas-ruv/37394>
- Salas, L. (2016). Lógicas territoriales y relaciones de poder en el espacio de los actores armados: un aporte desde la geografía política al estudio de la violencia y el conflicto

armado en Colombia, 1990-2012. Cuadernos de Geografía. *Revista Colombiana de Geografía*, 24(1), 157-172.

Salcedo, A. (2015). *Víctimas y trasegares: forjadores de ciudad en Colombia 2002-2005*. Bogotá D.C.: Centro de Estudios Sociales (CES).

Salmón, E. (2004). *Introducción al Derecho Internacional Humanitario*. Lima: Fondo Editorial PUCP.

Sánchez-Rodríguez, A., Willis, G. B., y Rodríguez-Bailón, R. (2017). El impacto psicológico de la desigualdad económica. *Ciencia Cognitiva*, 11(2), 33-35.

Sarrica, M. (2007). War and Peace as Social Representations: Cues of structural stability. *Peace and Conflict: Journal of Peace Psychology*, 13(3), 251-272.

Sarrica, M., & Wachelke, J. (2009). Peace and War as Social Representations: A Structural Exploration with Italian Adolescents. *Universitas Psychologica*, 9(2), 315-330.

Serrano, J. F. (2000). Menos querer más la vida. Concepciones de vida y muerte en jóvenes urbanos. *Revista Nómadas*, 13, 10-28.

Sílva, G. (2008). La teoría del conflicto: un marco teórico necesario. *Prolegómenos*, 11(22), 29-43.

Small Arms Survey (2006). Capítulo 9. La Hidra de Colombia las múltiples caras de la violencia armada. En Small Arms Survey 2012: Moving targets. Disponible en <https://smallarmssurvey.org/sites/default/files/resources/Small-Arms-Survey-2006-Chapter-9-SP.pdf>

- Springer, N. (2010). *Prisioneros Combatientes. Datos del primer informe exploratorio sobre el uso de niños niñas y adolescentes para los propósitos del conflicto armado en Colombia.* Retomado de: http://www.colombiasoyyo.org/docs/resumen_informe_Mayanasa.pdf
- Springer, N. (2012). *Como Corderos entre Lobos. Del uso y Reclutamiento de Niñas, Niños y Adolescentes en el Marco del Conflicto Armado y la Criminalidad en Colombia.* Bogotá D.C.: Editorial Springer Consulting Services.
- Summerfield, D. (1998). El impacto de la guerra y la atrocidad en las poblaciones civiles. En: Castaño, B.L., Jaramillo, L.E. y Summerfield, D. *Violencia política y trabajo psicosocial: Aportes al debate* (pp. 73-122). Bogotá: Corporación AVRE.
- Techio, E., Zubieta, E., Paez, D., de Rivera, J., Rimé, B., & Kanyangara, P. (2011). *Clima Emocional y Violencia Colectiva: El Estado de la Cuestión e Instrumentos de Medición.* En D. Páez, C. M. Beristain, J. L. González, N. Basabe, & J. de Rivera, *Superando la violencia colectiva y construyendo una cultura de Paz* (págs. 103-148). España: Editorial Fundamentos.
- Tejeda, E.F y Larrahondo, F. (marzo, 2013). Alfredo Molano en ConversanDos. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=AXZXWQu6mZo>
- Trejos, L. F. (2008). Negación del conflicto armado interno como eje de la concepción constructivista del Estado colombiano en la construcción de la identidad nacional. *Revista Encrucijada Americana*, 2(1), 80-91.
- Trejos, L. F. (2013). Colombia: una revisión teórica de su conflicto armado. *Revista Enfoques.*, 11(18), 55-75.

UNODC (2006). Violencia, crimen y tráfico ilegal de armas en Colombia. Elaborado por Fundación Seguridad y Democracia. Recuperado de: https://www.unodc.org/pdf/Colombia_Dec06_es.pdf

UNCHCR/ACNUR (2008). Percepciones de los colombianos asociadas a la población desplazada. Agencia de la ONU para los Refugiados. Centro Nacional de Consultoría. Bogotá, Colombia.

UNHCR/ACNUR (2018). ¿Qué es un conflicto armado según el Derecho Internacional Humanitario? Agencia de la ONU para los Refugiados. Comité Español. Mayo. Recuperado de: https://eacnur.org/blog/que-es-un-conflicto-armado-segun-el-derecho-internacional-humanitario-tc_alt45664n_o_pstn_o_pst/

UNCHCR/ACNUR (2019). Tendencias Globales, Desplazamiento Forzado en 2019. Agencia de la ONU para los Refugiados.

Velásquez, E. (2007). Conflicto Armado y Paramilitarismo en Colombia. *História*, 26(1), 134-153.

Velásquez, Y.N., Barrera, M., & Villa Gómez, J.D (2020). Polarización política, relaciones familiares y barreras psicosociales para la paz en Medellín – Colombia. *Revista de Paz y Conflictos*, 13(1), 149-174.

Verges, P. (1999). Ensemble de programmes permettant l'analyse des évocations. *Aix-en-Provence: LAMES-MMSH*.

Villa, M. (2006). Desplazamiento forzado en Colombia. El miedo: un eje transversal del éxodo y de la lucha por la ciudadanía. En: *Controversia* (187), 11-45.

- Villamizar, R. M., Flores, R., & García, M. (2013). La identidad juvenil en contextos de conflicto. Una doble mirada por sí mismos y por los otros. . *Fòrum de Recerca*, 33(18), 491-504.
- Villarraga-Sarmiento, A. (2015). Acuerdos de paz y finalización histórica del conflicto armado. *Derecho y Realidad*, 13(26), 121–152.
- Vinyamata, E. (2004). Conflictos armados y conflictología: una mirada a Colombia. *Revista de Paz y Conflicto.*, 10, 169-187.
- Vizeu, C. B. & Justo, A. M. (2013). IRAMUTEQ: Um Software Gratuito para Análise de Dados Textuais. Sociedade Brasileira de Psicologia. Ribeirão Preto, Brasil. *Temas em Psicologia*, 21(2), pp. 513-518.
- Wagner, W., & Nicky, H. (2005). *Everyday discourse and common sense. The theory of social representations*. Houndmills: Palgrave.
- Wagner, W., & Flores, F. (2010). Apuntes sobre la epistemología de las representaciones sociales. *Revista sobre Educación Matemática.*, 22(2), 139-162.
- Wagner, W., & Hayes, N. (2011). *El discurso de lo cotidiano y el sentido común: La teoría de las representaciones sociales*. Anthropos Editorial. Universidad Autónoma de México.
- Wagner, W., Valencia, J., & Elejabarrieta, F. (1996). Relevance, discourse and the “hot” stable core of social representations. A structural analysis of word associations. *British Journal of Social Psychology.*, 35(3), 331-352.
- Wilches, I. (2010). Lo que hemos aprendido sobre la atención a mujeres víctimas de violencia sexual en el conflicto armado colombiano. *Revista de Estudios Sociales*, (36), 86-94.

- Zavaleta, D. (2007). The Ability to go about Without Shame: A Proposal for Internationally Comparable Indicators of Shame and Humiliation. *Oxford Development Studies*, 35, 405-430.
- Zubieta, E., & Barreiro, A. (2014). Memoria colectiva y representaciones sociales de la historia. Estudio preliminar con estudiantes universitarios argentinos. En G. I. Delfino, J. F. Valencia, & E. M. Zubieta, *Psicología Social y Política: procesos teóricos y estudios aplicados*. (págs. 589-610). Buenos Aires: EUDEBA.
- Zubieta, E., Delfino, G., & Fernández, O. (2008). Clima Socioemocional, Confianza en las Instituciones y Percepción de Problemas Sociales. Un Estudio en Estudiantes Universitarios Urbanos Argentinos. *Psykhe*, 17(1), 5-16.
- Zubieta, E., Muratori, M., & Fernández, O. (2012). Bienestar Subjetivo y Psicosocial: Explorando Diferencias de Género. *Salud & Sociedad*, 3(1), 66-76.
- Zubieta, E., Muratori, M., & Mele, S. (2012). Bienestar, Clima Emocional, Percepción De Problemas Sociales Y Confianza. *Anuario De Investigaciones*, 19(1), 97-106.
- Zubiría, S. (2015). "Dimensiones políticas y culturales en el conflicto colombiano". En: *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas.

ANEXO 1

Ésta investigación se desarrolla para optar por el título de la Maestría en Psicología Cognitiva y Aprendizaje de FLACSO- Argentina. Su participación en este estudio es anónima y voluntaria. A continuación se presentan una serie de preguntas, por favor intente responder a todas ellas con la mayor sinceridad posible.

1. ¿Cuál es su edad? _____
2. Sexo: 1. Mujer 2. Hombre 3. Otro ¿Cuál? _____
3. Señale con una X del 1 al 6 el estrato socioeconómico donde vive, de acuerdo a la siguiente clasificación:
 1. Bajo-bajo
 2. Bajo
 3. Medio-bajo
 4. Medio
 5. Medio-alto
 6. Alto
4. ¿Cuál es el máximo nivel educativo alcanzado **por su padre?** (completo o incompleto)

 1. Primario 2. Secundario 3. Técnico 4. Universitario 5. Ninguno
5. ¿Cuál es el máximo nivel educativo alcanzado **por su madre?** (completo o incompleto)

 1. Primario 2. Secundario 3. Técnico 4. Universitario 5. Ninguno
6. Máximo nivel educativo alcanzado **por usted** (completo o incompleto)

 1. Primario 2. Secundario 3. Técnico 4. Universitario
7. Especifique el grado o semestre que está cursando: _____
8. Institución a la que pertenece: _____
9. Escriba las primeras 5 palabras que le vengan a la mente al pensar en **CONFLICTO ARMADO**

1.
2.
3.
4.
5.

10. Indique por favor con un círculo si está usted de acuerdo o en desacuerdo con las siguientes afirmaciones, utilizando la siguiente escala:

1 Totalmente en desacuerdo	2 Bastante en desacuerdo	3 Algo en desacuerdo	4 Algo de acuerdo	5 Bastante de acuerdo	6 Totalmente de acuerdo
1- Cuando repaso la historia de mi vida, estoy contento con cómo han resultado las cosas.	1	2	3	4	5 6
2- A menudo me siento solo porque tengo pocos amigos íntimos con quienes compartir mis preocupaciones.	1	2	3	4	5 6
3- No tengo miedo de expresar mis opiniones, incluso cuando son opuestas a las opiniones de la mayoría de la gente.	1	2	3	4	5 6
4- Me preocupa cómo otra gente evalúa las elecciones que he hecho en mi vida.	1	2	3	4	5 6
5- Me resulta difícil dirigir mi vida hacia un camino que me satisfaga.	1	2	3	4	5 6
6- Disfruto haciendo planes para el futuro y trabajar para hacerlos realidad	1	2	3	4	5 6
7- En general, me siento seguro y positivo conmigo mismo.	1	2	3	4	5 6
8- No tengo muchas personas que quieran escucharme cuando necesito hablar.	1	2	3	4	5 6
9- Tiendo a preocuparme sobre lo que otra gente piensa de mí.	1	2	3	4	5 6
10- Me juzgo por lo que yo creo que es importante, no por los valores que otros piensan que son importantes.	1	2	3	4	5 6
11- He sido capaz de construir un hogar y un modo de vida a mi gusto.	1	2	3	4	5 6
12- Soy una persona activa al realizar los proyectos que propuse para mí mismo.	1	2	3	4	5 6
13- Si tuviera la oportunidad, hay muchas cosas de mi mismo que cambiaría.	1	2	3	4	5 6
14- Siento que mis amistades me aportan muchas cosas.	1	2	3	4	5 6
15- Tiendo a estar influenciado por la gente con fuertes convicciones.	1	2	3	4	5 6
16- En general, siento que soy responsable de la situación en la que vivo.	1	2	3	4	5 6
17- Me siento bien cuando pienso en lo que he hecho en el pasado y lo que espero hacer en el futuro.	1	2	3	4	5 6
18- Mis objetivos en la vida han sido más una fuente de satisfacción que de frustración para mí	1	2	3	4	5 6
19- Me gusta la mayor parte de los aspectos de mi personalidad.	1	2	3	4	5 6
20- Me parece que la mayoría de las personas tienen más amigos que yo.	1	2	3	4	5 6
21- Tengo confianza en mis opiniones incluso si son contrarias al consenso general.	1	2	3	4	5 6
22- Las demandas de la vida diaria a menudo me deprimen.	1	2	3	4	5 6
23- Tengo clara la dirección y el objetivo de mi vida.	1	2	3	4	5 6
24- En general, con el tiempo siento que sigo aprendiendo más sobre mí mismo.	1	2	3	4	5 6
25- En muchos aspectos, me siento decepcionado de mis logros en la vida.	1	2	3	4	5 6
26- No he experimentado muchas relaciones cercanas y de confianza.	1	2	3	4	5 6
27- Es difícil para mí expresar mis propias opiniones en asuntos polémicos.	1	2	3	4	5 6
28- Soy bastante bueno manejando muchas de mis responsabilidades en la vida diaria.	1	2	3	4	5 6
29- No tengo claro qué es lo que intento conseguir en la vida.	1	2	3	4	5 6
30- Hace mucho tiempo que dejé de intentar hacer grandes mejoras o cambios en mi vida.	1	2	3	4	5 6
31- En general me siento orgulloso de quien soy y la vida que llevo.	1	2	3	4	5 6
32- Sé que puedo confiar en mis amigos, y ellos saben que pueden confiar en mí.	1	2	3	4	5 6
33- A menudo cambio mis decisiones si mis amigos o mi familia están en desacuerdo.	1	2	3	4	5 6
34- No quiero intentar nuevas formas de hacer las cosas; mi vida está bien como está.	1	2	3	4	5 6
35- Pienso que es importante tener nuevas experiencias que desafíen lo que uno piensa sobre sí mismo y sobre el mundo.	1	2	3	4	5 6

36- Cuando pienso en mí como persona, creo que con los años no he mejorado.	1	2	3	4	5	6
37- Tengo la sensación de que con el tiempo me he desarrollado mucho como persona.	1	2	3	4	5	6
38- Para mí, la vida ha sido un proceso continuo de estudio, cambio y crecimiento.	1	2	3	4	5	6
39- Si me sintiera poco feliz con mi situación de vida, daría los pasos más eficaces para cambiarla.	1	2	3	4	5	6

11. De igual manera, le pedimos que **evalúe globalmente su vida durante los últimos días**. Para ello utilice la siguiente escala donde:

1 Totalmente en desacuerdo	2 Algo en desacuerdo	3 Ni de acuerdo ni en desacuerdo	4 Algo de acuerdo	5 Totalmente de acuerdo	
1-Siento que soy una parte importante de mi comunidad	1	2	3	4	5
2-Creo que la gente me valora como persona	1	2	3	4	5
3-Si tengo algo que decir, creo que la mayoría de la gente me escucharía	1	2	3	4	5
4-Me siento cercano a otra gente	1	2	3	4	5
5-Si tuviera algo que decir, pienso que la gente no se lo tomaría en serio	1	2	3	4	5
6-No siento que pertenezca o forme parte de ningún grupo social	1	2	3	4	5
7-La sociedad en la que vivo es una fuente de bienestar	1	2	3	4	5
8-Creo que la gente no es de fiar	1	2	3	4	5
9-Creo que las personas solo piensan en sí mismas	1	2	3	4	5
10-Creo que no se debe confiar en la gente	1	2	3	4	5
11-Creo que la gente es egoísta	1	2	3	4	5
12-Hoy en día, la gente es cada vez más deshonesto	1	2	3	4	5
13-Las personas no se preocupan de los problemas de otros	1	2	3	4	5
14-Creo que las personas son amables	1	2	3	4	5
15-Las personas no esperan nada a cambio cuando hacen un favor	1	2	3	4	5
16-Creo que puedo aportar algo al mundo	1	2	3	4	5
17-No tengo nada importante que ofrecer a la sociedad	1	2	3	4	5
18-Mis actividades diarias no aportan nada que valga la pena a la sociedad	1	2	3	4	5
19-No tengo ni el tiempo ni la energía para aportar algo a la sociedad	1	2	3	4	5
20-Pienso que lo que hago es importante para la sociedad	1	2	3	4	5
21-Lo que hago tiene alguna influencia sobre otras personas	1	2	3	4	5
22-Para mí el progreso social es algo que no existe	1	2	3	4	5
23-La sociedad no ofrece incentivos para gente como yo	1	2	3	4	5
24-Veo que la sociedad está en continuo desarrollo	1	2	3	4	5
25-No creo que instituciones como la justicia o el gobierno mejoren mi vida	1	2	3	4	5
26-La sociedad ya no progresa	1	2	3	4	5
27-El mundo es cada vez un lugar mejor para la gente	1	2	3	4	5
28-No entiendo lo que está pasando en el mundo	1	2	3	4	5
29-El mundo es demasiado complejo para mí	1	2	3	4	5
30-No merece la pena esforzarse en intentar comprender el mundo en el que vivo	1	2	3	4	5
31-Muchas culturas son tan extrañas que no puedo comprenderlas	1	2	3	4	5
32-Los científicos son los únicos que pueden entender cómo funciona el mundo	1	2	3	4	5
33-Me resulta fácil predecir lo que puede suceder en el futuro	1	2	3	4	5

12. Evalúe por favor el **estado de su país**, teniendo en cuenta la siguiente escala:

	Nada	Poco	Regular	Bastante	Mucho
1. La situación económica es muy buena:	1	2	3	4	5
2. El clima o ambiente general afectivo de su país es muy bueno:	1	2	3	4	5
3. El ambiente o clima social es de:					
a. Esperanza, esperanzado	1	2	3	4	5
b. Solidario, de ayuda mutua	1	2	3	4	5
c. Confianza en las instituciones	1	2	3	4	5
d. Miedo, ansiedad	1	2	3	4	5
e. Enojo, hostilidad, agresividad entre las gentes	1	2	3	4	5
f. Tristeza, pasividad, bajo estado de ánimo	1	2	3	4	5
g. Alegría, confianza, contento	1	2	3	4	5
h. Tranquilidad para hablar	1	2	3	4	5

13. ¿Se considera usted víctima del conflicto armado interno colombiano?

Si No

14. El conflicto armado interno colombiano, ¿ha dejado víctimas entre sus familiares y/o amigos cercanos?

Si No

¡¡MUCHAS GRACIAS POR COLABORAR!!

ANEXO 2

Palabra	Reemplaza	Reemplaza	Reemplaza
Violencia	Agresión		
Desplazamiento	Desplazados	Desplazamiento Forzado	
Muerte	Muertos		
Armas	Fusiles		
Víctimas	Víctima	Víctimas	
Pobreza	Miseria		
Injusticia	Desigualdad	Inequidad	
Dolor	Sufrimiento	Angustia	
Narcotráfico	Coca	Drogas	
Territorio	Tierra	Territorios	
Estado	Gobierno	Gobierno Colombiano	
Guerrilla	Insurgencia		
Intereses	Interéses	Interés	
Despojo	Expropiación	Despojo de Tierras	
Grupos Armados	Actores Armados		
Campesinos	Campesino	Campesinado	
Victimarios	Perpetrador		
Masacre	Masacres		
Rural	Campo	Ruralidad	
Inseguridad	Intranquilidad		
Terror	Miedo	Pánico	
Destrucción	Catástrofe		
Enfrentamiento	Enfrentamientos		
Nación	Patria		
Hambre	Hambruna		
Daños	Daño		
Pérdidas	Perdida		
Engaño	Farsa	Falsedad	
Acuerdos	Negociación		
Población	Pueblo		
Marginalidad	Marginalización	Marginación	Segregación
Ejército	Soldados	Militares	
Vulneración	Violación de Derechos		
Abandono Estatal	Debilidad Estatal		
Desaparecidos	Desapariciones	Desaparición	
Desintegración	Separación	Fragmentación	